

Kazuo Ishiguro

Pálida luz en las colinas



Lectulandia

Después del suicidio de su hija mayor, Etsuko, una japonesa de cincuenta años instalada en Inglaterra, rememora momentos de su vida. Quizá la explicación de esta tragedia familiar se encuentre agazapada en aquel Japón de los años cincuenta que se recuperaba de las heridas de la guerra y del traumatismo de la bomba atómica...

En la memoria de Etsuko aparece de forma obsesiva, recurrente la imagen de otra mujer, Sachiko, una amiga y vecina que vivía sola con su hija Mariko. Dos personajes enigmáticos, a cuál más inquietante. La pequeña Mariko parece haber vivido una cruel y dolorosa experiencia, que reduce a la nada, tanto para ella como para su madre, la esperanza de una vida tranquila, lejos de las ataduras de la rígida tradición japonesa.

La relación ambigua de Etsuko con Sachiko y Mariko está en el centro del enigma del libro. ¿El examen del pasado conseguirá exorcizar los demonios del presente?

Lectulandia

Kazuo Ishiguro

Pálida luz en las colinas

ePub r1.0

German25 12.04.16

Título original: *A pale view of hills*
Kazuo Ishiguro, 1982
Traducción: Ángel Luis Hernández Francés
Diseño de cubierta: Ángel Jové

Editor digital: German25
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

1

Niki, el nombre que al final le pusimos a mi hija pequeña, no es una abreviatura, fue un acuerdo al que llegué con su padre. Por paradójico que parezca, fue él quien quiso ponerle un nombre japonés, pero yo, impulsada quizá por el deseo egoísta de no querer recordar el pasado, insistí en un nombre inglés. Al final, consintió en ponerle Niki, pensando que este nombre tenía ciertas resonancias orientales.

Niki vino a verme a principios de este año, en abril, cuando los días eran todavía fríos y húmedos. Quizá tenía intención de quedarse más tiempo, no lo sé, pero mi finca y la calma que allí reinaba la intranquilizaban y, poco tiempo después noté que se sentía ansiosa por volver a su vida en Londres. Oía mis discos de música clásica con impaciencia y hojeaba rápidamente una revista tras otra. La llamaban por teléfono constantemente y entonces ella, con unas ropas muy ceñidas que apretaban su delgada silueta, cruzaba la alfombra dando zancadas, asegurándose de cerrar la puerta para que yo no alcanzase a oír la conversación. Al cabo de cinco días, se marchó.

Hasta el segundo día no mencionó a Keiko. Era una mañana de viento, gris, y habíamos acercado los sillones al ventanal para ver caer la lluvia en el jardín.

—¿Esperabas que fuese? —me preguntó. Al funeral, quiero decir.

—No, supongo que no. En realidad, no pensé que fueras a ir.

—Me desconcertó oír hablar de ella. Estuve a punto de asistir.

—En ningún momento conté con que fueses.

—La gente no sabía lo que me pasaba —dijo. No se lo conté a nadie. Supongo que me sentía violenta. En realidad, nadie lo habría comprendido. Nadie habría comprendido mi actitud. La gente piensa que las hermanas son personas a las que estás muy unida. Quizá no les tienes mucho aprecio, pero estás muy unida a ellas. Sin embargo, no era ése mi caso. Ahora ni siquiera recuerdo su aspecto.

—Sí, ya ha pasado bastante tiempo desde que la viste por última vez.

—Sólo la recuerdo como alguien que solía hacerme desgraciada. Eso es lo que recuerdo de ella. Sin embargo, lo lamenté mucho cuando me enteré.

Quizá no fuese la calma lo único que impulsó a mi hija a volver a Londres. Aunque nunca nos explayábamos mucho en torno a la muerte de Keiko, era un tema cuya presencia sentíamos cerca, a nuestro alrededor, cada vez que hablábamos.

Keiko, a diferencia de Niki, era totalmente japonesa, y más de un periódico se apresuró a resaltar esta circunstancia. Los ingleses son muy dados a pensar que en nuestra raza el suicidio es algo instintivo, como si no fuese necesario dar más explicaciones; por eso, lo único que contaron fue que era japonesa y que se había ahorcado en su habitación.

Esa misma noche, estaba yo de pie junto al ventanal, contemplando la oscuridad, cuando detrás de mí oí decir a Niki:

—¿En qué estás pensando ahora, madre?

Ella estaba echada en el sofá, con un libro en las rodillas.

—Estaba pensando en alguien que conocí una vez. Una mujer.

—¿Alguien que conociste cuando tú..., antes de venir a Inglaterra?

—La conocí cuando vivía en Nagasaki, si te refieres a eso. —Niki seguía observándome, de modo que añadí—: De eso hace bastante tiempo. Mucho antes de conocer a tu padre.

Pareció quedarse satisfecha y, musitando algo, volvió a coger el libro. Niki era una criatura muy afectuosa en muchos sentidos. No sólo había venido a ver cómo me había sentado la noticia de la muerte de Keiko; el venir a verme también había sido un gesto de buena voluntad. Durante los últimos años se había empeñado en manifestar su admiración por algunos aspectos de mi pasado, y vino dispuesta a decirme que nada había cambiado, que no debía arrepentirme por las decisiones tomadas antaño. En resumidas cuentas, para infundirme la seguridad de que yo no era responsable de la muerte de Keiko.

Ahora no tengo muchas ganas de hablar de Keiko. No es algo que me consuele. Sólo la he mencionado porque ésas fueron las circunstancias que rodearon la visita de Niki el pasado mes de abril, y porque durante esa visita volví a recordar a Sachiko después de tanto tiempo. Nunca conocí bien a Sachiko. En realidad, nuestra amistad fue cosa de unos cuantos meses de verano, hace ahora muchos años.

Para entonces ya habían pasado los peores días. Había tantos soldados americanos como siempre, pues había guerra en Corea. Pero en Nagasaki, después de todo lo sucedido, aquéllos eran días de tranquilidad y consuelo. Se tenía la sensación de que el mundo estaba cambiando.

Mi marido y yo vivíamos en un barrio al este de la ciudad. Un corto recorrido en tranvía nos separaba del centro. Cerca de nuestra casa pasaba un río y, en una ocasión, me contaron que antes de la guerra se había formado una aldea a la orilla del río. Pero después cayó la bomba y sólo quedaron ruinas carbonizadas. Se empezó a reconstruir y en poco tiempo levantaron cuatro edificios de cemento, cada uno de unas cuarenta viviendas independientes. De los cuatro, el nuestro fue el último, y con él quedó interrumpido el programa de reconstrucción. Entre nuestra casa y el lecho del río había una extensión de tierra baldía, varios acres de barro seco y zanjas. Muchos se quejaban de que aquello era un riesgo para la salud y, en efecto, el alcantarillado era malísimo. Durante todo el año había cráteres llenos de agua estancada, y en los meses de verano los mosquitos resultaban insoportables. De vez en cuando aparecían por allí funcionarios que medían pasos o tomaban datos precipitadamente, pero transcurrieron los meses y todo siguió igual.

En los bloques de viviendas residía gente como nosotros, matrimonios jóvenes de los cuales el marido había encontrado un buen trabajo en empresas con futuro. Muchos pisos eran propiedad de las empresas y éstas los alquilaban a sus empleados

a muy buen precio. Todos los pisos eran idénticos. En los suelos había tatami. Los cuartos de baño y la cocina tenían diseño occidental. Los pisos eran pequeños y resultaba difícil mantenerlos frescos durante los meses de más calor, pero, en general, los que vivían allí parecían sentirse satisfechos. Con todo, recuerdo que se respiraba un inconfundible aire de transitoriedad, como si todos esperásemos el día en que pudiéramos mudarnos a un sitio mejor.

Un caserón de madera había sobrevivido a la devastación de la guerra y a las apisonadoras del gobierno. Yo alcanzaba a verlo desde la ventana, allí en medio, solitario, al fondo de aquella extensión de tierra baldía, prácticamente al borde del río. Era el tipo de caserón que con frecuencia se ve en el campo, de techo inclinado con tejas casi tocando el suelo. A menudo, en mis ratos muertos, me ponía en la ventana a contemplarlo.

A juzgar por el interés que suscitó la llegada de Sachiko, yo no debía de ser la única que contemplaba el caserón. Se rumoreaba que un día habían visto a dos hombres trabajando por allí, y si serían o no empleados del gobierno. Después, se rumoreó que una mujer y su hija estaban viviendo en el caserón; en varias ocasiones, yo misma las vi cruzando el terreno lleno de zanjas en esa dirección.

Por entonces, a principios de verano, vi por primera vez aquel gran coche blanco americano, bastante estropeado, que se dirigía hacia el río dando tumbos por el descampado. La tarde estaba ya muy avanzada y el sol, que se ocultaba tras el caserón, irradió brillantes destellos sobre la carrocería metálica.

Después, otra tarde, en la parada del tranvía vi a dos mujeres hablando acerca de la que se había mudado a la casa abandonada junto al río. Una le explicaba a la otra cómo esa mañana le había dicho algo a la mujer, y que ésta le había hecho un desaire. La oyente estaba de acuerdo en que la recién llegada parecía algo antipática, orgullosa quizá. Como mínimo debía de tener treinta años, pensaban ellas, ya que la niña tenía por lo menos diez. La primera mujer dijo que la forastera se había expresado en un dialecto de Tokio y que, con toda seguridad, no era de Nagasaki. Durante un rato hablaron de su «amigo americano», y la mujer insistió en lo antipática que la forastera había sido con ella aquella mañana.

Ahora no tengo ninguna duda de que entre aquellas mujeres con quienes yo vivía, unas habían sufrido y otras tenían recuerdos tristes y horribles. Sin embargo, al verlas un día tras otro, ocupadas con sus maridos y sus hijos, me resultaba difícil creer que sus vidas hubiesen padecido las tragedias y pesadillas de la guerra. Nunca fue mi intención parecer antipática, pero probablemente tampoco hice ningún esfuerzo especial por parecer otra cosa. En aquellos momentos de mi vida, todavía deseaba que me dejaran sola.

Entonces escuché con interés a aquellas mujeres que hablaban de Sachiko. Recuerdo con toda claridad aquella tarde en la parada del tranvía. Era uno de los primeros días en que brillaba el sol después de la estación lluviosa de junio, y a nuestro alrededor las superficies de ladrillo y cemento completamente empapadas se

estaban secando. Estábamos en un puente del ferrocarril, y, a un lado de los raíles que había al pie de la colina, podía verse un grupo de tejados, como si un montón de casas se hubiese desmoronado por la pendiente. Al otro lado de las casas, un poco más lejos, se veían nuestros bloques allí plantados, como cuatro pilares de cemento. En ese momento sentí una especie de solidaridad con Sachiko, y en cierto modo comprendí esa frialdad que había notado en ella al observarla desde lejos.

Aquel verano nos haríamos amigas, y al menos durante un corto período de tiempo, llegaría a tener confianza en mí. Ahora no estoy muy segura de cómo fue la primera vez que nos encontramos. Recuerdo que una tarde reconocí su cara delante de mí, en el camino que conduce fuera de la urbanización. Me di prisa, pero Sachiko siguió caminando a grandes zancadas. Por aquel entonces ya nos debíamos conocer de oídas, pues recuerdo que cuando estuve más cerca la llamé. Sachiko se volvió y esperó a que la alcanzase.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Me alegro de haberte encontrado —dije yo, casi sin aliento. Tu hija se estaba peleando justo cuando yo salía. Allí detrás, cerca de las zanjas.

—¿Estaba peleándose?

—Con un niño y una niña. Parecía una pelea bastante desagradable.

—Ya veo. —Sachiko empezó a andar otra vez.

La seguí.

—No quiero alarmarte —dije—, pero parecía una pelea muy violenta. Me ha parecido que tu hija tenía un corte en la mejilla.

—Ya veo.

—Era allí detrás, al borde del descampado.

—¿Y crees que aún estarán peleando? —Siguió subiendo por la colina.

—No. Vi a tu hija salir corriendo.

Sachiko me miró y sonrió:

—¿No estás acostumbrada a ver pelearse a los niños?

—Bueno, supongo que todos los niños lo hacen. Pero pensé que debía decírtelo. ¿Sabes?, no creo que tu hija se dirigiese a la escuela. Los demás niños siguieron hacia el colegio, pero ella fue hacia el río.

Sachiko no hizo ningún comentario y siguió subiendo por la colina.

—En realidad, quería habértelo comentado antes. ¿Sabes?, últimamente he visto a tu hija en bastantes ocasiones, y me pregunto, quizá, si no ha estado holgazaneando un poco.

El sendero se bifurcaba en lo alto de la colina, Sachiko se detuvo y nos volvimos una hacia la otra.

—Es muy amable de tu parte que te preocupes tanto, Etsuko —dijo. Muy amable, estoy segura de que serás una madre fantástica.

Anteriormente me había figurado, como las mujeres de la parada del tranvía, que Sachiko tendría unos treinta años. Pero su silueta juvenil resultaba engañosa, su cara

era de persona mayor. Me observaba fijamente con una expresión un tanto divertida, y algo en su forma de mirarme me hizo sonreír tímidamente.

—Etsuko, de verdad que aprecio el que hayas venido a buscarme —prosiguió. Pero como puedes ver, precisamente ahora estoy bastante ocupada. Tengo que ir a Nagasaki.

—Ya veo. Sólo pensé que era mejor venir a decírtelo. No era más que eso.

Por un instante siguió mirándome fijamente con la expresión divertida de antes. Después dijo:

—¡Qué amable eres! Ahora, te ruego que me disculpes. Tengo que ir a la ciudad. —Hizo una reverencia y se dirigió hacia el camino que llevaba a la parada del tranvía.

—Es que precisamente tenía un corte en la cara —dije, levantando un poco la voz. Y en algunas zonas, el río es muy peligroso. Sólo pensé que era mejor venir a decírtelo.

Se volvió y me miró una vez más.

—Si no tienes otra cosa que hacer —dijo—, quizá te gustaría cuidar de mi hija durante el día. Volveré esta tarde. Estoy segura de que te llevarás muy bien con ella.

—No me molesta, si es lo que deseas. La verdad es que tu hija parece demasiado pequeña como para dejarla sola todo el día.

—De verdad eres muy amable —dijo Sachiko otra vez. Después volvió a sonreír. Sí, estoy segura de que serás una madre fantástica.

Después de despedirme de Sachiko, volví a mi casa bajando por la colina y cruzando la urbanización. En seguida me encontré en nuestro edificio, frente a la extensión de tierra baldía. Al no ver rastro de la niña, estuve a punto de entrar, pero en ese momento advertí que algo se movía junto a la orilla. Mariko debía de haber estado agachada, ya que ahora alcanzaba a ver con toda claridad su pequeña silueta al otro lado del lodazal. En un principio tuve el impulso de olvidarme de todo y volver a mis tareas domésticas; sin embargo, al final me encaminé hacia ella procurando evitar las zanjas.

Que yo recuerde, ésa fue la primera vez que hablé con Mariko. Probablemente aquella mañana no hubiese nada extraordinario en su conducta ya que, después de todo, yo era una extraña para la niña y tenía todo el derecho a mirarme con sospecha. Y si bien es verdad que en ese momento noté un curioso sentimiento de inquietud, tal vez no fue más que una mera respuesta a la conducta de Mariko.

Aquella mañana, después de la estación de lluvias que habíamos tenido hasta unas semanas antes, el río iba bastante alto y fluía con rapidez. El terreno caía a pico antes de llegar a la orilla y el barro acumulado al final de la pendiente, donde estaba la niña, parecía claramente más húmedo. Mariko llevaba puesto un simple vestido de algodón hasta las rodillas, y el pelo corto le hacía cara de chico. Levantó la mirada sin sonreír hacia donde yo estaba, en lo alto de la pendiente fangosa.

—Hola —le dije—, justamente acabo de hablar con tu madre. Tú debes de ser

Mariko-San^[1].

La niña siguió mirándome fijamente, sin decir nada. Lo que antes había creído que era una herida en la mejilla, ahora vi que era una mancha de barro.

—¿No deberías estar en el colegio? —le pregunté.

Por un momento permaneció silenciosa. Después dijo:

—Yo no voy al colegio.

—Pero todos los niños deben ir al colegio. ¿Es que no te gusta ir?

—Yo no voy al colegio.

—¿Pero no te ha enviado tu madre a algún colegio?

Mariko no contestó. En vez de eso, dio un paso atrás y se alejó de mí.

—Cuidado —le dije. Vas a caerte al agua. Está resbaladizo.

Continuó mirándome desde la parte baja de la pendiente. A su lado vi sus zapatitos en el fango. Sus pies descalzos, así como sus zapatos, estaban llenos de barro.

—Acabo de hablar con tu madre —le dije sonriendo, tratando de tranquilizarla. Me dijo que sería una excelente idea si te vinieras y la esperaras en mi casa. Es justo ahí, en aquel edificio. Podrías venir y probar unos pasteles que hice ayer. ¿Te gustaría, Mariko-San? Podrías contarme tus cosas.

Mariko prosiguió mirándome con atención. En ese momento, sin apartar su mirada, se agachó y cogió sus zapatos. Al principio pensé que me seguiría, pero después, al continuar mirándome fijamente, me di cuenta de que había cogido los zapatos con intención de salir corriendo.

—No voy a hacerte daño —le dije con una sonrisa nerviosa. Soy amiga de tu madre.

Que yo recuerde, eso fue todo lo ocurrido entre nosotras aquella mañana. No quise asustar más a la niña y al poco rato volví a casa a través del descampado. La verdad es que la respuesta de la niña me había desconcertado un poco, ya que por aquel entonces tales insignificancias podían suscitar en mí todo tipo de temores acerca de mi maternidad. Me dije a mí misma que lo sucedido no tenía importancia y que, de todos modos, en los próximos días se presentarían otras oportunidades de hacerme amiga de la niña. De hecho, no volví a hablar con Mariko hasta cierta tarde, unos quince días después.

Nunca había entrado en el caserón hasta aquella tarde, y me quedé bastante sorprendida cuando Sachiko me pidió que lo hiciera. En realidad, en seguida me pareció que lo había dicho con alguna intención, y, tal como salieron las cosas, no me equivocaba.

En el caserón todo estaba muy ordenado, aunque recuerdo una dejadez total en el ambiente. Las vigas de madera que atravesaban el techo parecían viejas y poco seguras, y por todos lados reinaba un ligero olor a humedad. En la parte delantera del

caserón las mamparas principales estaban abiertas para que el sol entrara por la terraza. Sin embargo, casi todo el lugar permanecía a oscuras.

Mariko estaba en un rincón, lejos de la luz del sol. Noté que algo se movía detrás de ella, en la oscuridad, y cuando me acerqué vi un gato muy grande enroscado sobre el tatami.

—Hola, Mariko-San —le dije—, ¿te acuerdas de mí?

Dejó de acariciar al gato y levantó la mirada.

—Nos vimos el otro día —seguí diciendo—, ¿no te acuerdas?, estabas junto al río.

La niña no dio muestras de reconocermelo. Me miró durante un rato y después empezó de nuevo a acariciar al gato. Detrás de mí oía a Sachiko preparando el té en el hornillo que había en medio de la habitación. Estaba a punto de acercarme a ella cuando Mariko dijo de pronto:

—Va a tener gatitos.

—¿De verdad? ¡Qué bien!

—¿Quiere uno?

—Eres muy amable, Mariko-San. Ya veremos. Pero estoy segura de que todos encontrarán muy buenos hogares.

—¿Por qué no se lleva un gatito? —dijo la niña—, la otra mujer dijo que se llevaría uno.

—Ya veremos, Mariko-San. ¿De qué otra mujer hablas?

—La otra. La que vive al otro lado del río. Dijo que se llevaría uno.

—No creo que nadie viva al otro lado del río, Mariko-San. Allí sólo hay árboles y bosques.

—Dijo que quería llevarme a su casa. Vive al otro lado del río, pero yo no fui.

Me quedé mirando a la niña un segundo. De pronto me acordé de algo y sonreí.

—Pero si era yo, Mariko-San. ¿No te acuerdas? Te pedí que vinieses a mi casa mientras tu madre estaba fuera, en la ciudad.

Mariko volvió a mirarme.

—No, usted no —dijo. La otra mujer. La que vive al otro lado del río. Anoche estuvo aquí, mientras madre estaba fuera.

—¿Anoche? ¿Mientras tu madre estaba fuera?

—Dijo que quería llevarme a su casa, pero yo no fui. Estaba oscuro. Dijo que podíamos llevarnos el farol —y señaló un farol colgado en la pared—, pero no fui porque era de noche.

Detrás de mí, Sachiko se había puesto de pie y estaba mirando a su hija. Mariko se quedó silenciosa, se dio la vuelta y empezó de nuevo a acariciar al gato.

—Vamos fuera, a la terraza —me dijo Sachiko. Llevaba las cosas del té en una bandeja. Allí hace más fresco.

Hicimos lo que había sugerido, dejando a Mariko en el rincón. Desde la terraza no se alcanzaba a divisar el río, pero podía ver dónde empezaba la pendiente y,

cuanto más cerca del agua, el barro se hacía cada vez más húmedo. Sachiko se sentó en un cojín y empezó a servir el té.

—Los gatos callejeros dan vida al lugar —dijo. Lo de esos gatitos, no lo veo tan fácil.

—Sí, hay tantos gatos sueltos por ahí —dije yo. Es una lástima. ¿Mariko se encontró esa gata en algún lugar cerca de aquí?

—No, nos la trajimos con nosotras. Yo habría preferido no traerla, pero Mariko no quería ni pensarlo.

—¿Os la trajisteis todo el camino desde Tokio?

—No, no. Llevamos viviendo en Nagasaki casi un año. Al otro lado de la ciudad.

—¿De veras? No lo sabía. ¿Vivíais allí con... amigos?

Sachiko dejó de servir té y me miró con la tetera entre sus manos. En su mirada encontré algo de aquella expresión divertida con que me había observado la primera vez.

—Me temo que estás muy equivocada, Etsuko —dijo por fin. Después empezó a servir té de nuevo. Vivíamos en casa de mi tío.

—Te aseguro que yo sólo...

—Sí, claro, ya lo sé. No tienes que sentirte molesta, ¿de acuerdo? —Sonrió y me pasó mi taza de té. Lo lamento, Etsuko, no quería molestarte. Precisamente tengo algo que pedirte. Un pequeño favor. —Sachiko empezó a servir té en su taza, y mientras lo hacía sus gestos adquirieron un aire más serio. Después dejó la tetera en su sitio y me miró. Compréndelo, Etsuko, tenía algunos planes que no han salido según lo previsto. El caso es que necesito dinero. Puedes imaginarte que no se trata de una gran suma, sólo una pequeña cantidad.

—Sí, lo imagino —dije yo bajando la voz. Tu situación debe de ser muy difícil, teniendo que pensar en Mariko-San.

—Etsuko, ¿puedo pedirte un favor?

Yo incliné la cabeza.

—Tengo algunos ahorros —dije casi en un susurro. Me encantaría ayudarte.

Para mi sorpresa, Sachiko empezó a reír.

—Eres muy amable —dijo—, pero en realidad no quería que me prestases dinero. Estaba pensando en otra cosa. El otro día dijiste algo..., una amiga tuya que tenía una casa de comidas.

—¿Te refieres a la Sra. Fujiwara?

—Decías que quizá necesite una ayudante. Un trabajito como ése me sacaría de apuros.

—Bueno —dije indecisa—, si quieres puedo preguntar.

—Sería muy amable de tu parte. —Sachiko me miró un momento. Pero parece un poco reticente, Etsuko.

—No, en absoluto, me enteraré la próxima vez que la vea. Sólo estaba preguntándome —bajé de nuevo la voz—, quién cuidará de tu hija durante el día.

—¿Mariko?, podría ayudar en la tienda. Puede ser muy útil.

—Sí, de eso estoy segura, pero... no sé lo que opinará la Sra. Fujiwara. Después de todo, durante el día Mariko debería ir al colegio.

—Etsuko, puedo asegurarte que Mariko no causará problemas. Además, la semana próxima acaban las clases. Te aseguro que no causará dificultades. En eso puedes estar tranquila.

Volví a inclinar la cabeza.

—Le preguntaré la próxima vez que la vea.

—Te lo agradezco mucho. —Sachiko dio un sorbo. Si es posible, te rogaría que vieses a tu amiga cuanto antes.

—Lo intentaré.

—Eres muy amable.

Durante un rato nos quedamos calladas. Poco antes, la tetera de Sachiko me había llamado la atención. Parecía una delicada pieza de artesanía hecha de pálida porcelana. La taza que en ese momento tenía en mis manos era del mismo material delicado. Cuando nos sentamos a tomar el té me impresionó, aunque no por primera vez, el extraño contraste que ofrecía el juego de té por un lado y el estado de dejadez del caserón y el lodazal bajo la terraza por el otro. Cuando levanté la mirada, advertí que Sachiko había estado observándome.

—Estoy acostumbrada a la buena vajilla, Etsuko —dijo. Sabes, no siempre vivo de este modo. —Y con la mano señaló el caserón. Como es natural, no me transtorna que el lugar sea un tanto incómodo, pero en otras cosas soy muy exigente.

Incliné la cabeza sin decir nada. Sachiko también empezó a estudiar su taza. Siguió examinándola, dándole vueltas con las manos cuidadosamente. De pronto dijo:

—Supongo que no miento si digo que robé este juego de té. Sin embargo, no creo que mi tío lo eche en falta.

La miré un poco sorprendida. Sachiko dejó la taza y espantó algunas moscas.

—¿Dices que vivíais en casa de tu tío? —pregunté.

Asintió despacio con la cabeza.

—Una casa preciosa. Con un estanque en el jardín. Muy diferente de todo esto que ves ahora. —Por un momento, ambas permanecemos mirando el interior del barracón. Mariko estaba echada en el rincón, tal como la habíamos dejado, dándonos la espalda. Parecía estar hablando tranquilamente con la gata.

—No sabía —dije, después de un rato sin hablar— que alguien viviese al otro lado del río.

Sachiko se volvió y miró hacia los árboles que había al fondo, en la orilla.

—Nunca he visto a nadie por allí.

—Pero tu niñera... Mariko dijo que venía de aquel lado.

—Etsuko, no tengo ninguna niñera. Aquí no conozco a nadie.

—Mariko me estaba contando algo sobre una mujer...

—No le hagas caso, por favor.

—¿Quieres decir que se lo estaba inventando todo?

Por un instante, Sachiko pareció quedarse pensativa. Después dijo:

—Sí, se lo estaba inventando todo.

—Bueno, imagino que los niños suelen hacer ese tipo de cosas a menudo.

Sachiko asintió con la cabeza.

—Etsuko, cuando seas madre —me dijo sonriendo— tendrás que acostumbrarte a ese tipo de cosas.

Después nos pusimos a hablar de otros temas. Aquéllos eran los primeros días de nuestra amistad y principalmente hablábamos de cosas sin importancia. Hasta una mañana, semanas más tarde, no oí que Mariko mencionara de nuevo a la mujer que se le había acercado.

2

En aquella época, volver a Nakagawa todavía me producía una mezcla de tristeza y de alegría. En este barrio el terreno es muy desigual, y el subir de nuevo por aquellas callejuelas escabrosas entre casas apiñadas siempre me llenaba de un profundo sentimiento de angustia. No se me habría ocurrido volver así, sin pensarlo, aunque tampoco era capaz de mantenerme alejada de allí por mucho tiempo.

Por entonces, la Sra. Fujiwara empezaba a tener el pelo gris. Era una buena mujer y había sido íntima amiga de mi madre, por eso, el ir a verla, me producía también esa mezcla de sentimientos. Su casa de comidas estaba situada en una calleja muy animada. Los clientes comían en un patio de cemento exterior cubierto con un tejadillo. Hacía muy buen negocio con los oficinistas que iban por allí a la hora del almuerzo, o ya de vuelta a casa. En cambio, a otras horas del día, la clientela escaseaba.

Esa tarde me sentía un poco intranquila ya que era la primera vez que iba al establecimiento desde que Sachiko había empezado a trabajar allí. Me sentía violenta por las dos, sobre todo porque no sabía si la Sra. Fujiwara había buscado de verdad a una ayudante. Era un día caluroso y la calleja estaba muy animada con todo el bullicio de gente. Me alegré mucho de poder ponerme a la sombra.

La Sra. Fujiwara se mostró muy contenta al verme. Me hizo sentar y fue por un poco de té. Aquella tarde había pocos clientes o quizá ninguno, ahora no me acuerdo, pero a Sachiko no se la veía por ningún lado. Cuando volvió la Sra. Fujiwara le pregunté:

—¿Qué tal le va a mi amiga? ¿Se desenvuelve bien?

—¿Tu amiga? —La Sra. Fujiwara giró la cabeza y miró hacia la puerta de la cocina. Estaba pelando gambas. Supongo que ahora mismo saldrá. —Después, como cambiando de idea, se levantó y dio unos pasos en dirección a la cocina.

—Sachiko-San —dijo en voz alta—, ha venido Etsuko.

Oí una voz que contestaba desde dentro.

Cuando volvió a sentarse, se acercó un poco y me tocó el vientre.

—Ya empieza a notarse —dijo. A partir de ahora tienes que llevar mucho cuidado.

—De todas formas, no es que haga muchas cosas —dije. Llevo una vida muy tranquila.

—Eso está muy bien. Recuerdo que durante mi primer embarazo hubo un terremoto bastante grande. Por entonces estaba encinta de Kazuo; sin embargo, nació con una salud excelente. Intenta no preocuparte demasiado, Etsuko.

—Ya lo intento. —Eché un vistazo a la puerta de la cocina. Y mi amiga, ¿se las arregla bien aquí?

La Sra. Fujiwara siguió mi mirada hacia la cocina. Después se volvió de nuevo hacia mí y dijo:

—Sí, eso creo. ¿Sois buenas amigas, no?

—Sí, donde vivo no he hecho muchas amistades, por eso me alegro de haber conocido a Sachiko.

—Sí, es una suerte. —Se quedó observándome durante unos segundos. Etsuko, hoy pareces muy cansada.

—Sí, la verdad es que lo estoy —dije sonriendo. Supongo que es normal.

—Sí, claro. —La Sra. Fujiwara siguió mirándome a la cara. Bueno, quería decir que pareces un poco... triste.

—¿Triste? No, en absoluto. Sólo un poco cansada, pero por lo demás, nunca me he sentido más feliz.

—Eso está muy bien. Ahora, sólo debes pensar en cosas agradables. En tu hijo, en el futuro.

—Sí, es lo que haré. Me anima mucho pensar en el niño.

—Muy bien —dijo asintiendo con la cabeza y sin apartar su mirada de mí. Lo que importa es la actitud. Materialmente, una madre puede darle a su hijo todo lo que le haga falta, pero lo que necesita para criarlo es tener una actitud positiva.

—Bueno, la verdad es que estoy muy impaciente —dije sonriendo. Un ruido me hizo volver a mirar hacia la cocina, pero seguí sin ver a Sachiko.

—Hay una joven a la que veo todas las semanas —prosiguió la Sra. Fujiwara. Ahora estará en su sexto o séptimo mes de embarazo. La veo cada vez que voy al cementerio. Nunca le he dirigido la palabra, pero parece tan triste, allí de pie, junto a su marido. Es una lástima que una mujer joven embarazada y su marido pasen el domingo pensando en los muertos. Ya sé que lo hacen por respeto, pero de todas formas es una lástima. En vez de eso, deberían pensar en su futuro.

—Supongo que le cuesta mucho olvidar.

—Sí, eso creo. Lo siento por ella, pero esa joven debería pensar en su futuro. Ése no es modo de dar a luz un niño, ir todas las semanas al cementerio.

—No, quizá no.

—Los cementerios no son para los jóvenes. Kazuo a veces viene conmigo, pero yo nunca insisto. Ya es hora de que empiece a pensar en su futuro.

—¿Cómo está Kazuo? —pregunté. ¿Le va bien en el trabajo?

—Sí, en el trabajo le va muy bien. Cuenta con que le asciendan el mes próximo. Pero debería pensar más en otras cosas. No será joven toda la vida.

En ese momento me llamó la atención una pequeña silueta que estaba fuera, al sol, en medio de las oleadas de transeúntes.

—Pero... ¿ésa no es Mariko? —dije.

La Sra. Fujiwara, que estaba sentada, se dio la vuelta.

—¡Mariko-San! —dijo llamándola. ¿Dónde te habías metido?

Mariko siguió fuera, en la calle, durante un rato. Después dio unos pasos y se puso a la sombra, bajo el tejadillo; pasó por delante de nosotros y se sentó en una mesa vacía cercana.

La Sra. Fujiwara miró a la niña y después a mí con cara de enfado. Parecía a punto de decirme algo, pero entonces se levantó y se dirigió hacia la niña.

—Mariko-San, ¿dónde te habías metido? —La Sra. Fujiwara había bajado el tono de voz, pero aún podía oírla. ¿Tienes que estar escapándote continuamente? Tu madre está muy enfadada contigo.

Mariko se observaba los dedos y ni siquiera levantó la mirada.

—Y otra cosa, Mariko, te pido que nunca les hables a los clientes de ese modo. ¿No sabes que es de muy mala educación? Tu madre está muy enfadada contigo.

Mariko siguió examinando sus manos. Sachiko apareció detrás de ella, por la puerta de la cocina. Recuerdo que al ver a Sachiko aquella mañana, volví a tener la impresión de que era mucho mayor de lo que yo había creído en un principio. Con el pelo recogido en un pañuelo, la piel fatigada que rodeaba sus ojos y su boca aparecía de forma más pronunciada.

—Aquí está tu madre —dijo la Sra. Fujiwara. Está muy enfadada contigo.

La niña siguió sentada, de espaldas a su madre. Sachiko le lanzó una mirada y después se volvió hacia mí sonriendo.

—¿Cómo estás, Etsuko? —dijo muy elegantemente. ¡Qué sorpresa tan agradable verte por aquí!

Al otro lado del patio, dos mujeres con trajes de oficina se sentaron a una mesa. La Sra. Fujiwara les hizo una señal y luego se volvió de nuevo hacia Mariko.

—¿Por qué no vas un momento a la cocina? —dijo en voz baja. Tu madre te dirá lo que debes hacer. Es muy fácil. Seguro que una niña tan lista como tú no tendrá problemas.

Mariko hizo como si no la hubiese oído. La Sra. Fujiwara clavó su mirada en Sachiko y creo que por un momento se observaron fríamente. Después, la Sra. Fujiwara dio la vuelta y fue a atender a sus clientes. Al parecer, las conocía, ya que al cruzar el patio las saludó familiarmente.

Sachiko vino a sentarse al borde de mi mesa.

—¡Hace tanto calor en esa cocina! —dijo.

—¿Qué tal te va aquí? —le pregunté.

—¿Que cómo me va? Bueno, trabajar en una casa de comidas es sin duda una experiencia divertida, Etsuko. La verdad es que nunca me había imaginado limpiando mesas en un lugar así. A pesar de todo —dijo con una sonrisa—, es bastante divertido.

—Ya veo. Y Mariko, ¿se adapta bien?

Las dos miramos hacia la mesa de Mariko. La niña seguía cabizbaja, mirándose las manos.

—Sí, Mariko está bien —dijo Sachiko. Bueno, a veces se pone un poco nerviosa, pero en estas circunstancias sería más sorprendente lo contrario. Es una lástima, pero ¿sabes Etsuko?, mi hija parece no compartir mi sentido del humor. A ella no le parece tan divertido estar aquí metida. —Sachiko sonrió y miró a Mariko de nuevo. Después

se puso en pie y fue hacia ella.

Tranquilamente, le preguntó:

—¿Es verdad lo que me ha contado la Sra. Fujiwara?

La niña continuó callada.

—Me ha dicho que has vuelto a estar grosera con los clientes. ¿Es verdad?

Mariko siguió sin responder.

—¿Es verdad lo que me ha contado? Mariko, por favor, contesta cuando se te habla.

—La mujer ha vuelto —dijo Mariko. Anoche, mientras estabas fuera.

Sachiko miró a su hija durante unos segundos. Después le dijo:

—Ahora es mejor que entres. Vamos, te diré qué tienes que hacer.

—Volvió anoche. Dijo que me llevaría a su casa.

—Vamos, Mariko, entra en la cocina y espérame allí.

—Va a enseñarme dónde vive.

—Mariko, ve dentro.

Al otro lado del patio, las dos mujeres y la Sra. Fujiwara estaban riendo a carcajadas. Mariko seguía contemplándose las palmas de las manos. Sachiko se dio la vuelta y volvió a mi mesa.

—Etsuko, discúlpame un momento —dijo. He dejado algo en el fuego. Vuelvo en seguida. —Después, bajando la voz, añadió—: No se le puede pedir que se entusiasme por un lugar así, ¿no crees? —Sonrió y se dirigió a la cocina. En la puerta se volvió de nuevo hacia su hija:

—Vamos, Mariko, entra.

Mariko no se movió. Sachiko se encogió de hombros y se metió en la cocina.

En aquella misma época, a principios del verano, Ogata-San vino a vernos. Era la primera vez que lo hacía desde que se marchara de Nagasaki a principios de año. Era el padre de mi marido y, resulta raro, pero yo seguía pensando en él como en Ogata-San, aunque por entonces ése ya era mi propio nombre. Hacía tanto tiempo que le llamaba Ogata-San, mucho antes de haber conocido a Jiro, que no me acostumbraba a llamarle «padre».

Ogata-San y mi marido se parecían muy poco. Cuando ahora pienso en Jiro, me imagino a un hombrecillo rechoncho de expresión dura. Mi marido se preocupaba mucho por su aspecto, incluso en casa llevaba camisa y corbata. Ahora lo imagino tal como le vi tantas veces, sentado en el tatami de nuestro salón, inclinado sobre el desayuno o la cena. Recuerdo que también tenía tendencia a inclinarse hacia delante, algo así como los boxeadores, al quedarse de pie o caminar. Su padre, por el contrario, siempre se sentaba con los hombros bien echados hacia atrás, dando una imagen relajada y cordial. Cuando aquel verano vino a vernos, Ogata-San todavía disfrutaba de una salud excelente, se le veía un físico bien formado y la energía de un

hombre mucho más joven.

Recuerdo la mañana en que por primera vez mencionó a Shigeo Matsuda. Por entonces ya llevaba algunos días en casa. Por lo visto, encontraba su pequeño cuartito lo bastante cómodo como para una estancia prolongada. Era una mañana radiante y estábamos terminando de desayunar antes de que Jiro se fuese a la oficina.

—La reunión de antiguos alumnos —le dijo a Jiro. ¿Es esta noche, no?

—No, es mañana por la tarde.

—¿Verás a Shigeo Matsuda?

—¿Shigeo? No. Vaya, lo dudo. Shigeo no suele ir a esas reuniones. Lamento tener que irme y dejarle, padre. Preferiría no asistir, pero podrían considerarlo una ofensa.

—No te preocupes, Etsuko-San sabrá ocuparse de mí. Esas reuniones tienen su importancia.

—Me tomaría algunos días de permiso —dijo Jiro—, pero precisamente ahora tenemos mucho trabajo. Como le he dicho, el pedido llegó a la oficina el día en que usted vino. Realmente es un fastidio.

—No, en absoluto —dijo su padre. Lo comprendo perfectamente. No hace tanto que también yo estaba agobiado de trabajo. No soy tan viejo, ¿sabes?

—No, desde luego.

Durante un rato seguimos comiendo en silencio. Después, Ogata-San dijo:

—Entonces no crees que vas a encontrarte con Shigeo Matsuda. Pero ¿le sigues viendo todavía?

—Ultimamente no muy a menudo. Con los años hemos seguido caminos diferentes.

—Sí, eso es lo que ocurre. Todos los alumnos siguen caminos diferentes y después les resulta muy difícil mantener el contacto. Por eso son tan importantes esas reuniones. No se debería olvidar tan fácilmente a las antiguas amistades. Siempre es bueno mirar atrás, ayuda a ver las cosas con cierta perspectiva. Sí, creo de verdad que mañana debes ir a esa reunión.

—Quizá el domingo esté usted todavía con nosotros, padre —dijo mi marido. Si es así, podríamos pasar el día fuera en alguna parte.

—Sí, podemos hacerlo. Es una idea excelente, pero si tienes trabajo pendiente, no importa lo más mínimo.

—No, creo que el domingo estaré libre. Lamento estar tan ocupado en este momento.

—¿Habéis invitado para mañana a alguno de vuestros antiguos profesores? —preguntó Ogata-San.

—No, que yo sepa.

—Es una lástima que para este tipo de acontecimientos no se invite a los profesores más a menudo. A mí me invitaban de vez en cuando. Y cuando yo era más joven, siempre nos preocupábamos de invitar a nuestros profesores. Me parece lo más correcto. Así, el profesor tiene la ocasión de ver el fruto de su trabajo y los alumnos

de expresarle su agradecimiento. Yo creo que lo correcto es que los profesores estén presentes.

—Sí, quizá haya algo de verdad en lo que dice.

—Hoy en día, la gente se olvida con demasiada facilidad de aquéllos a quienes deben su educación.

—Sí, tiene toda la razón.

Mi marido acabó de comer y puso a un lado los palillos. Le serví un poco de té.

—El otro día me ocurrió algo extraño —dijo Ogata-San. Visto ahora creo que es bastante divertido. Estuve en la biblioteca de Nagasaki y di con una revista publicada por unos profesores. Nunca había oído hablar de ella, en mis tiempos no existía. Por lo que leí, se diría que todos los profesores de ahora son comunistas.

—Parece ser que el comunismo está en auge en el país —dijo mi marido.

—Había un artículo firmado por tu amigo Shigeo Matsuda. Imagínate la sorpresa que me llevé al ver que hablaba de mí. No me creía tan famoso.

—Estoy segura de que todo el mundo en Nagasaki se acuerda todavía de usted, padre —intercalé yo.

—Era realmente increíble. Hablaba del Dr. Endo y de mí, acerca de nuestra jubilación. Si no me equivoco, decía que el cuerpo docente había ganado mucho con nuestra jubilación. De hecho, incluso llegaba a sugerir que se nos debería haber despedido al terminar la guerra. Realmente increíble.

—¿Está seguro de que se trata del mismo Shigeo Matsuda? —preguntó Jiro.

—El mismo, del instituto de Kuriyama. Increíble. Recuerdo cuando venía a casa para jugar contigo. Tu madre solía mimarle. Le pregunté al bibliotecario si podía adquirir un ejemplar y dijo que me lo encargaría. Ya te lo enseñaré.

—Me parece una falta de lealtad —dije.

—Me quedé muy sorprendido —dijo Ogata-San, volviéndose hacia mí. Y pensar que fui yo quien le presentó al director del Kuriyama.

Jiro apuró el té y se limpió la boca con la servilleta.

—Es algo muy deplorable. Como le he dicho, hace mucho tiempo que no veo a Shigeo. Discúlpeme, padre, ahora debo marcharme o llegaré tarde.

—Claro, claro. Que tengas un buen día en el trabajo.

Jiro se dirigió a la entrada y empezó a ponerse los zapatos. Yo le dije a Ogata-San:

—Padre, alguien que haya alcanzado una posición como la suya debe esperar algunas críticas. Es muy normal.

—Por supuesto —dijo soltando una carcajada. No te preocupes por eso, Etsuko. No le he dado la menor importancia. Me ha venido a la cabeza porque Jiro iba a esa reunión. Me pregunto si Endo habrá leído el artículo.

—Espero que pase un buen día, padre —dijo Jiro desde el vestíbulo. Si puedo, intentaré venir un poco más temprano.

—No, hombre. No te preocupes. Lo importante es tu trabajo.

Esa misma mañana, algo más tarde, Ogata-San salió de su habitación vestido con chaqueta y corbata.

—¿Va a salir, padre? —pregunté.

—He pensado en hacerle una visita al Dr. Endo.

—¿Al Dr. Endo?

—Sí, he pensado ir a ver qué tal se encuentra.

—Pero ¿no pensará usted ir antes de comer?

—Sí, se me ha ocurrido que lo mejor es ir bastante pronto —dijo mirando su reloj. Endo vive ahora un poco lejos de Nagasaki. Tendré que coger un tren.

—Está bien. Pero déjeme que le prepare algo de comer, no tardo nada.

—Te lo agradezco, Etsuko. En ese caso esperaré unos minutos. La verdad es que esperaba que me preparases algo.

—Pues entonces debería haberlo dicho —le dije levantándome. Padre, con indirectas nunca conseguirá nada.

—Sabía que la captarías. Tengo confianza en ti, Etsuko.

Crucé el salón, me puse las sandalias y bajé al embaldosado de la cocina. Unos minutos más tarde, se abrió la mampara y Ogata-San apareció en la puerta. Se sentó en el escalón del umbral para verme cocinar.

—¿Qué me estás preparando?

—Nada especial. Algunas sobras de anoche. Con lo tarde que me lo ha dicho, no se merece usted otra cosa.

—Sin embargo, sé que te las arreglarás para hacer de todo eso algo apetitoso, estoy seguro. ¿Qué haces con ese huevo? ¿No será otra sobra?

—Voy a añadirle una tortilla. Hoy está usted de suerte, padre, me siento muy generosa.

—Una tortilla. Debes enseñarme cómo se hacen. ¿Es difícil?

—Es extremadamente difícil. A estas alturas, sería inútil que intentase aprender.

—Tengo muchas ganas de aprender. Y, ¿qué quieres decir con a estas alturas? Todavía soy lo bastante joven como para aprender cosas nuevas.

—Padre, ¿de verdad está pensando en hacerse cocinero?

—Pues no le veo la gracia. Con el paso de los años he llegado a apreciar la cocina. Estoy convencido de que es un arte, y tan digno como la pintura o la poesía. Si no se aprecia, es porque el resultado desaparece en seguida, sólo por eso.

—Persevere en la pintura, padre. Le sale mucho mejor.

—La pintura —suspiró. Ya no me produce la satisfacción de antes. No, creo que debería aprender a hacer tortillas tan bien como tú. Tendrás que enseñarme antes de que vuelva a Fukuoka.

—Pero una vez que hubiese aprendido cómo se hacen ya no lo consideraría un arte. Quizá las mujeres debieran mantener estas cosas en secreto.

Sonrió como para sí mismo y después siguió observándome en silencio.

—¿Qué esperas que sea, Etsuko? —preguntó. ¿Niño o niña?

—Me da lo mismo. Si es un niño podríamos ponerle su nombre.

—¿De veras? ¿Me lo prometes?

—Pensándolo bien, no lo sé. Me olvidaba de su nombre, padre. Seiji, es un nombre tan feo.

—Eso lo dices porque me encuentras feo, Etsuko. Me acuerdo de una clase donde los alumnos decidieron que me parecía a un hipopótamo. Pero no debes dejarte llevar por las apariencias.

—Sí, eso es verdad. Ya veremos lo que piensa Jiro.

—Sí.

—Pero me gustaría que mi hijo se llamara como usted, padre.

—Eso me haría muy feliz. —Sonrió haciendo una pequeña reverencia. Pero bueno, ya sé lo exasperante que es cuando cada miembro de la familia insiste en que el niño se llame como ellos. Recuerdo cuando mi mujer y yo discutíamos sobre cómo ponerle a Jiro. Yo quería que se llamase como un tío mío, pero a mi mujer no le gustaba esa costumbre de ponerle a los niños el nombre de los familiares. Por supuesto, al final se salió con la suya. Keiko era una mujer de ideas fijas.

—Keiko es un nombre bonito. Si es niña quizá le pongamos Keiko.

—No deberías hacer promesas tan a la ligera. Sé de un anciano que se sentirá muy decepcionado si no las cumples.

—Lo siento, sólo estaba pensando en voz alta.

—Además, Etsuko, estoy seguro de que hay otras personas a las que les gustaría que el niño llevase su nombre. Personas a las que estuviste más unida.

—Es posible. Pero si es un niño me gustaría que se llamase como usted. Usted ha sido como un padre para mí.

—¿Y ya no lo soy?

—Sí, claro, pero ahora es diferente.

—Jiro es un buen marido, me imagino.

—Por supuesto, no podría sentirme más feliz.

—Y el niño os hará muy felices.

—Sí, el niño llega en el momento más apropiado. Ahora que estamos bastante instalados y el trabajo de Jiro marcha muy bien. El momento no podría ser mejor.

—¿De modo que eres feliz?

—Sí, mucho.

—Muy bien, me alegro por vosotros.

—Aquí tiene, ya está todo listo. —Le entregué una caja esmaltada con la comida dentro.

—¡Ah, sí! Las sobras —dijo con una reverencia muy teatral, y abrió un poco la tapa. A pesar de todo, parece exquisito.

Cuando al cabo de un rato volví al salón, Ogata-San se estaba poniendo los zapatos en la entrada.

—Dime, Etsuko —dijo sin levantar la mirada de los cordones—, ¿has visto a

Shigeo Matsuda?

—Una o dos veces. Después de casarnos solía visitarnos.

—Pero... él y Jiro, ¿ya no son tan buenos amigos?

—La verdad es que no. Nos enviamos alguna felicitación, nada más.

—Le propondré a Jiro que escriba a su amigo. Shigeo debería disculparse. Si no, tendré que pedirle a Jiro que deje de verle.

—Comprendo.

—Se lo iba a proponer antes, cuando lo comentamos en el desayuno. Pero esos temas es mejor dejarlos para la noche.

—Quizá tenga razón.

Antes de irse, Ogata-San volvió a darme las gracias por la comida.

Al final, durante aquella noche no sacó el tema a colación. Los dos parecían cansados cuando regresaron a casa y pasaron casi toda la tarde leyendo periódicos y sin hablar casi nada. Ogata-San sólo mencionó una vez al Dr. Endo. Fue durante la cena y no dijo más que:

—Endo parece estar bien, pero echa de menos su trabajo. Después de todo, sólo vivía para eso.

Aquella noche, en la cama, antes de quedarnos dormidos le dije a Jiro:

—Espero que padre esté satisfecho de cómo le tratamos.

—¿Y qué más quiere? —dijo mi marido—, ¿por qué no sales con él a alguna parte si tanto te preocupa?

—¿Tendrás que trabajar el sábado por la tarde?

—¿Cómo quieres que no trabaje? Ya llevo retraso. Se le ha ocurrido venir a visitarme en el peor momento. De verdad que es una lástima.

—Pero de todas formas, podremos salir el domingo, ¿no?

Aunque seguí despierta en la oscuridad, esperando una respuesta, creo que Jiro no dijo nada. A menudo estaba muy cansado después de un día de trabajo, y no se sentía con humor como para entablar una conversación.

En cualquier caso, me estaba preocupando por Ogata-San sin ningún motivo, ya que aquel verano resultó una de las veces en que más tiempo se quedó con nosotros. Recuerdo que seguía en casa la noche que Sachiko llamó a nuestra puerta.

Llevaba puesto un vestido que nunca le había visto antes, y un chal sobre los hombros. Se había maquillado con mucho esmero, pero una mecha de pelo muy fina se le había soltado y caía sobre su mejilla.

—Siento molestarte, Etsuko —dijo sonriendo. Quería saber si por alguna casualidad Mariko está aquí.

—¿Mariko? No, ¿por qué?

—Bueno, no importa. ¿No la has visto por ninguna parte?

—Me temo que no. ¿Se ha perdido?

—No pongas esa cara —dijo sonriendo. Es sólo que cuando he vuelto no estaba en casa, nada más, pero estoy segura de que la encontraré en seguida.

Estábamos hablando en la entrada y me di cuenta de que Jiro y Ogata-San nos miraban. Les presenté a Sachiko y todos se hicieron reverencias.

—Es algo preocupante —dijo Ogata-San. Quizá sería mejor llamar ahora mismo a la policía.

—No hace falta —dijo Sachiko. Seguro que la encuentro.

—Quizá convendría ser precavidos y llamar de todas formas.

—No, no. De verdad. —Por el tono de voz, Sachiko pareció un poco irritada. No es necesario. Estoy segura de que la encontraré.

—Te ayudaré a buscarla —le dije mientras me ponía la chaqueta.

Mi marido me miró de modo desaprobatorio. Pareció a punto de decir algo, pero se contuvo. Finalmente dijo:

—Casi es de noche.

—De verdad, Etsuko, no hay por qué preocuparse tanto —dijo Sachiko. Pero si no te molesta salir fuera un momento, te lo agradeceré mucho.

—Ten cuidado, Etsuko —dijo Ogata-San—, y si no encontráis pronto a la niña, llama a la policía.

Bajamos la escalera. Fuera todavía hacía calor. Al otro lado del descampado, el sol, muy bajo ya, iluminaba los surcos embarrados.

—¿Has mirado por los alrededores de la urbanización? —le pregunté.

—No, todavía no.

—Entonces hagámoslo. —Aceleré el paso. ¿Mariko tiene amigos con quienes pueda estar?

—No, creo que no. De verdad, Etsuko —Sachiko rió y me puso una mano en el brazo—, no hay que alarmarse tanto. Seguro que no le ha ocurrido nada. Etsuko, en realidad he venido porque quería contarte algo. ¿Sabes?, por fin está todo arreglado. Dentro de unos días nos vamos a América.

—¿A América? —Me detuve, no sé si porque Sachiko me había puesto su mano en el brazo o por la sorpresa.

—Sí, a América. Sin duda habrás oído hablar de ese sitio. —Sachiko parecía disfrutar con mi asombro.

Empecé a caminar otra vez. La urbanización era una gran extensión de cemento, salteada a veces por algunos árboles bastante raquíticos que habían sido plantados cuando construyeron los edificios. Encima de nosotras se habían encendido las luces en la mayoría de las ventanas.

—¿No vas a preguntarme nada más? —dijo Sachiko ajustándose a mi paso. ¿No vas a preguntar por qué me voy? ¿Y con quién?

—Me alegro mucho si es lo que querías —dije—, pero quizá primero deberíamos

buscar a tu hija.

—Etsuko, tienes que comprender que no me avergüenzo de nada. No tengo nada que ocultar a nadie. Pregúntame lo que quieras, por favor. No siento ninguna vergüenza.

—Yo pienso que primero deberíamos buscar a tu hija. Más tarde podemos hablar.

—Muy bien, Etsuko —dijo riendo. Busquemos primero a Mariko.

Estuvimos buscando por las zonas de juego y dimos la vuelta a todos los edificios. En seguida volvimos a encontrarnos donde habíamos empezado. Después, vi a dos mujeres que estaban hablando cerca de la entrada principal de uno de los edificios.

—Quizás esas señoras de allí puedan ayudarnos —dije.

Sachiko no se movió. Miró hacia las dos mujeres y dijo:

—Lo dudo.

—Pero es posible que la hayan visto. Es posible que hayan visto a tu hija.

Sachiko siguió mirándolas atentamente. Después soltó una carcajada y se encogió de hombros:

—Muy bien —dijo—, vamos a darles algo de qué hablar. Me trae sin cuidado.

Nos dirigimos hacia ellas y Sachiko, muy educadamente, les hizo algunas preguntas con toda tranquilidad. Las mujeres se miraron preocupadas, pero ninguna había visto a la niña. Sachiko les aseguró que no había por qué alarmarse y nos despedimos de ellas.

—Ya pueden irse contentas por hoy —me dijo—, ahora tendrán algo de qué hablar.

—Estoy segura de que no han pensado nada malo. Parecían realmente preocupadas.

—De verdad eres muy amable, Sachiko, pero no tienes que convencerme de esas cosas. ¿Sabes?, nunca me ha preocupado lo que pueda pensar ese tipo de gente, y ahora me preocupa menos todavía.

Nos detuvimos. Eché un vistazo a mi alrededor y hacia las ventanas de los edificios.

—¿Dónde podrá estar? —dije.

—¿Ves?, Etsuko, no me avergüenzo de nada. No quiero ocultarte nada, ni a ti ni a esas mujeres, si vamos a eso.

—¿Crees que deberíamos buscar por el río?

—¿El río? Ya he mirado por allí.

—¿Y por la otra orilla? Quizá haya cruzado a la otra orilla.

—Lo dudo, Etsuko. En realidad, si mi hija es como yo creo, en estos momentos ya debe de estar en casa. Y sin duda, muy satisfecha de haber provocado todo este jaleo.

—Bueno, vamos a ver.

Cuando regresamos al borde del descampado, el sol ya estaba desapareciendo

detrás del río y sus rayos contorneaban los sauces de la orilla.

—No tienes que acompañarme, Etsuko —dijo Sachiko—, acabaré por encontrarla.

—No me molesta. Te acompaño.

—Muy bien. Entonces, ven.

Nos encaminamos hacia el caserón. Yo llevaba sandalias y me fue difícil andar por aquel terreno tan desigual.

—¿Cuánto tiempo has estado fuera? —pregunté. Sachiko estaba a un paso o dos delante de mí. Al principio no respondió y pensé que quizá no me había oído. ¿Cuánto tiempo has estado fuera? —repetí.

—¡Oh!, no mucho.

—¿Cuánto? ¿Media hora?, ¿o más?

—Tres o cuatro horas, aproximadamente, creo.

—Ya.

Seguimos caminando por el fango, procurando evitar los charcos. Cuando nos acercábamos al caserón le dije a Sachiko:

—Quizá deberíamos mirar en la otra orilla, sólo por si acaso.

—¿En el bosque? Mi hija no iría nunca por allí. Miremos en el caserón. No hay que preocuparse tanto, Etsuko. —Volvió a sonreír, pero su voz me pareció un poco temblorosa.

En el caserón no había luz y todo estaba oscuro. Esperé en la entrada mientras Sachiko subió al tatami. Llamó a su hija y corrió las dos mamparas que separaban la habitación principal de las dos contiguas más pequeñas. Me quedé allí de pie, oyéndola moverse de un sitio a otro en la oscuridad. Después regresó a la entrada.

—Quizá tengas razón —dijo—, será mejor que miremos en la otra orilla.

A lo largo del río, el aire estaba plagado de insectos. En silencio, nos encaminamos hacia el puente de madera que había más abajo. Al otro lado, en la orilla de enfrente, se encontraba el bosque que Sachiko había mencionado anteriormente.

Estábamos cruzando el puente, cuando se volvió hacia mí y me dijo rápidamente:

—Al final fuimos a un bar. Ibamos a ir al cine, a ver una película de Gary Cooper, pero había mucha cola. La ciudad estaba abarrotada y había mucha gente borracha. Al final fuimos a un bar y nos dieron un saloncito para nosotros solos.

—Ya veo.

—Me imagino que tú no vas a los bares, ¿no, Etsuko?

—No, no voy.

Era la primera vez que cruzaba al otro lado del río. Bajo mis pies, la tierra era muy blanda, casi pantanosa. Quizá fue sólo mi imaginación, pero en aquella orilla sentí una especie de escalofrío, como un presentimiento, que me hizo andar aún con más urgencia hacia la oscuridad de los árboles que teníamos delante.

Sachiko me detuvo por el brazo. Seguí su mirada, y un poco más lejos, en la

misma margen, vi algo así como un bulto sobre la hierba, junto a la orilla. Podía distinguirse de entre las tinieblas, al ser algo más oscuro que el suelo donde yacía. Mi primer impulso fue correr en esa dirección, pero entonces me di cuenta de que Sachiko se había quedado inmóvil, contemplando el objeto.

—¿Qué es eso? —dije un poco ingenuamente.

—Es Mariko —respondió muy tranquila. Y cuando se volvió hacia mí, en sus ojos había una mirada extraña.

3

Es posible que con el paso de los años mis recuerdos hayan perdido nitidez, que las cosas no sucedieran tal como me vienen ahora a la memoria. Pero recuerdo con cierta claridad aquel encantamiento misterioso que al parecer nos unió a las dos mientras estuvimos allí de pie, en la oscuridad que se cernía sobre nosotras, con nuestros ojos clavados en la silueta que yacía más abajo en la orilla. Roto el hechizo, empezamos a correr. Vi a Mariko tumbada de lado y hecha un ovillo, con las rodillas dobladas y dándonos la espalda. Sachiko llegó antes, pues yo, a causa de mi embarazo, iba más despacio, y cuando la alcancé estaba de pie ante la niña. Mariko tenía los ojos abiertos y al principio pensé que estaba muerta. Pero después vi que los ojos se movían y miraban en dirección a nosotras, con una expresión extrañamente ausente.

Sachiko se arrodilló sobre una pierna y levantó la cabeza de la niña. Mariko seguía mirando fijamente.

—¿Estás bien, Mariko? —dije yo un poco sin aliento.

La niña no respondió. Sachiko también estaba callada, examinando a su hija, dándole la vuelta entre sus brazos como si fuera una muñeca frágil e inanimada. Noté sangre en una manga de Sachiko, pero después vi que provenía de Mariko.

—Mejor que llamemos a alguien —dije.

—No es nada grave —dijo Sachiko. Es sólo un rasguño. Mira, sólo es un corte pequeño.

Mariko había estado tumbada sobre un charco, y una parte de su corto vestido estaba empapada de agua sucia. La sangre procedía de una herida en el muslo.

—¿Qué ha ocurrido? —le dijo Sachiko a su hija. ¿Qué te ha ocurrido?

Mariko siguió mirando a su madre.

—Habrás sufrido una conmoción —dije. Quizá sea mejor no hacerle preguntas ahora.

Sachiko levantó a Mariko.

—Estábamos muy preocupadas por ti, Mariko-San —dije. La niña me miró con sospecha, después se dio la vuelta y empezó a andar. Andaba con muy buen paso. Al parecer, la herida que tenía en la pierna no le molestaba demasiado.

Emprendimos el camino de vuelta, cruzando el puente de nuevo y bordeando el río. Ellas dos iban delante, sin hablar. Cuando llegamos al caserón, era totalmente de noche.

Sachiko llevó a Mariko al cuarto de baño. Encendí el fuego del hornillo que estaba en medio de la habitación, para hacer un poco de té. Aparte el hornillo, la única fuente de luz procedía de un farol colgado que Sachiko había encendido. El resto de la habitación permanecía en sombras. En un rincón, varios gatitos negros diminutos que habían despertado con nuestra llegada, empezaron a moverse intranquilos, y sus uñas, al engancharse al tatami, producían un sonido acelerado.

Cuando, madre e hija volvieron a aparecer, ya se habían cambiado y llevaban kimonos. Se metieron en una de las pequeñas habitaciones contiguas y yo seguí esperando durante un rato. El sonido de la voz de Sachiko atravesaba la mampara.

Al final, Sachiko salió sola.

—Todavía hace mucho calor —comentó. Cruzó la habitación y corrió las mamparas que daban a la terraza.

—¿Cómo se encuentra Mariko? —pregunté.

—Está perfectamente. El corte no es nada. —Sachiko se sentó junto a las mamparas, donde soplaba la brisa.

—¿Vamos a informar de todo esto a la policía?

—¿La policía? Pero ¿de qué hay que informarlos? Mariko dice que estaba subiendo a un árbol y se cayó. Así es como se hizo el corte.

—Entonces, ¿anoche no estuvo con nadie?

—No, ¿con quién podría haber estado?

—¿Y esa mujer? —dije.

—¿Qué mujer?

—Esa de la que habla Mariko. ¿Todavía sigues creyendo que es fruto de su imaginación?

Sachiko suspiró.

—No es del todo fruto de su imaginación, supongo —dijo. Es alguien que Mariko vio una vez. Una vez, cuando era mucho más pequeña.

—¿Pero crees que esa mujer pudo venir anoche?

Sachiko rió.

—No, Etsuko, no es posible. Esa mujer está muerta. Etsuko, créeme, toda la historia acerca de la mujer es un juego que a Mariko le gusta jugar cuando se empeña en causar problemas. Yo ya estoy acostumbrada a esos jueguitos suyos.

—Pero ¿por qué cuenta ese tipo de historias?

—¿Que por qué? —Sachiko se encogió de hombros. Es lo que a los niños les gusta hacer. Cuando seas madre, Etsuko, tendrás que acostumbrarte a ese tipo de cosas.

—¿Y estás segura de que anoche no estuvo con nadie?

—Completamente. Conozco a mi hija lo suficientemente bien.

Durante un rato permanecimos calladas. Los mosquitos zumbaban en el aire a nuestro alrededor. Sachiko bostezó, tapándose la boca con una mano.

—Ya ves, Etsuko —dijo—, dentro de poco dejaré Japón. No pareces muy impresionada.

—¡Claro que lo estoy!, y muy contenta, ya que ése era tu deseo. Pero ¿no surgirán... dificultades?

—¿Dificultades?

—Quiero decir, trasladarse a otro país, con un idioma distinto y otras costumbres.

—Comprendo tu preocupación, Etsuko. Pero de verdad, no creo que tenga

motivos para inquietarme. ¿Sabes?, he oído hablar tanto de América que no me resultará un país del todo extraño. En cuanto al idioma, ya lo domino bastante. Frank-San y yo siempre hablábamos en inglés. Una vez que lleve en América cierto tiempo, lo hablaré como una americana. De verdad que no veo motivo por el que deba inquietarme. Sé que me las arreglaré.

Hice una pequeña reverencia, pero no dije nada. Dos de los gatitos empezaron a dirigirse hacia donde Sachiko estaba sentada. Los observó durante un rato y después soltó una carcajada.

—Claro —dijo. A veces hay momentos en los que me pregunto cómo saldrá todo. Pero de verdad —me sonrió—, sé que me las arreglaré.

—En realidad —dije—, en quien estaba pensando era en Mariko. ¿Qué pasará con ella?

—¿Mariko? No tendrá problemas. Ya sabes cómo son los niños. Para ellos es mucho más fácil adaptarse a un sitio nuevo, ¿no?

—Pero de todas formas, para ella supondrá un gran cambio. ¿Está preparada para algo semejante?

Sachiko suspiró con impaciencia.

—De verdad, Etsuko, ¿crees que no he tenido en cuenta todo eso? ¿Acaso has pensado que se me ocurriría dejar el país sin primero haber considerado a fondo el bienestar de mi hija?

—Claro —dije—, lo habrás considerado a fondo.

—El bienestar de mi hija es de la máxima importancia para mí, Etsuko. Nunca tomaría una decisión que pusiera en peligro su futuro. He pensado detenidamente todo este asunto y lo he hablado con Frank. Te aseguro que Mariko estará bien. No habrá problemas.

—Pero ¿qué va a pasar con su educación?

Sachiko volvió a reír.

—Etsuko, no me voy a la selva. En América hay colegios buenísimos. Y debes comprender que mi hija es una niña muy despierta. Su padre era un hombre muy fino y, en lo que a mí respecta, he tenido familiares del más alto rango. No debes pensar, Etsuko, que porque la has visto en estas... en estas circunstancias actuales, es una pobre palurda.

—Claro que no. En ningún momento lo he pensado.

—Es una niña muy despierta. No la has visto tal y como es de verdad, Etsuko. En un ambiente como éste, es normal que un niño sea a veces un poco arisco. Pero si la hubieras visto cuando estábamos en casa de mi tío, habrías podido apreciar todas sus auténticas cualidades. Si un adulto se dirigía a ella, respondía con toda claridad y de modo muy inteligente, sin ninguna vergüenza y sin risitas tontas como los demás niños. Y te aseguro que nunca venía con estos jueguecitos suyos. Iba al colegio y se hacía amiga de los mejores niños. Teníamos un preceptor para ella y le tenía en muy alta estima. Era sorprendente con qué rapidez empezó a alcanzar a los demás.

—¿Alcanzar a los demás?

—Bueno —Sachiko se encogió de hombros—, desgraciadamente, su educación se ha visto interrumpida de vez en cuando. Entre unas cosas y otras, y nuestros desplazamientos. Pero aquéllos fueron tiempos difíciles, Etsuko. Si no hubiese sido por la guerra y mi marido siguiera vivo, Mariko habría tenido el tipo de educación que corresponde a una familia de nuestra posición.

—Sí —dije. Ciertamente.

Quizá Sachiko notó algo raro en mi tono. Levantó la vista y me miró fijamente, y cuando volvió a hablar, su voz fue más tensa.

—No tenía ninguna necesidad de dejar Tokio, Etsuko —dijo. Pero lo hice por el bien de Mariko. Vine hasta aquí para quedarme en casa de mi tío pensando que era lo mejor para mi hija. No tenía obligación de hacerlo, no tenía ninguna necesidad de dejar Tokio.

Incliné la cabeza. Sachiko me miró durante unos instantes, después se volvió y dirigió su mirada hacia la oscuridad, a través de las mamparas abiertas.

—Pero ahora has dejado a tu tío —dije. Y ahora estás a punto de dejar Japón.

Sachiko me clavó sus ojos furiosamente.

—¿Por qué me hablas así, Etsuko? ¿Por qué no deseas que tenga suerte? ¿Acaso me tienes envidia?

—Pero claro que te deseo suerte. Y te aseguro que yo...

—Mariko estará bien en América. ¿Por qué no me crees? Allí tendrá muchas oportunidades. Para una mujer, la vida es mucho mejor en América.

—Te aseguro que me alegro por ti. En cuanto a mí, no me podía ir mejor. A Jiro le va muy bien en el trabajo y ahora el niño llega justo cuando lo deseamos...

—Podría convertirse en una mujer de negocios o incluso en una actriz. América es así, Etsuko, hay tantas posibilidades. Frank dice que yo también podría convertirme en una mujer de negocios. Allí son posibles ese tipo de cosas.

—Estoy segura de que así es. Es sólo que personalmente me siento muy feliz con la vida que llevo aquí.

Sachiko miró los dos gatitos que estaban a su lado arañando el tatami. Durante un buen rato nos quedamos calladas.

—Debo irme —dije finalmente—, en casa estarán preocupados por mí. —Me puse de pie pero Sachiko no apartó su mirada de los gatitos. Entonces, ¿cuándo os vais? —pregunté.

—Dentro de unos días. Frank vendrá por nosotras con su coche. En principio, embarcaremos a finales de semana.

—Entonces, ya no seguirás ayudando a la Sra. Fujiwara, supongo.

Sachiko se quedó mirándome y soltó una carcajada incrédula.

—Etsuko, estoy a punto de irme a América. No tengo ninguna necesidad de seguir trabajando en una casa de comidas.

—Comprendo.

—De hecho, quizá podrías encargarte tú de decirle a la Sra. Fujiwara lo que me ocurre, Etsuko. No creo que vuelva a verla.

—¿No vas a decírselo tú misma?

Suspiró con impaciencia.

—Etsuko, ¿acaso eres incapaz de imaginar lo repugnante que ha sido para una persona como yo trabajar diariamente en una casa de comidas? Y aun así, no me he quejado en ningún momento y he hecho lo que se me ha pedido. Pero ahora que ha terminado todo, no tengo ninguna gana de volver a ver ese sitio. —Sachiko le dio un manotazo a un gatito que había estado arañándole la manga del kimono, y el animalito salió corriendo por el tatami. De modo que te pido que le des recuerdos a la Sra. Fujiwara de mi parte —dijo—, y que tenga suerte con su negocio.

—Lo haré. Ahora te ruego que me disculpes. Debo irme.

Esta vez, Sachiko se levantó y me acompañó hasta la entrada.

—Iré a despedirme antes de que nos vayamos —dijo mientras yo me ponía las sandalias.

Al principio me pareció un sueño totalmente inocente. Soñé simplemente en algo que había visto el día antes, la niña que habíamos visto jugar en el parque. Y la noche siguiente, volví a tener el mismo sueño. La verdad es que en los últimos meses lo he tenido varias veces.

Niki y yo vimos a la niña jugando en el columpio la tarde que fuimos al pueblo. Fue al tercer día de la visita de Niki, la lluvia había amainado bastante y sólo lloviznaba. Yo llevaba varios días sin salir de casa y fue todo un placer sentir el aire fresco cuando me encaminé hacia el tortuoso sendero.

Niki tenía tendencia a andar bastante deprisa y sus estrechas botas de cuero crujían a cada zancada. Aunque no me resultaba difícil ir a su paso, habría preferido llevar un ritmo más pausado. Supongo que Niki aún tiene que descubrir el placer de caminar por caminar, y tampoco parece apreciar el gusto por el campo a pesar de haber crecido aquí. Se lo comenté mientras caminábamos, pero contestó con toda sequedad que aquello no era el campo de verdad, sino una versión residencial ideada para la gente acomodada que vivía en la zona. Y en realidad, me atrevería a decir que tiene razón. Nunca me he aventurado hacia el norte, a las regiones agrícolas de Inglaterra donde, insiste Niki, encontraría el verdadero campo. Sin embargo, con el paso de los años, he llegado a apreciar la tranquilidad y la calma que rodean estas carreteras.

Cuando llegamos al pueblo, llevé a Niki al salón de té donde voy a veces. El pueblo es pequeño y tiene algún que otro hotel y unas cuantas tiendas. El salón de té está situado en una esquina, encima de una panadería. Aquella tarde, Niki y yo nos sentamos en una mesa al lado del ventanal y allí fue justamente desde donde observamos jugar a la niña en el parque de abajo. La vimos subir a un columpio y llamar a dos mujeres que estaban cerca sentadas en un banco. Era una niña muy alegre, y llevaba un impermeable verde y botas de agua.

—Quizá pronto te cases y tengas niños —dije. Echo de menos a los niños.

—No se me ocurre nada que me apetezca menos —dijo Niki.

—Bueno, supongo que aún eres muy joven.

—No tiene nada que ver con ser joven o vieja, es que no tengo ninguna gana de tener un montón de niños dando gritos a mi alrededor.

—No te preocupes, Niki —dije riendo—, no voy a exigirte que tengas hijos inmediatamente. De pronto he sentido ganas de ser abuela, eso es todo. He pensado que quizá me harías ese favor, pero no corre prisa.

La niña, sentada en el asiento del columpio, se impulsaba con las cadenas, pero por algún motivo no conseguía elevarse más alto. De todas formas, seguía sonriendo y llamando a las dos mujeres.

—Una amiga mía acaba de tener un niño —dijo Niki. Está muy contenta. No sé por qué. Haber dado a luz una cosa llorona tan horrible.

—Bueno, por lo menos es feliz. ¿Qué edad tiene tu amiga?

—Diecinueve.

—¿Diecinueve? Es incluso más joven que tú. ¿Está casada?

—No. ¿Y eso qué importa?

—Seguro que no se siente feliz.

—¿Por qué? ¿Sólo porque no está casada?

—Eso por un lado. Y además, porque sólo tiene diecinueve años. No creo que le alegrara tener un niño.

—¿Y qué importa que esté casada o no? Lo deseaba, lo decidió y eso basta.

—¿Es eso lo que te dijo?

—Pero, mamá, la conozco muy bien, es una amiga. Sé que es eso lo que quería.

Las mujeres del banco se levantaron. Una llamó a la niña. Ésta bajó del columpio y fue corriendo hacia ellas.

—¿Y el padre, qué? —pregunté.

—Se alegró mucho. Me acuerdo que cuando se enteraron nos fuimos todos a celebrarlo.

—Bueno, la gente siempre aparenta estar encantada. Es como la película que vimos anoche en la televisión.

—¿Qué película?

—Creo que no la viste. Estabas leyendo una revista.

—Ah, ya sé. Parecía malísima.

—Sí. No lo niego. Pero eso es lo que quiero decir. Estoy segura de que ante el nacimiento de un niño, nadie reacciona como los personajes de esas películas.

—De verdad, mamá, no entiendo cómo te sientas a ver esos rollos. Antes casi no veías la televisión. Recuerdo que siempre me estabas riñendo porque yo la veía demasiado.

Me reí.

—Ves, Niki, nuestros papeles se están invirtiendo. Estoy segura de que me haces

mucho bien. Tienes que impedir que pierda el tiempo de ese modo.

Cuando salimos del salón de té, ya de vuelta a casa, el cielo estaba muy encapotado y la llovizna era más intensa. Ya habíamos pasado la pequeña estación de ferrocarril, cuando oímos una voz por detrás que nos llamaba:

—¡Sra. Sheringham! ¡Sra. Sheringham!

Me di la vuelta y vi a una mujer de baja estatura puesta de abrigo, que subía corriendo por la carretera.

—Pensé que era usted —dijo al alcanzarnos. ¿Qué tal se encuentra? —Me sonrió con mucha alegría.

—Hola, Sra. Waters —dije yo. ¡Cuánto me alegro de volver a verla!

—Parece que va a empeorar otra vez, ¿no cree? ¡Ah, hola, Keiko! —dio una palmada a Niki en la manga— no te había reconocido.

—No —respondí rápidamente—, ésta es Niki.

—Niki, claro. ¡Dios mío, cómo has crecido! Por eso me he confundido.

—Hola, Sra. Waters —dijo Niki cuando se sobrepuso del asombro.

La Sra. Waters no vive lejos de casa. Ahora sólo la veo de vez en cuando, pero hace algunos años les dio clases de piano a mis dos hijas. A Keiko le enseñó durante bastantes años, pero a Niki sólo un año o dos, cuando todavía era una niña. No tardé mucho en descubrir que la Sra. Waters era una pianista muy limitada y, en general, su actitud ante la música me irritaba muy a menudo. Por ejemplo, calificaba las obras de Chopin y de Tchaikovski de «melodías encantadoras». Pero era una mujer tan cariñosa que nunca tuve el valor de sustituirla por otra.

—¿Y qué es de ti ahora? —preguntó a Niki.

—¿Yo? Bueno, vivo en Londres.

—Ah, y ¿qué haces allí? ¿Estudias?

—En realidad no hago nada. Sólo vivo allí.

—Ya. Pero en Londres eres feliz, ¿no? Eso es lo principal, ¿no crees?

—Sí. Estoy bastante bien.

—Bueno, eso es lo principal. ¿Y qué es de Keiko? —La Sra. Waters se volvió hacia mí. ¿Cómo le va a Keiko?

—¿Keiko? Se fue a vivir a Manchester.

—¿Ah, sí? En conjunto es una ciudad agradable. Eso es lo que me han dicho. ¿Y le gusta estar allí?

—Ultimamente no sé nada de ella.

—Bueno. Si no hay noticias, buena señal, supongo. Y Keiko, ¿sigue tocando el piano?

—Creo que sí. Ultimamente no sé nada de ella.

Al final pareció percatarse de mi falta de entusiasmo y dejó de hablar del tema con una sonrisa embarazosa. Desde que Keiko se fue de casa, año tras año la Sra.

Waters había mostrado la misma insistencia en cada encuentro, y nada parecía hacerla desistir. Ni mi clara reticencia a hablar de Keiko ni el hecho de que, hasta aquella tarde, hubiera sido incapaz de contarle aunque sólo fuese el paradero de mi hija, había conseguido causar en ella una impresión definitiva. Y tengo la certeza de que la Sra. Waters seguirá preguntándome por mi hija del modo más cordial cada vez que nos veamos.

Cuando llegamos a casa, la lluvia arreciaba.

—Te he hecho sentirte incómoda, ¿verdad? —me dijo Niki. Estábamos de nuevo sentadas en los sillones, contemplando el jardín.

—¿Por qué lo piensas? —dije.

—Tendría que haberle contado que pensaba ir a la universidad o algo así.

—No me molesta lo más mínimo lo que puedas contar de tu vida. No me avergüenzo de ti.

—No. Ya lo sé.

—Pero sí pienso que has sido un poco brusca con ella. Nunca te ha caído muy bien, ¿verdad?

—¿La Sra. Waters? Bueno, odiaba sus clases. Eran un aburrimento total. A veces me quedaba en las nubes y de tanto en tanto oía su voccecita diciéndome que pusiese el dedo en una tecla, en la otra o en la de más allá. ¿Fue idea tuya que tomara clases de piano?

—Sí. Principalmente idea mía. ¿Sabes?, hubo una época en que hice grandes planes para ti.

Niki rió.

—Lamento ser tan desastre. Pero es culpa tuya. Tengo muy mal oído para la música. En nuestra casa hay una chica que toca la guitarra; intentó enseñarme algunos acordes pero ni me molesté en aprender siquiera eso. Creo que la Sra. Waters me hizo aborrecer la música para siempre.

—Quizá algún día vuelva a interesarte y entonces apreciarás el que te hayan dado clases.

—Si se me ha olvidado todo.

—Me extrañaría que lo hayas olvidado absolutamente todo. A esa edad siempre queda algo.

—De todas formas, fue una pérdida de tiempo —refunfuñó Niki. Se quedó callada durante un rato mirando a través del ventanal. Después se volvió hacia mí y dijo—: Supongo que debe de ser difícil contárselo a la gente. Me refiero a lo de Keiko.

—Lo que he dicho me ha parecido lo más sencillo —respondí. Me cogió un poco de sorpresa.

—Sí, eso creo. —Niki siguió mirando por la ventana, sin ninguna expresión en sus ojos. Keiko no fue al entierro de papá, ¿verdad? —me dijo al final.

—Sabes perfectamente que no, ¿por qué lo preguntas, entonces?

—No lo sé. Sólo ha sido un comentario.

—¿Quieres decir que no fuiste a su entierro porque ella no fue al de tu padre? No seas tan infantil, Niki.

—No estoy siendo nada infantil. Sólo estoy diciendo lo que ocurrió. Keiko nunca ha sido parte de nuestras vidas, ni de la mía ni la de papá. Nunca esperé que asistiese al entierro de papá.

No respondí y seguimos en nuestros sillones, sin hablar. Entonces Niki dijo:

—Ha sido muy raro lo de la Sra. Waters. Casi me ha parecido que estabas disfrutando.

—¿Disfrutando?

—Haciéndole creer que Keiko estaba viva.

—Yo no disfruto engañando a la gente. —Quizá dije esto con cierta brusquedad, ya que Niki me miró perpleja.

—No, ya lo sé —dijo poco convencida.

Llovió toda la noche, y al día siguiente, el cuarto día de la visita de Niki, seguía lloviendo con fuerza.

—¿Te molesta si esta noche cambio de habitación? —dijo Niki. Podría utilizar el cuarto de huéspedes. —Estábamos en la cocina fregando la vajilla después del desayuno.

—¿El cuarto de huéspedes? Claro, no veo por qué no. ¿Le has cogido manía a tu antigua habitación?

—Me resulta un poco raro dormir en ella.

—Qué poco amable eres, Niki. Esperaba que aún sintieras que era tu habitación.

—Claro que sí —dijo rápidamente. No es que ya no me guste. —Se quedó callada mientras secaba unos cuchillos con un trapo. Al final dijo—: Es la otra habitación. La suya. Me produce una sensación extraña tenerla justo enfrente.

Dejé lo que estaba haciendo y la miré severamente.

—En fin, no lo puedo evitar, madre. Es que siento algo raro cuando pienso que tengo esa habitación justo enfrente.

—Muy bien. Duerme en el cuarto de huéspedes —le dije fríamente. Pero tendrás que hacer la cama.

Aunque le di a entender a Niki que su pregunta me había molestado, no pensé impedirle que cambiase de habitación, ya que también yo había experimentado un sentimiento molesto con esa habitación de enfrente. Es con mucho la más agradable de la casa, con esa espléndida ventana que da al huerto. Pero había sido la propiedad que Keiko había protegido durante tanto tiempo, que incluso ahora, seis años después de haberse ido, parecía reinar allí un extraño hechizo, un hechizo que se había vuelto más intenso ahora que Keiko estaba muerta.

Durante los dos o tres últimos años antes de que nos dejara, Keiko se había retirado a aquel dormitorio, expulsándonos a todos de su vida. Raramente salía, aunque a veces la oía dar vueltas por la casa una vez que los demás nos habíamos

acostado. Me di cuenta de que pasaba todo el tiempo leyendo revistas y oyendo la radio. Nosotros teníamos prohibida la entrada en su cuarto. Para comer le dejaba su plato en la cocina; ella bajaba a recogerlo y volvía a encerrarse en su habitación. Yo sabía que su habitación era una pocilga. De allí dentro salía un olor rancio y a ropa sucia, y en las ocasiones en que pude vislumbrar algo, vi un gran número de revistas femeninas tiradas por el suelo entre montones de ropa. Tuve que engatusarla para que sacase su ropa sucia, y al menos en esto llegamos a un acuerdo: cada tanto tiempo me pondría la ropa sucia en la puerta, yo entonces la lavaría y volvería a dársela. Al final, todos nos acostumbramos a su forma de vida, y si alguna vez, por cualquier motivo, se aventuraba a entrar al salón, todos nos sentíamos muy tensos. Estas excursiones terminaban invariablemente en alguna disputa, con Niki o con mi marido de modo que se volvía a su cuarto.

Nunca vi la habitación que Keiko tenía en Manchester la habitación en que murió. Viviendo de una madre, estas ideas pueden resultar macabras, pero al enterarme de que se había suicidado, lo primero que me vino a la mente, antes incluso de asumir el disgusto, fue pensar cuánto tiempo habría permanecido en ese estado antes de que la encontrarán. Viviendo con su propia familia, pasaban días y días sin que nadie la viese, de modo que en una ciudad extraña donde nadie la conocía, aún era menos probable que la descubriesen inmediatamente. Más tarde, el juez dijo que había estado allí «durante varios días». Fue la casera la que abrió la puerta, pensando que Keiko se había ido sin pagar el alquiler.

La imagen de mi hija ahorcada en su habitación durante días y días, me ha obsesionado continuamente. El horror que me produce esa imagen no ha disminuido, pero ya hace tiempo que ha perdido ese carácter macabro. Del mismo modo que soportamos una herida en nuestro propio cuerpo, es posible llegar a hacer nuestras las cosas más perturbadoras.

—De cualquier modo, probablemente esté más caliente en el cuarto de huéspedes —dijo Niki.

—Niki, si de noche tienes frío, basta con que subas la calefacción.

—Sí, claro —dijo un suspiro. Ultimamente no duermo muy bien. Creo que tengo pesadillas, pero cuando despierto nunca consigo recordarlas del todo.

—Anoche tuve un sueño —dijo.

—Yo creo que tiene algo que ver con esta calma. No estoy acostumbrada a este silencio por la noche.

—Soñé con esa niña. La que vimos ayer, la niña del parque.

—Con el ruido de los coches puedo dormir bien, pero ya había olvidado lo que era dormir con este silencio. —Niki se encogió de hombros y dejó caer algunos cubiertos en el cajón. Quizá consiga dormir mejor en el cuarto de huéspedes.

El hecho de que le comentara a Niki mi sueño, la primera vez que lo tuve, demuestra quizá que ya entonces dudé de la inocencia del sueño en cuestión. Desde un principio debí haber sospechado, sin saber del todo por qué, que el sueño tenía que

ver más con Sachiko, a la que había recordado dos días antes, que con la niña que habíamos estado observando mi hija y yo.

Una tarde, estaba en la cocina preparando la cena antes de que mi marido llegase a casa del trabajo, cuando oí un ruido extraño procedente del salón. Dejé lo que estaba haciendo y me puse a escuchar. Volví a oírlo, era el sonido de un violín que alguien estaba tocando muy mal. Durante unos minutos seguí oyendo el ruido, después se paró.

Al final, cuando me dirigí al salón, encontré a Ogata-San inclinado sobre un tablero de ajedrez. El sol de las últimas horas de la tarde entraba a raudales y un aire húmedo impregnaba todo el piso a pesar de los ventiladores. Abrí un poco más las ventanas.

—¿No terminasteis anoche la partida? —pregunté, acercándome a él.

—No, Jiro dijo que estaba muy cansado. Tengo la sospecha de que fue una estratagema. Ves, le tengo aquí bien acorralado.

—Ya veo.

—Se aprovecha de que estos días tengo la memoria un poco confusa. Pero ahora estoy reconsiderando toda mi estrategia.

—Es usted muy astuto, padre. Pero dudo que la mente de Jiro funcione de modo tan ingenioso.

—Quizá no. Me atrevería a decir que a estas alturas tú le conoces mejor que yo. —Ogata-San siguió examinando el tablero durante un rato, después levantó la mirada y rió. Debe parecerle divertido. Jiro matándose a trabajar en su oficina y yo preparando una partida para cuando vuelva a casa. Me siento como un niño esperando a su padre.

—Bueno, prefiero que se distraiga usted con el ajedrez. El recital de música de antes era espantoso.

—Qué poco respeto. Y yo que pensaba que te había conmovido, Etsuko.

El violín estaba allí cerca, en el suelo, metido otra vez en su estuche. Ogata-San me miró cuando empecé a abrir el estuche.

—Lo vi ahí encima en el estante —dijo. Me tomé la libertad de bajarlo. No pongas esa cara de preocupación, Etsuko. Lo he tratado con mucho cariño.

—No estoy muy segura... Como usted dice, padre, estos días se parece a un niño. —Levanté el violín para examinarlo. A diferencia de que los niños no llegan a los estantes de arriba.

Me puse el instrumento bajo la barbilla. Ogata-San siguió mirándome.

—Toca algo para mí —dijo. Estoy seguro de que lo haces mejor que yo.

—Seguro que sí. —Volví a sostener el violín sobre toda la longitud de mi brazo. Pero hace mucho tiempo que no toco.

—¿Quieres decir que no has estado practicando? Es una lástima, Etsuko. Antes tenías verdadera afición por este instrumento.

—Sí, antes sí. Pero ahora casi no lo toco.

—De verdad que es una lástima. ¡Te gustaba tanto! Recuerdo cuando solías tocarlo a altas horas de la noche y despertabas a toda la casa.

—¿Que despertaba a toda la casa? ¿Eso cuándo fue?

—Sí, me acuerdo muy bien. Cuando viniste a quedarte con nosotros. —Ogata-San rió. No pongas esa cara, Etsuko. Todos te perdonamos. Espera, ¿cuál era el compositor que admirabas tanto? ¿Mendelssohn?

—¿Es verdad que despertaba a toda la casa?

—Etsuko, no pongas esa cara de preocupación. Fue hace años. Toca algo de Mendelssohn.

—Pero ¿por qué no me dijisteis que parase?

—Fue sólo durante las primeras noches. Además, no nos molestaba lo más mínimo.

Punteé un poco. El violín estaba desafinado.

—Por aquel entonces, tuve que resultaros una auténtica carga —dije en voz baja.

—No digas tonterías.

—Pero el resto de la familia, pensarían que estaba loca.

—No podían pensar nada malo de ti. Después de todo, terminaste casándote con Jiro. Vamos Etsuko, ya basta, ahora toca algo.

—¿Cómo era yo entonces? ¿Igual que una persona loca?

—Estabas muy desquiciada, lo cual no era nada sorprendente. Todos estábamos desquiciados, todos los que sobrevivimos. Ven, Etsuko, olvidemos todo eso. Siento haber sacado el tema.

Volví a ponerme el instrumento bajo la barbilla.

—¡Ah! —dijo. Mendelssohn.

Me quedé en esa posición durante unos segundos, con el violín bajo la barbilla. Después lo apoyé en mi rodilla y suspiré.

—Ahora apenas lo toco —dije.

—Lo siento, Etsuko —dijo Ogata-San en tono solemne. Quizá no debiera haberlo movido de su sitio.

Levanté la mirada hacia él y sonreí:

—De modo que ahora el niño se siente culpable.

—Es que lo vi ahí encima y me acordé de aquellos días.

—Tocaré algo en otra ocasión, cuando haya practicado un poco.

Me hizo una pequeña reverencia y en sus ojos volvió a dibujarse una sonrisa.

—No olvidaré tu promesa, Etsuko. Podrías enseñarme un poco.

—No puedo enseñarle todo, padre. También dijo que quería aprender a cocinar.

—Ah, sí. Eso también.

—Tocaré algo para usted la próxima vez que venga a vernos.

—No olvidaré tu promesa —dijo.

Aquella noche, después de la cena, Jiro y su padre se sentaron a jugar su partida de ajedrez. Quitó las cosas de la mesa y me puse a coser un poco. En un momento de la partida, Ogata-San dijo:

—Acabo de darme cuenta de algo. Si no te importa, quisiera hacer otra vez esta jugada.

—Claro —dijo Jiro.

—Pero es bastante injusto para ti. Sobre todo ahora que parece que voy ganándote.

—No, en absoluto. Haga de nuevo la jugada, por favor.

—¿No te importa?

—No, de veras.

Siguieron jugando en silencio.

—Jiro —dijo Ogata-San al cabo de un rato—, me estaba preguntando... ¿Has escrito ya esa carta?, ¿a Shigea Matsuda?

Aparté los ojos de la costura. Jiro parecía estar absorto en su jugada y no respondió hasta que no hubo movido la pieza.

—¿A Shigeo? No, todavía no. Quería hacerlo, pero he estado tan ocupado últimamente.

—Sí, ya. Lo entiendo. Sólo me ha venido a la memoria eso es todo.

—Últimamente no he tenido mucho tiempo libre.

—Lo sé. No hay prisa. No quiero incomodarte con este asunto. Sólo que sería conveniente que le dijese algo pronto. Hace ya varias semanas que apareció el artículo.

—Sí, es cierto. Tiene toda la razón.

Volvieron a la partida. Durante un rato no habló ninguno de los dos. Después, Ogata-San dijo:

—¿Cómo crees que reaccionará?

—¿Shigeo? No lo sé. Como le he dicho, últimamente no he sabido nada de él.

—¿Dices que se afilió al Partido Comunista?

—No estoy seguro, pero es verdad que la última vez que le vi simpatizaba bastante con este partido.

—Es una lástima. Hoy en día hay muchas cosas en Japón que desconciertan a los jóvenes.

—Sí, sin duda.

—Hoy en día tantos jóvenes se dejan influir por ideas y teorías. Pero quizá Shigeo ceda y pida disculpas. No hay nada mejor que a uno le recuerden a tiempo sus obligaciones. ¿Sabes?, sospecho que Shigeo ni siquiera se detuvo a pensar lo que hacía. Creo que este artículo lo escribió con una pluma en una mano y su libro sobre comunismo en la otra. Puede que al final ceda.

—Es muy posible. He tenido tanto trabajo últimamente.

—Claro, claro. Tu trabajo debe ser lo primero. No te preocupes, por favor. Y ahora, ¿me tocaba mover a mí?

Siguieron la partida hablando muy poco. En un determinado momento oí decir a Ogata-San:

—Estás jugando tal como había previsto. Tendrás que ser muy hábil para salir de ese rincón.

Ya llevaban un buen rato jugando cuando llamaron a la puerta. Jiro levantó los ojos y me miró. Dejé la costura y me levanté.

Cuando abrí la puerta, me encontré con dos hombres sonriendo y haciendo una reverencia. Al ser bastante tarde, pensé que se habían equivocado de puerta. Pero entonces me di cuenta de que eran dos colegas de Jiro y les dije que pasaran. Se quedaron en la entrada, riendo sofocadamente. Uno de ellos era un hombrecillo rechoncho de cara bastante sonrojada. Su compañero era más delgado, de tez pálida como un europeo, pero también parecía haber estado bebiendo, ya que le habían salido dos manchas rosadas en las mejillas. Ambos llevaban corbata, que se habían deshecho de cualquier modo, y la chaqueta bajo el brazo.

Jiro pareció alegrarse de verlos y les llamó para que se sentaran. Sin embargo, permanecieron de pie en la puerta, riendo tontamente.

—¡Hola, Ogata! —le dijo el hombre de tez pálida a Jiro—, quizá te cojamos en mal momento.

—No, en absoluto. Pero ¿qué hacéis por aquí?

—Hemos ido a ver al hermano de Murasaki. De hecho, todavía no hemos pasado por casa.

—Hemos venido a molestarte porque tenemos miedo de ir a casa —añadió el hombre rechoncho. No les dijimos a nuestras esposas que llegaríamos tarde.

—Vaya par de sinvergüenzas —dijo Jiro. ¿Por qué no os quitáis los zapatos y os acercáis?

—Te hemos cogido en mal momento —repitió el hombre de tez pálida. Vemos que tienes visita. —Sonrió enseñando los dientes y le hizo una reverencia a Ogata-San.

—Es mi padre, pero... ¿cómo voy a presentaros si no entráis?

Al final los dos se quitaron los zapatos y tomaron asiento. Jiro se los presentó a su padre, y empezaron de nuevo a hacer reverencias y a reír tontamente.

—¿Y ustedes, caballeros, trabajan en la empresa de Jiro? —preguntó Ogata-San.

—Sí, eso es —contestó el gordito. Y para nosotros es un honor, aunque nos haga sudar tinta. En la oficina llamamos a su hijo el «Faraón», ya que nos hace trabajar como esclavos a todos, mientras que él no mueve un dedo.

—¡Qué tontería! —dijo mi marido.

—Es verdad. Primero nos da órdenes como a sus lacayos y después se sienta a leer el periódico.

Ogata-San parecía estar un poco confuso, pero al ver que los dos hombres reían, rió con ellos.

—Y esto, ¿qué es? —El hombre de tez pálida señaló el tablero de ajedrez. Vamos, ya sabía yo que les habíamos interrumpido.

—Sólo estábamos jugando al ajedrez para pasar el rato —dijo Jiro.

—Seguid jugando, entonces. No permitas que unos sinvergüenzas como nosotros os interrumpan.

—¡No seas tonto! ¿Cómo voy a concentrarme con un par de idiotas como vosotros? —Jiro puso a un lado el tablero. Una o dos piezas se cayeron y volvió a ponerlas en pie sin fijarse en las casillas. De modo que habéis ido a ver al hermano de Murasaki. Etsuko, prepara un poco de té para los caballeros. —Mi marido había pronunciado estas palabras a pesar de que yo ya me dirigía hacia la cocina. Pero entonces el hombre rechoncho empezó a agitar la mano frenéticamente.

—¡Señora, señora, siéntese! Por favor, nos vamos en seguida. Vuelva a sentarse.

—Si no es molestia —les dije con una sonrisa.

—No, señora, se lo suplico —empezó a levantar bastante el tono de voz. Somos unos sinvergüenzas, como dice su marido. Por favor, no se moleste usted. Siéntese, por favor.

Estuve a punto de volver a sentarme, pero vi que Jiro me lanzaba una mirada de enfado.

—Al menos tomen un poco de té con nosotros —dije—, no es ninguna molestia.

—Ahora que ya os habéis sentado, podéis quedaros un rato —dijo mi marido a los dos hombres. Además, me gustaría que me contaseis algo del hermano de Murasaki. ¿Está tan loco como dicen?

—Es todo un personaje, de eso no hay duda —dijo el gordito, con una carcajada. La verdad es que no salimos decepcionados. ¿Nadie te ha hablado de su esposa?

Hice una reverencia y me fui a la cocina sin que lo advirtieran. Preparé el té y puse en un plato algunos pastelitos que había preparado aquel día. Entre las risas que procedían del salón, oí la voz de mi marido. Uno de los hombres volvió a llamarle «Faraón», hablando bastante fuerte. Cuando volví al salón, Jiro y los dos hombres parecían muy animados. El gordito contaba una anécdota referente al encuentro de un ministro con el general McArthur. Serví el té, puse al lado los pastelitos y me senté junto a Ogata-San. Los amigos de Jiro siguieron haciendo bromas sobre políticos y el hombre de tez pálida hizo de pronto como si se hubiese enfadado porque su compañero estaba hablando en malos términos de una persona importante que él admiraba. Mantuvo una cara estirada mientras los otros se burlaban de él.

—A propósito, Hanada —le dijo mi marido. El otro día en la oficina oí algo interesante. Me contaron que durante las últimas elecciones amenazaste a tu esposa con pegarle con un palo de golf porque no pensaba votar lo que tú querías.

—Pero ¿dónde has oído semejante tontería?

—Lo sé de buena fuente.

—Es verdad —dijo el hombre regordete. Y tu mujer quiso llamar a la policía para denunciarte por intimidación política.

—Pero qué tontería. Además, yo no tengo palos de golf, los vendí todos el año pasado.

—Aún tienes el de hierro del siete —dijo el gordito. La semana pasada lo vi en tu piso. Quizá fue ése el que usaste.

—No lo puedes negar, ¿a que no, Hanada? —dijo Jiro.

—Esa historia del palo de golf es completamente absurda.

—Pero es verdad que no conseguiste que tu mujer te obedeciera.

El hombre de tez pálida se encogió de hombros.

—Bueno, tiene todo el derecho a votar lo que quiera.

—Entonces, ¿por qué la amenazaste? —le preguntó su amigo.

—Sólo intenté hacerla razonar, por supuesto. Mi mujer vota a Yoshida, únicamente porque se parece a su tío. Eso es típico de las mujeres. No entienden nada de política. Creen que elegir un presidente es como elegir un vestido.

—Por eso le diste con el siete de hierro —dijo Jiro.

—¿Pero eso es verdad? —preguntó Ogata-San que no había hablado desde que yo volviera con el té. Los demás dejaron de reír y el hombre de tez pálida se le quedó mirando con una expresión de sorpresa.

—Bueno, no. —De pronto se puso serio e hizo una pequeña reverencia. En realidad no le pegué.

—No —dijo Ogata-San—, me refería a eso de que su esposa y usted votaron a partidos diferentes.

—Bueno, sí. —Se encogió de hombros y rió algo nervioso y molesto. ¿Y qué podía hacer?

—Perdón, no era mi intención entrometerme. —Ogata-San hizo una profunda reverencia y el hombre de tez pálida se la devolvió. Como si la reverencia se tratase de una señal, los tres jóvenes empezaron de nuevo a reír y a hablar entre ellos. Dejaron la política y hablaron de algunos socios de la empresa. Al servir más té, me di cuenta de que casi todos los pastelillos habían desaparecido, a pesar de haber servido una buena cantidad. Terminé de llenar las tazas y volví a sentarme junto a Ogata-San.

Los dos hombres se quedaron una hora más o menos. Jiro les acompañó hasta la puerta y volvió a sentarse dando un suspiro.

—Ya es un poco tarde —dijo—, tendré que ir pensando en acostarme.

Ogata-San examinaba el tablero de ajedrez.

—Creo que las piezas se han movido un poco —dijo. Estoy seguro de que el caballo estaba en esta casilla y no en ésa.

—Sí, es muy posible.

—Entonces lo pongo aquí. ¿Te parece bien?

—Sí, sí. Estoy seguro de que tiene razón. Tendremos que terminar la partida en

otro momento, padre. Debo retirarme ahora mismo.

—¿Y qué te parece si hacemos algunas jugadas más? Igual terminábamos la partida.

—De verdad, será mejor dejarlo. Ahora estoy muy cansado.

—Sí, claro.

Guardé la costura que había estado haciendo antes de la visita y me senté en espera de que los demás se retirasen. Sin embargo, Jiro cogió un periódico y empezó a leer la última página. Después cogió el pastelillo que quedaba en el plato y empezó a comérselo descuidadamente. Al cabo de un rato, Ogata-San dijo:

—Quizá debiéramos terminar ahora la partida. Será cuestión de unas pocas jugadas.

—De verdad que ahora estoy muy cansado, padre. Tengo un trabajo del que debo responder mañana temprano.

—Sí, naturalmente.

Jiro se puso otra vez a leer el periódico. Siguió comiéndose el pastel y yo me quedé mirando las migas que caían al tatami. Ogata-San siguió contemplando el tablero de ajedrez durante un buen rato.

—Es increíble —dijo al final— lo que contaba tu amigo.

—¿Cómo? ¿El qué? —preguntó Jiro sin levantar la mirada del periódico.

—Lo de que él y su mujer han votado a partidos diferentes. Hace unos años habría sido impensable.

—De eso no cabe duda.

—Es increíble las cosas que pasan hoy en día. Pero supongo que eso es lo que llamamos democracia. —Ogata-San dio un suspiro. Todas estas cosas que hemos aprendido con tanto afán de los americanos, no resultan siempre tan buenas.

—No, ciertamente no lo son.

—Mira lo que ocurre. Matrimonios que no votan lo mismo. Cuando uno ya no puede confiar en su esposa para ese tipo de asuntos, el panorama resulta muy triste.

Jiro siguió leyendo el periódico.

—Sí, es lamentable —dijo.

—Las esposas de hoy en día ya no sienten ningún apego por su familia. Hacen lo que les da la gana y si se les antoja votan a otro partido. Es un ejemplo de cómo van las cosas en Japón. La gente deja a un lado sus obligaciones en nombre de la democracia.

Jiro se quedó mirando a su padre durante un instante, después bajó otra vez la mirada y siguió leyendo el periódico.

—No hay duda de que tienes toda la razón —dijo. Pero los americanos no trajeron sólo cosas malas.

—Los americanos nunca comprendieron nuestra cultura. No la comprendieron lo más mínimo. Sus costumbres pueden ser buenas para ellos, pero aquí en Japón, las cosas son diferentes, muy diferentes. —Ogata-San volvió a suspirar. Cosas como la

disciplina y la lealtad, mantuvieron firme al Japón. Quizá lo que digo parezca exagerado, pero es la verdad. El sentido del deber unía a la gente. Frente a la familia, a los superiores, al país. Pero ahora, en lugar de eso, no se habla más que de democracia. Y oyes esa palabra cada vez que la gente quiere ser egoísta, cada vez que quieren olvidar sus obligaciones.

—Sí, no hay duda de que tiene toda la razón. —Jiro bostezó y se rascó un lado de la cara.

—Fíjate en lo que sucedió en mi profesión, por ejemplo. Aquí había un sistema que cuidamos y protegimos durante años. Llegaron los americanos y lo deshicieron, lo destruyeron sin pensarlo dos veces. Decidieron que nuestras escuelas debían ser iguales a las escuelas americanas, que los niños aprenderían lo que aprenden los niños americanos. Y los japoneses lo aceptaron todo con gusto. Lo aceptaron todo hablando mucho de democracia. —Meneó la cabeza. En nuestras escuelas se destruyeron muchas cosas magníficas.

—Sí, todo eso es muy cierto. —Jiro volvió a levantar la mirada. Pero con toda seguridad el sistema antiguo tenía algunos defectos, no sólo en las escuelas, en todas partes.

—Jiro, ¿qué dices? ¿Lo has leído en alguna parte?

—Es sólo mi opinión.

—¿Acaso lo has leído en tu periódico? Consagré mi vida a la educación de los jóvenes. Y después vi cómo los americanos lo destruían todo. Es increíble lo que ocurre ahora en nuestras escuelas, el comportamiento que se les enseña a los niños. Increíble. Y hay tantas cosas que ya no se enseñan. ¿Sabes que ahora los niños dejan la escuela sin tener la más remota idea de la historia de su país?

—Sí. Admito que eso es lamentable. Pero también tengo malos recuerdos de cuando era colegial. Recuerdo que me enseñaban, por ejemplo, cómo los dioses habían creado Japón. Cómo nosotros, en tanto que nación, éramos divinos y superiores. Teníamos que aprender palabra por palabra los libros de texto. Es posible que algunas cosas no hayan supuesto una pérdida importante.

—Pero, Jiro, las cosas no son tan simples. Está claro que no comprendes lo eficaz que era todo aquello. Las cosas no son ni la mitad de simples de lo que crees. Nos dedicamos a asegurar la continuidad de las virtudes esenciales y a que los niños crecieran con una actitud correcta hacia su país y hacia el prójimo. Antiguamente, en Japón había un espíritu que nos mantenía unidos. Imagínate lo que supondrá hoy en día ser un muchacho, y no aprender en la escuela ningún valor moral, excepto pedirle egoístamente a la vida que satisfaga todos sus deseos. Además, llegar a casa y encontrar a sus padres discutiendo porque su madre no quiere votar al partido de su padre. ¡Qué panorama!

—Sí, comprendo lo que quiere decir. Ahora discúlpeme, padre, pero tengo que irme a la cama.

—Hombres como Endo y yo hicimos todo lo que pudimos para proteger lo que

era bueno en el país. Y muchas cosas buenas las han destruido.

—Es muy lamentable. —Mi marido se levantó. Discúlpeme, padre, pero tengo que irme a dormir. Mañana me espera otro día de mucho trabajo.

Ogata-San miró a su hijo con cierta expresión de sorpresa en la cara.

—Por supuesto, ¿cómo he podido mantenerte despierto hasta tan tarde? ¡Qué desconsiderado soy! —Hizo una pequeña reverencia.

—En absoluto. Siento que no podamos seguir hablando, pero tengo que dormir un poco, de verdad.

—Claro, claro.

Jiro le dio las buenas noches a su padre y se fue de la habitación. Durante unos instantes, Ogata-San se quedó mirando fijamente la puerta por la que Jiro había desaparecido, como si esperara a que su hijo regresara de un momento a otro. Después se volvió hacia mí, con mirada inquieta.

—No me había dado cuenta de lo tarde que era —dijo. No era mi intención mantenerle despierto hasta tan tarde.

—¿Que se ha ido? ¿Y no te ha dejado ningún mensaje en el hotel?

Sachiko rió:

—Pareces muy sorprendida, Etsuko —dijo. No, no ha dejado nada. Se fue ayer por la mañana, es todo lo que sabían. Si quieres que te diga la verdad, casi me lo esperaba.

Me di cuenta de que todavía llevaba la bandeja entre mis manos. La dejé con cuidado y me senté en un cojín frente a Sachiko. Aquella mañana soplabla una brisa muy agradable dentro del piso.

—Pero para ti es horrible —dije. ¿Y estuviste allí esperando, con todo el equipaje?

—No me coge de nuevas, Etsuko. Tiempo atrás, en Tokio, donde le conocí, ya sabes, pues bien, en Tokio ocurrió lo mismo. No, no me coge de nuevas. Ya he aprendido a esperarme ese tipo de cosas.

—¿Y dices que esta noche volverás a la ciudad? ¿Tú sola?

—Pero no pongas esa cara de susto, Etsuko. Al lado de Tokio, Nagasaki es un remanso de paz. Si sigue en Nagasaki, esta noche le encontraré. Quizá haya cambiado de hotel, pero no de costumbres.

—Todo esto es muy penoso. Si quieres, estaré encantada de venir a quedarme con Mariko hasta que vuelvas.

—Es muy amable de tu parte. Mariko se las sabe arreglar sola, pero si esta noche estás dispuesta a pasar un par de horas con ella, me harías un gran favor. Aunque estoy segura de que todo va a arreglarse, Etsuko. ¿Sabes?, cuando has pasado por algunas cosas como por las que yo he pasado, aprendes a no angustiarte por pequeños contratiempos como éste.

—Pero y si..., bueno, quiero decir, ¿y si ha dejado Nagasaki definitivamente?

—No habrá ido muy lejos, Etsuko. Además, si de verdad hubiese tenido intención de abandonarme, me habría dejado alguna nota, ¿no? No habrá ido lejos. Sabe que iré a buscarle.

Sachiko me miró y sonrió. No supe qué responder.

—Además, Etsuko —prosiguió—, vino hasta aquí. Vino hasta Nagasaki para encontrarse conmigo en casa de mi tío, vino desde Tokio. Ahora bien, ¿por qué lo habría hecho si no tuviese la intención de cumplir su promesa? ¿Sabes, Etsuko?, lo que más desea es llevarme a América. Eso es lo que quiere. En realidad, no ha cambiado nada, esto es sólo un pequeño retraso. —Soltó una carcajada. ¿Sabes?, a veces es como un niño.

—Pero ¿qué crees que ha impulsado a tu amigo a largarse de ese modo? No lo entiendo.

—No hay nada que entender, Etsuko, apenas tiene importancia. Lo único que quiere es llevarme a América y que tengamos allí una vida ordenada y respetable. Eso

es lo que realmente quiere. Si no, ¿por qué habría venido desde tan lejos a encontrarse conmigo en casa de mi tío? Ya ves, Etsuko, no es algo por lo que haya que preocuparse.

—No, seguro que no.

Sachiko pareció a punto de volver a decir algo, pero se contuvo. Bajó la mirada y clavó sus ojos en las cosas del té que había en la bandeja.

—Bueno, Etsuko —dijo con una sonrisa—, sirvamos el té.

Me miró en silencio mientras yo lo servía. En un momento determinado le lancé una mirada rápida y me sonrió como si quisiera animarme. Acabé de servir el té y durante un rato nos quedamos sentadas tranquilamente.

—Por cierto, Etsuko —dijo Sachiko—, supongo que ya habrás hablado con la Sra. Fujiwara explicándole mi situación.

—Sí, la vi antes de ayer.

—Imagino que habrá estado preguntándose qué había sido de mí.

—Le expliqué que habías tenido que irte a América. Lo comprendió perfectamente.

—Pues ahora, Etsuko —dijo Sachiko—, me encuentro en una situación bastante difícil.

—Sí, ya lo imagino.

—No sólo en lo económico, sino en general.

—Sí, ya sé —dije con una pequeña reverencia. Si quieres, puedo hablar con la Sra. Fujiwara. Dadas las circunstancias, estoy segura de que le encantará...

—No, no, Etsuko. —Sachiko rió. No tengo ningún deseo de volver a su casita de comidas. Cuento absolutamente con salir para América en un futuro próximo. Únicamente se trata de un ligero retraso en los planes, eso es todo. Pero ¿sabes?, entre tanto necesitaré un poco de dinero. Y, Etsuko, me estaba acordando de que en una ocasión ofreciste ayudarme en ese aspecto.

Sachiko me miraba con una sonrisa bondadosa. Yo la miré durante un rato. Después hice una reverencia y dije:

—Tengo algunos ahorros. No es mucho, pero me gustaría hacer todo lo que esté en mi mano.

Sachiko hizo una reverencia de modo muy elegante y acto seguido levantó su taza de té.

—No quiero que te sientas violenta —dijo— diciéndote yo una cantidad. Como es natural, eso depende de ti. Aceptaré agradecida lo que consideres apropiado. Por supuesto, el préstamo te será devuelto en su momento. En eso puedes estar tranquila, Etsuko.

—Naturalmente —dije en voz baja. De eso estoy segura.

Sachiko siguió mirándome con la misma sonrisa bondadosa. Me disculpé y salí de la habitación.

En el dormitorio, el sol entraba a raudales y dejaba al descubierto las partículas de

polvo que había en el aire. Me arrodillé junto a los cajones inferiores del armario y saqué del de más abajo unos cuantos objetos: álbumes de fotos, felicitaciones, una carpeta llena de acuarelas que mi madre había pintado, y dejé todo cuidadosamente en el suelo, a mi lado. Al fondo del cajón estaba la cajita de esmalte negro. Al levantar la tapa me encontré con varias cartas que había conservado sin que mi marido lo supiera y dos o tres pequeñas fotografías. De debajo de éstas saqué el sobre que contenía mi dinero. Con cuidado volví a guardarlo todo tal como estaba y cerré el cajón. Antes de salir de la habitación abrí el armario, busqué un pañuelo de seda que fuese discreto y envolví el sobre con el pañuelo.

Cuando volví al salón, Sachiko estaba llenándose de nuevo la taza de té. No levantó la mirada, y cuando dejé el pañuelo doblado en el suelo, a su lado, siguió sirviéndose el té sin desviar la mirada. Al sentarme, inclinó la cabeza, y acto seguido empezó a sorber el té. Y sólo una vez, al bajar la taza, echó un rápido vistazo a su lado, viendo de reojo el paquetito junto al cojín.

—Me parece que hay algo que no entiendes, Etsuko —dijo. ¿Sabes?, no me avergüenzo ni me siento violenta por nada de lo que he hecho. Puedes preguntarme lo que quieras con toda libertad.

—Sí, claro.

—Por ejemplo, ¿por qué nunca me preguntas nada acerca de «mi amigo», como te empeñas en llamarle? De verdad que no debes sentirte violenta por nada. Pero Etsuko, fíjate, ya empiezas a ponerte colorada.

—Te aseguro que no me siento violenta. En realidad...

—Claro que sí, Etsuko, ahora mismo lo estoy viendo. —Sachiko rió y se dio una palmada. Pero ¿por qué te cuesta tanto entender que no tengo nada que ocultar, que no me avergüenzo de nada? ¿Por qué te pones colorada? ¿Sólo porque he hecho alusión a Frank?

—Pero si no me siento violenta. Te aseguro que nunca he supuesto nada...

—¿Por qué nunca me preguntas nada sobre él, Etsuko? Debe de haber un montón de preguntas que te gustaría hacerme. De modo que ¿por qué no las haces? Después de todo, los demás vecinos parecen muy interesados, y seguro que tú también, Etsuko. De modo que por favor, no te cohíbas, pregunta lo que quieras.

—Pero de verdad que yo...

—Vamos, Etsuko, insisto. Hazme preguntas sobre él. Quiero que las hagas, Etsuko. Hazme preguntas sobre él.

—Vale, de acuerdo.

—¿Y bien? Vamos, Etsuko, pregunta.

—De acuerdo, ¿qué aspecto tiene tu amigo?

—¿Que qué aspecto tiene? —Sachiko volvió a reír. ¿Eso es todo lo que quieres saber? Bueno, es alto, como la mayoría de los extranjeros y está empezando a perder el pelo. No es que sea viejo, ya sabes. Los extranjeros se quedan calvos con mucha facilidad, ¿lo sabías, Etsuko? Ahora hazme otras preguntas sobre él. Tiene que haber

otras cosas que quieras saber.

—Bueno, para ser sincera...

—Vamos, Etsuko, pregunta. Quiero que me hagas preguntas.

—Bueno, en realidad —dije—, he estado preguntándome una cosa.

De pronto, Sachiko pareció quedarse inmóvil. Hasta ese momento había tenido las manos juntas, delante de ella, pero en ese instante las bajó y las puso sobre sus rodillas.

—Me he estado preguntando —dije— si hablaría japonés.

Sachiko estuvo callada durante un rato. Después sonrió y pareció más relajada. Levantó su taza de nuevo y dio algunos sorbos. Después, cuando volvió a hablar, tenía una voz casi somnolienta.

—Los extranjeros tienen tantas dificultades con nuestra lengua —dijo. Hizo una pausa y sonrió. El japonés de Frank es muy malo, de modo que hablamos en inglés. ¿Sabes algo de inglés, Etsuko? ¿Nada en absoluto? Mi padre hablaba un inglés muy bueno. Tenía contactos en Europa y siempre me animaba a estudiar el idioma. Pero claro, al casarme, dejé de estudiar. Mi marido me lo prohibió. Me quitó todos los libros de inglés, pero no olvidé el idioma. Cuando me encontré con extranjeros en Tokio, volví a recordarlo todo.

Durante un rato seguimos sentadas en silencio. Después Sachiko dio un suspiro de cansancio.

—Creo que será mejor que me vaya pronto a casa —dijo. Se agachó y cogió el pañuelo doblado. Después, sin examinarlo, lo dejó caer en su bolso.

—¿No vas a tomar un poco más de té? —pregunté.

Se encogió de hombros:

—Bueno, un poquito.

Volví a llenar las tazas. Sachiko me observó y después dijo:

—Si hay algún inconveniente, quiero decir, para esta noche, no pasa nada. A estas alturas, Mariko debería saber arreglárselas sola.

—No hay ningún problema. Estoy segura de que mi marido no dirá nada.

—Eres muy amable, Etsuko —dijo Sachiko con un tono de voz neutro. Después añadió—: Quizá sea mejor que te lo advierta. Estos últimos días no ha estado de muy buen humor.

—Perfecto —dije sonriendo—, tendré que acostumbrarme a los niños, estén del humor que estén.

Sachiko siguió bebiéndose el té despacio. Parecía no tener prisa en regresar a casa. Después dejó la taza y permaneció sentada examinándose las manos.

—Ya sé que lo ocurrido aquí en Nagasaki fue espantoso —dijo al final. Pero en Tokio también fue horrible. Lo mismo una semana tras otra. Fue horrible. Ya casi al final, vivíamos todos en túneles y en edificios abandonados, y no había más que escombros. Todos los que vivíamos en Tokio vimos cosas muy desagradables. También Mariko. —Sachiko siguió examinándose las manos.

—Sí —dije—, tuvieron que ser tiempos difíciles.

—Esa mujer, esa mujer de la que has oído hablar a Mariko... se trata de algo que Mariko vio en Tokio. Vio otras muchas cosas, algunas horribles, pero siempre le viene el recuerdo de esa mujer. —Volvió las manos y se miró las palmas, alternando de una a otra, como comparándolas.

—Y esa mujer —dije—, ¿murió en un bombardeo?

—Se suicidó. Dicen que se cortó la garganta. Nunca llegué a conocerla. Verás, Mariko se escapó una mañana. No recuerdo por qué. Es posible que estuviese enfadada por algo. Bueno, el caso es que estuvo andando por la ciudad y me fui detrás de ella. Era muy pronto y no había nadie por la calle. Mariko se metió por una callejuela y la seguí. Al fondo había un canal y allí estaba la mujer, arrodillada, con los brazos metidos en el agua hasta los codos. Era una mujer joven, muy delgada. En cuanto la vi supe que pasaba algo. Y ¿sabes, Etsuko?, se dio la vuelta y le sonrió a Mariko. Yo sabía que pasaba algo y Mariko creo que también porque dejó de correr. Al principio pensé que la mujer era ciega, tenía una mirada tan especial, en realidad sus ojos parecían no ver nada. Y bueno, sacó los brazos del canal y nos mostró lo que había estado sujetando bajo el agua. Era un bebé. Entonces agarré a Mariko y salimos del callejón.

Me quedé callada, esperando que continuase. Sachiko cogió la tetera y se sirvió más té.

—Como te he dicho —dijo—, oí que la mujer se había suicidado. Eso fue unos días después.

—¿Qué edad tenía Mariko por aquel entonces?

—Cinco años, casi seis. En Tokio vio más cosas, pero siempre se acuerda de esa mujer.

—¿Y lo vio todo? ¿Vio al bebé?

—Sí. En realidad, durante bastante tiempo pensé que no lo había comprendido. Después no volvió a hablar del asunto. Ni siquiera parecía que le hubiese afectado mucho. No empezó a hablar de nuevo del asunto hasta hace un mes, aproximadamente. Estábamos durmiendo allí, en ese mismo viejo caserón. Me desperté a mitad de la noche y vi que Mariko estaba sentada en la cama, con la vista clavada en la entrada. No había puerta, sólo esa entrada, y Mariko estaba ahí sentada mirando en esa dirección. Me asusté bastante. ¿Sabes?, no había nada que impidiese que la gente se metiera en casa. Le pregunté a Mariko qué pasaba y dijo que una mujer se había quedado plantada en la puerta, mirándonos. Le pregunté qué aspecto tenía la mujer y me contestó que era la que habíamos visto aquella mañana. Mirándonos desde la entrada. Me levanté y controlé por fuera, pero no había nadie. Desde luego, es muy posible que hubiese alguna mujer allí fuera de pie, ya que no había nada que impidiese el paso a la gente.

—Ya. Y Mariko la confundió con la mujer que habíais visto.

—Me imagino que así fue. En cualquier caso, la obsesión de Mariko por esa

mujer ha empezado de nuevo. Creí que con el tiempo lo habría olvidado, pero no es así. Si esta noche empieza a hablar de eso, no le hagas ningún caso, por favor.

—Sí, entiendo.

—Ya sabes cómo son los niños —dijo Sachiko. Juegan a inventarse cosas y después no saben dónde empiezan y dónde acaban sus fantasías.

—Sí, supongo que en realidad no es nada raro.

—¿Sabes, Etsuko?, cuando nació Mariko las cosas estaban muy difíciles.

—Sí, tuvieron que estarlo —dije. Reconozco que tengo mucha suerte.

—Las cosas estaban muy difíciles. Quizá fue una locura casarme en aquella época. Después de todo, era evidente que se avecinaba una guerra. Pero entonces, Etsuko, nadie sabía lo que era una guerra, no en aquellos días. Al casarme, entré a formar parte de una familia muy respetable. Nunca pensé que una guerra podría cambiar tanto las cosas.

Sachiko dejó su taza y se pasó una mano por el pelo. Después sonrió un breve instante.

—En cuanto a esta noche, Etsuko —dijo—, mi hija sabe distraerse sola, de modo que no te preocupes demasiado por ella.

El rostro de la Sra. Fujiwara adquiría un aire de abatimiento cuando hablaba de su hijo.

—Ya se va haciendo viejo —decía. Pronto sólo podrá elegir entre las solteras.

Estábamos sentadas en el patio delante de la casa de comidas. Había varias mesas ocupadas por oficinistas que almorzaban.

—Pobre Kazuo-San —dije riendo. Pero comprendo cómo se siente. Lo de la Srta. Michiko fue tan triste. Ya eran novios desde hacía tiempo, ¿no?

—Tres años. Nunca he visto el interés de mantener esos noviazgos tan largos. Sí, Michiko era muy buena chica. Estoy segura de que habría sido la primera en pensar lo mismo que yo respecto a esa aflicción de Kazuo por ella. Habría querido que siguiese disfrutando de la vida.

—Pero debe de ser difícil para él. Haber hecho tantos planes a tan largo plazo, para que todo termine así.

—Pero ahora todo eso es parte del pasado —dijo la Sra. Fujiwara. Todos hemos tenido que volver a empezar. Tú también, Etsuko. Me acuerdo que durante un tiempo tuviste el corazón destrozado, pero te las arreglaste para salir adelante.

—Sí, pero tuve suerte. Ogata-San fue muy amable conmigo. Si no, no sé qué habría sido de mí.

—Sí, fue muy amable contigo. Y por supuesto, así fue como conociste a tu marido. Pero esa suerte te la merecías.

—De verdad que no sé dónde estaría ahora si Ogata-San no me hubiese acogido. Pero comprendo perfectamente lo difícil que debe de ser para su hijo. Incluso yo

pienso a veces en Nakamura-San. No puedo evitarlo. A veces me despierto y se me olvida. Pienso que aún estoy aquí en Nakagawa...

—Ésa no es forma de hablar ahora, Etsuko. —La Sra. Fujiwara me miró durante unos minutos y después suspiró. Pero a mí también me ocurre. Como tú dices, son cosas que te cogen desprevenida, por las mañanas, justo al despertarte. A menudo despierto pensando que tengo que darme prisa en preparar el desayuno para todos.

Estuvimos calladas durante un rato. Después, la Sra. Fujiwara rió un poco.

—¡Qué mala eres, Etsuko! ¿Ves?, ahora soy yo la que habla así.

—Es una tontería por mi parte —dije. En cualquier caso, entre Nakamura-San y yo no hubo nada. Quiero decir que no habíamos llegado todavía a tomar ninguna decisión.

La Sra. Fujiwara siguió mirándome, asintiendo para sí misma. En ese momento, al otro lado del patio, un cliente se levantó para irse.

Observé cómo la Sra. Fujiwara se le acercaba. Se trataba de un joven de aspecto pulcro en mangas de camisa. Se saludaron con una reverencia y empezaron a hablar muy animados. El hombre dijo algo mientras cerraba su portafolios y la Sra. Fujiwara rió a carcajadas. Volvieron a saludarse y el joven se perdió entre el tumulto de gente que había a esa hora de la tarde. Este inciso me vino bien para calmar mis emociones. Cuando volvió la Sra. Fujiwara, le dije:

—Será mejor que me vaya pronto, veo que está usted muy ocupada.

—Tú quédate ahí y descansa. Sólo tienes que estar ahí sentada. Te traeré algo de comer.

—No, no hace falta.

—Etsuko, si no comes aquí, tendrás que almorzar dentro de una hora. En tu estado es muy importante que comas con regularidad, ya lo sabes.

—Sí, es verdad.

La Sra. Fujiwara me miró con atención durante unos instantes, después dijo:

—Ahora tienes muchas cosas buenas en las que pensar. ¿Por qué te sientes tan desgraciada?

—¿Desgraciada? No me siento nada desgraciada.

Siguió mirándome y yo reí un poco nerviosa.

—Una vez que nazca el niño —dijo— estarás muy contenta, créeme. Y serás una madre fantástica, Etsuko.

—Eso espero.

—Pues claro que sí.

—Sí. —Levanté la mirada y sonreí.

La Sra. Fujiwara asintió con la cabeza, después volvió a levantarse.

En casa de Sachiko se había puesto cada vez más oscuro, en la habitación sólo había un farol, y al principio pensé que Mariko estaba mirando fijamente una señal

negra que había en la pared. Cuando la niña acercó un dedo, la mancha se movió un poco y en ese momento advertí que era una araña.

—Mariko. Deja eso. No está bien.

Se puso las manos detrás de la espalda, pero siguió mirando fijamente la araña.

—Antes teníamos una gata —dijo. Antes de que viniésemos aquí. Una gata que atrapaba arañas.

—Ya veo. No la toques, Mariko: déjala.

—Si no es venenosa.

—No, pero déjala, no seas puerca.

—La gata que teníamos se comía las arañas. ¿Qué pasaría si me comiera una araña?

—No lo sé, Mariko.

—¿Me pondría enferma?

—No lo sé. —Volví a ocuparme de la costura que había traído conmigo. Mariko siguió observando la araña. Al final dijo:

—Ya sé por qué vino usted anoche.

—Vine porque no es bueno que las niñas se queden solas.

—Fue por la mujer. Fue por si la mujer venía otra vez.

—¿Por qué no me enseñas más dibujos? Los que acabas de enseñarme eran muy bonitos.

Mariko no respondió. Se fue hacia la ventana y permaneció mirando hacia fuera, contemplando la oscuridad.

—Tu madre está al llegar —dije. ¿Por qué no me enseñas más dibujos?

Mariko siguió contemplando la oscuridad. Al final, volvió al rincón donde había estado antes de que la araña le llamase la atención.

—¿Qué has hecho hoy, Mariko? —pregunté. ¿Has hecho algún dibujo?

—He jugado con Atsu y Mee-Chan.

—Eso está muy bien. ¿Dónde viven? ¿Son de la urbanización?

—Ésta es Atsu. —Me señaló uno de los gatitos que tenía a su lado. Y ésta es Mee-Chan.

Me reí.

—¡Ah!, ya veo. Son unos gatitos encantadores, ¿verdad? Pero ¿no juegas nunca con otros niños? ¿Con los niños de la urbanización?

—Juego con Atsu y con Mee-Chan.

—Pero deberías intentar hacerte amiga de otros niños. Estoy segura de que todos son muy simpáticos.

—Me robaron a Suji-Chan. Era mi gatito preferido.

—¿Te lo robaron? ¿Y por qué hicieron algo así?

Mariko empezó a acariciar un gatito.

—Ahora ya he perdido a Suji-Chan.

—Quizá aparezca pronto. Estoy segura de que los niños sólo estaban jugando.

—Lo mataron. Ahora ya he perdido a Suji-Chan.

—¿Y por qué lo hicieron?

—Les tiré piedras porque decían cosas.

—Pero Mariko, no deberías tirar piedras.

—Decían cosas. De mamá. Les tiré piedras, me quitaron a Suji-Chan y no me lo devolvieron.

—Bueno, aún tienes otros gatitos.

Mariko volvió a cruzar la habitación en dirección a la ventana. Era lo bastante alta como para apoyarse con los codos en el alféizar. Estuvo contemplando la oscuridad durante un rato, con la cara pegada al cristal.

—Quiero salir —dijo de pronto.

—¿Salir? Pero si es tardísimo, y fuera está muy oscuro. Además, tu madre volverá de un momento a otro.

—Pero quiero salir.

—Ahora quédate aquí, Mariko.

Siguió mirando hacia fuera. Intenté ver lo que podía percibir, pero desde donde yo estaba no se veía absolutamente nada.

—Quizá deberías ser más amable con los demás niños. Así te harías amiga de ellos.

—Yo sé por qué mi madre le pidió que viniese hoy a casa.

—Si tiras piedras, no te harás amiga de nadie.

—Es por la mujer. Es porque mamá sabe lo de la mujer.

—No sé de qué hablas, Mariko-San. Cuéntame más cosas de los gatitos. ¿Seguirás dibujándolos cuando sean grandes?

—Es por si aparece otra vez la mujer. Por eso le pidió mi madre que viniese.

—No creo que fuera por eso.

—Mi madre ha visto a la mujer. La vio la otra noche.

Dejé un segundo la costura y miré a Mariko. Se había apartado de la ventana y estaba observándome de modo extraño, sin ninguna expresión.

—¿Dónde vio tu madre a... esa persona?

—Ahí fuera. La vio ahí fuera. Por eso le pidió a usted que viniese.

Mariko se alejó de la ventana y volvió con sus gatitos. La gata había aparecido y las crías se acurrucaron junto a ella. Mariko se echó al lado de ellos y empezó a hablar en voz baja. Sus murmullos producían una sensación vagamente perturbadora.

—Tu madre ya no tardará —dije. Me pregunto qué estará haciendo.

Mariko siguió hablando en voz baja.

—Me ha contado algunas cosas acerca de Frank-San —dije. Parece ser un hombre muy agradable.

Sus susurros cesaron. Nos miramos fijamente durante un segundo.

—Es un hombre malo —dijo Mariko.

—No está bien que digas eso, Mariko-San. Tu madre me ha hablado de él y

parece muy agradable. Y estoy segura de que es bueno contigo, ¿a que sí?

Se levantó y fue hacia la pared. La araña seguía allí.

—Sí, estoy segura de que es un hombre agradable. ¿A que es bueno contigo, Mariko-San?

Mariko se acercó más a la pared y la araña empezó a moverse con lentitud.

—Mariko, ¡deja la araña en paz!

—La gata que teníamos en Tokio cogía arañas. Nos la íbamos a traer.

La araña había cambiado de posición y ahora alcanzaba a verla con más claridad. Tenía patas cortas y gordas y cada una dibujaba una sombra sobre el muro amarillo.

—Era una gata muy buena —prosiguió Mariko. Se iba a venir con nosotras a Nagasaki.

—¿Y os la trajisteis?

—Desapareció. El día antes de venirnos. Mamá prometió que la traeríamos, pero desapareció.

—Ya.

En un gesto rápido, Mariko agarró una pata de la araña. Las demás patas empezaron a moverse frenéticamente en torno a su mano al quitar la araña de la pared.

—Mariko, ¡déjala tranquila! No seas guarra.

Mariko dobló la mano y la araña se le subió por la palma. Puso la otra mano encima y la araña quedó presa.

—¡Mariko, tírala al suelo!

—Si no es venenosa —dijo acercándose a mí.

—No, pero es una marranada. Vuelve a dejarla en el rincón.

—Pero si no es venenosa.

Se quedó frente a mí, con la araña entre las manos. Por un resquicio entre sus dedos vi una pata que se movía lenta y rítmicamente.

—¡Vuelve a dejarla en el rincón, Mariko!

—¿Y qué pasaría si me la comiese? No es venenosa.

—Te pondrías muy enferma. ¡Vamos, Mariko! Déjala en el rincón.

Mariko se acercó la araña a la cara y abrió la boca.

—No hagas tonterías, Mariko. Eso es una marranada.

Abrió aún más la boca. Entonces separó las manos y la araña vino a caer frente a mis rodillas. Me eché hacia atrás horrorizada. La araña huyó por el tatami hacia la parte oscura detrás de mí. Pasó un rato hasta que me sobrepuse y ya entonces Mariko se había ido del caserón.

6

Ahora no estoy segura de cuánto tiempo pasé buscándola aquella noche. Pero posiblemente fue durante bastante tiempo ya que por aquel entonces mi embarazo estaba muy avanzado y procuraba evitar cualquier movimiento precipitado. Además, una vez que hube salido fuera, pasear junto al río me produjo una calma extraña. En toda una parte de la orilla la hierba había crecido mucho. Aquella noche debí de llevar puestas unas sandalias, pues recuerdo muy bien el contacto de mis pies con la hierba. Conforme iba caminando, los insectos hacían toda clase de ruidos a mi alrededor.

Pero al final percibí un ruido especial, un sonido susurrante, como una serpiente deslizándose por la hierba detrás de mí. Me detuve para escuchar y entonces advertí cuál había sido la causa del sonido. Un viejo pedazo de cuerda se me había enredado al tobillo y lo había arrastrado por toda la hierba. Me lo quité del pie con cuidado y al levantarlo para verlo a la luz de la luna me produjo una sensación de algo húmedo y fangoso al tacto.

—Hola, Mariko —dije. La niña estaba a poca distancia frente a mí, sentada en la hierba con las piernas dobladas y la barbilla en las rodillas. Las ramas de un sauce, uno de los que había en la orilla, colgaban sobre el rincón donde Mariko se encontraba. Avancé unos pasos hacia ella hasta que pude distinguir su cara con más claridad.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Nada. Se me ha enredado en el pie al andar.

—Pero ¿qué es?

—Nada, un pedazo de cuerda vieja. ¿Y tú qué haces aquí fuera?

—¿Quiere llevarse un gatito?

—¿Un gatito?

—Mi madre dice que no podemos quedárnoslos, ¿quiere uno?

—No, creo que no.

—Pero tenemos que encontrarles un sitio pronto. Si no, dice mi madre que tendremos que ahogarlos.

—Sería una lástima.

—Podría quedarse con Atsu.

—Ya veremos.

—¿Por qué lleva eso?

—Ya te lo he dicho, no es nada. Se me enredó en el pie.

Me acerqué un poco más.

—¿Por qué has hecho eso, Mariko?

—¿El qué?

—Acabas de hacer un gesto muy raro.

—No he hecho ningún gesto raro. ¿Por qué lleva esa cuerda?

—Has hecho un gesto muy raro, sí, muy raro.

—¿Por qué lleva la cuerda?

Me quedé mirándola un momento. Su cara empezaba a dar señales de miedo.

—Entonces, ¿no quiere un gatito? —preguntó.

—No, creo que no. Pero ¿qué te ocurre?

Mariko se puso de pie. Avancé hasta llegar al sauce. Me di cuenta de que el caserón no quedaba lejos y la forma del tejado aparecía más oscura que el cielo. Percibí los pasos de Mariko que se adentró corriendo en la oscuridad.

Cuando llegué a la puerta del caserón, del interior llegó a mis oídos la voz de Sachiko con un tono de enfado. Al entrar, las dos se volvieron hacia mí. Sachiko estaba en medio de la habitación, de pie, y tenía enfrente a su hija. A la luz del farol, el cuidado maquillaje de Sachiko le daba a su cara el aspecto de una máscara.

—Me temo que Mariko ha estado causándote problemas —dijo.

—Bueno, salió corriendo...

—Pídele perdón a Etsuko. —Agarró a Mariko del brazo violentamente.

—Quiero salir otra vez.

—De aquí no te mueves. Y ahora discúlpate.

—Quiero salir.

Con la mano libre, Sachiko le dio una palmada a la niña detrás del muslo.

—Y ahora pídele disculpas a Etsuko-San.

Los ojos de Mariko empezaron a llenarse de lágrimas. Me miró un segundo y se volvió hacia su madre:

—¿Por qué te marchas siempre?

Sachiko volvió a levantar la mano, como advertencia.

—¿Por qué te marchas siempre con Frank-San?

—¿Vas a decir que lo sientes?

—Frank-San mea como un cerdo. Es como un cerdo en una alcantarilla.

Sachiko miró fijamente a su hija, con la mano todavía levantada.

—Se bebe sus propios meados.

—Cállate.

—Se bebe sus meados y se caga en la cama.

Sachiko siguió mirándola con rabia, pero se quedó quieta.

—Se bebe sus propios meados. —Mariko liberó su brazo de un tirón y cruzó la habitación con aire de indiferencia. Al llegar a la puerta se volvió y miró fijamente a su madre.

—Mea como un cerdo. —Tras repetir esta frase, salió de la casa, perdiéndose en la oscuridad.

Sachiko se quedó mirando la puerta durante un rato, sin reparar, al parecer, en mi presencia.

—¿Crees que deberíamos seguirla? —dijo al cabo de un rato.

Sachiko me miró y pareció tranquilizarse.

—No —dijo tomando asiento. Déjala.

—Pero es muy tarde.

—Déjala, que vuelva cuando quiera.

En el hornillo había un hervidor que estaba echando humo desde hacía un rato. Sachiko lo quitó del fuego y empezó a preparar el té. La observé durante unos minutos y al final pregunté en voz baja:

—¿Encontraste a tu amigo?

—Sí, Etsuko —dijo—, le encontré. —Continuó preparando el té, sin mirarme. Después dijo—: Has sido muy amable al venir esta noche. Te pido disculpas por lo de Mariko.

Seguí observándola. Al final dije:

—¿Qué planes tienes ahora?

—¿Planes? —Sachiko terminó de llenar la tetera, después vertió sobre la llama el agua restante. Etsuko, te he dicho muchas veces que lo más importante para mí es el bienestar de mi hija. Eso va antes que ninguna otra cosa. Después de todo, soy una madre. No soy una chica de alterne sin ningún respeto por la moral. Soy una madre y mi hija es lo primero.

—Por supuesto.

—He pensado escribirle a mi tío. Le informaré de mi paradero, y de mi situación actual le contaré lo que tenga derecho a saber. Entonces si él quiere, le plantearé la posibilidad de volver a su casa. —Sachiko cogió la tetera entre sus manos y la agitó despacio. En realidad, Etsuko, me alegro de que las cosas hayan salido así. Imagínate lo molesto que habría sido para mi hija encontrarse en un país lleno de extranjeros, un país lleno de *ame-kos*. Y de pronto, tener un padre también *ame-ko*. Imagínate lo desconcertante que habría sido para ella. ¿Entiendes lo que digo, Etsuko? Ya ha tenido bastantes trastornos en su vida, se merece estar tranquila en alguna parte. Está bien que las cosas hayan venido a terminar así.

Asentí murmurando unas palabras.

—Los hijos, Etsuko —prosiguió—, implican responsabilidades. Pronto lo descubrirás por ti misma. Y eso es de lo que de verdad tiene miedo. Vamos, salta a la vista. Tiene miedo de Mariko. Y eso, Etsuko, es algo que no tolero. Mi hija es lo primero. Por eso es mejor que las cosas hayan venido a terminar así. —Siguió agitando la tetera entre sus manos.

—Pero para ti debe de ser muy angustioso —dije al final.

—¿Angustioso? —Sachiko rió. Etsuko, ¿acaso crees que me angustian estas nimiedades? Quizá cuando tenía tu edad, pero ya no. Estos últimos años he pasado por muchos malos tragos. De todas formas, me esperaba que ocurriese esto. Sí, de verdad, no me sorprende en absoluto. Me lo esperaba. La última vez, en Tokio, pasó lo mismo. Desapareció y se gastó todo nuestro dinero. En tres días se lo bebió todo. Y

había mucho dinero mío. Etsuko, ¿sabías que hasta trabajé de doncella en un hotel? Sí, de doncella, pero no me quejé en ningún momento y casi llegamos a reunir todo el dinero, unas semanas más y podríamos haber conseguido un barco para América. Pero entonces se lo bebió todo. Tantas semanas arrodillada fregando suelos y él en tres días se lo bebió todo. Y ahí está otra vez, en la barra de un bar, con la fulana de turno. ¿Cómo voy a poner el futuro de mi hija en manos de semejante tipo? Soy una madre y mi hija es lo primero.

Nos volvimos a quedar calladas. Sachiko dejó la tetera en la mesa y permaneció mirándola fijamente.

—Espero que tu tío se muestre comprensivo —dije.

Se encogió de hombros.

—En lo que respecta a mi tío, Etsuko, hablaré con él del asunto. Estoy dispuesta a hacerlo por Mariko. Si no quiere ayudarme, ya encontraré otra solución. De cualquier modo, no tengo intenciones de ir a América con un borracho extranjero. Me alegro de que haya encontrado una chica de alterne con quien beber. Estoy segura de que están hechos el uno para el otro. Pero en lo que a mí respecta, haré lo mejor para Mariko, eso es lo que he decidido.

Sachiko siguió mirando la tetera un rato más. Después suspiró y se puso de pie. Se acercó a la ventana e intentó vislumbrar algo en la oscuridad.

—¿Salimos ahora a buscarla? —dije.

—No —dijo Sachiko mientras miraba hacia fuera. Volverá pronto. Déjala ahí fuera si es lo que quiere.

Ahora, mi actitud hacia Keiko me produce únicamente un sentimiento de pesar. En este país, después de todo, no es nada raro que una chica joven quiera irse de casa a esa edad. Lo único que conseguí con mi comportamiento, al parecer, fue que al irse, hace ahora casi seis años, rompiera todos sus lazos conmigo. Pero entonces no me imaginaba que pudiera estar tan rápidamente fuera de mi alcance. Todo lo que yo veía era que mi hija, que ya se sentía desgraciada en casa, encontraría el mundo exterior demasiado rudo para ella. Y fue por su propio bien por lo que me opuse tan categóricamente.

Aquella mañana, quinto día de estancia de Niki, desperté muy temprano. Lo primero que me aconteció fue que ya no oía la lluvia como las noches y mañanas anteriores. Después recordé lo que me había despertado.

Una pálida luz iluminaba mi habitación y yo estaba tumbada bajo mis mantas, mirando los objetos que me rodeaban. Al cabo de un rato, me sentí algo más tranquila y volví a cerrar los ojos. Sin embargo, no me dormí. Pensé en la casera, la casera de Keiko, abriendo finalmente la puerta de la habitación de Manchester.

Abrí los ojos y volví a mirar los objetos que había en mi cuarto. Al final me levanté y me puse el albornoz. Me dirigí hacia el cuarto de baño, procurando no

despertar a Niki que dormía en el cuarto de huéspedes contiguo al mío. Al salir del baño, me quedé un rato en el rellano de la escalera. Al otro lado de la escalera, en el otro extremo del pasillo, alcanzaba a ver la puerta de la habitación de Keiko. La puerta, como siempre, estaba cerrada. Seguí observándola fijamente y avancé unos pasos. Finalmente me encontré justo frente a la puerta. En un momento determinado, allí plantada, me pareció oír un ligero ruido, como de algo que se movía al otro lado. Escuché un rato, pero ya no oí nada. Avancé aún más y abrí la puerta.

La luz grisácea del día daba un aire de austeridad a la habitación de Keiko: una cama cubierta con una sola sábana, su tocador blanco y en el suelo algunas cajas de cartón con las cosas que no había llevado a Manchester. Me adentré en la habitación. Las cortinas habían quedado descorridas y vi el huerto que había debajo. El cielo estaba pálido y blanco, no parecía que fuese a llover. Debajo de la ventana, en la hierba, algunos pájaros picoteaban unas manzanas. Empecé a sentir frío y regresé a mi habitación.

—Una amiga mía está escribiendo un poema sobre ti —dijo Niki. Estábamos desayunando en la cocina.

—¿Sobre mí? ¿Y a santo de qué?

—Le conté algunas cosas de ti y decidió escribir un poema. Es una poetisa brillante.

—¿Un poema sobre mí? ¡Qué absurdo! ¿Y qué va a escribir? Ni siquiera me conoce.

—Ya te lo he dicho, madre. Le hablé de ti. Es sorprendente lo bien que mi amiga comprende a la gente. En su vida ha habido de todo, ¿sabes?

—Ya. ¿Y qué edad tiene tu amiga?

—Siempre estás obsesionada por la edad de la gente, madre. No importa la edad que uno tenga, lo que cuenta son las experiencias que haya tenido. Una persona puede llegar a los cien años sin haber tenido una sola experiencia.

—Es posible. —Reí y miré hacia el ventanal. Fuera había empezado a lloviznar.

—Le hablé de ti —dijo Niki. Le hablé de ti y de papá, y de cómo os fuisteis de Japón. Se quedó muy impresionada. Se imagina lo que tuvo que ser aquello, que no debió de ser tan fácil como parece.

Seguí contemplando el ventanal durante un rato. Y de pronto dije rápidamente:

—Estoy segura de que tu amiga escribirá un poema maravilloso. —Cogí una manzana del frutero y Niki me observó, mientras la pelaba con un cuchillo.

—Hay tantas mujeres —dijo— que se recluyen con niños y maridos repugnantes, y sólo son desgraciadas. Pero son incapaces de sacar fuerzas de donde sea y reaccionar. Se limitan a seguir igual durante el resto de sus vidas.

—Ya. Entonces, según tú, deberían abandonar a sus hijos, ¿no, Niki?

—Sabes a qué me refiero. Es aterrador que la gente desperdicie su vida.

Guardé silencio, aunque mi hija se calló esperando a que yo dijese algo.

—No tuvo que ser fácil lo que tú hiciste, madre. Deberías sentirte orgullosa de lo

que hiciste con tu vida.

Seguí pelando la manzana. Cuando hube terminado, me limpié los dedos en la servilleta.

—Mis amigos también piensan todos lo mismo —dijo Niki. Al menos, a quienes se lo he contado.

—Me siento muy halagada. Da las gracias a tus maravillosos amigos.

—Lo he dicho porque sí. Eso es todo.

—Bien, te has explicado con mucha claridad.

Quizá estuve innecesariamente brusca con Niki aquella mañana, pero era presuntuoso por su parte pensar que en tales asuntos yo necesitaba el apoyo de los demás. Por otra parte, Niki no estaba muy enterada de lo que realmente ocurrió aquellos últimos días en Nagasaki. Supongo que se había hecho una idea a partir de lo que su padre le había contado. Pero debía de ser una idea bastante inexacta, ya que a pesar de que mi marido escribiera unos artículos excelentes sobre el Japón, la verdad sea dicha, nunca comprendió nuestra cultura, y aún menos a un hombre como Jiro. No pretendo hacer creer que pienso en Jiro con cariño, pero tampoco fue un inútil como pensaba mi marido. Jiro trabajó muy duro para sacar adelante a la familia y esperaba que yo hiciese lo mismo. Según sus propias palabras, cumplía con su deber de marido. Y es verdad que fue un buen padre para su hija, durante los siete años que la conoció. Aquellos últimos días me convencí de muchas cosas, pero nunca pensé que Keiko no le echaría de menos. De todo esto hace ya mucho tiempo, y ahora no deseo volver a darle vueltas a todas esas cosas. Las razones por las que me fui de Japón estaban justificadas y sé que siempre me tomé muy a pecho el bienestar de Keiko. No voy a ganar nada con volver a todos esos asuntos.

Estaba podando las plantas que tenía en el alféizar de la ventana cuando advertí que Niki se había quedado muy callada. Cuando me giré hacia ella, vi que estaba de pie frente a la chimenea, mirando por encima de mí en dirección al jardín. Me volví otra vez hacia la ventana, intentando seguir su mirada. A pesar de que los cristales estaban empañados, podía distinguirse el jardín con toda claridad. Al parecer, Niki tenía los ojos puestos en un rincón cercano a los setos, donde el viento y la lluvia habían desordenado las cañas que sostenían las jóvenes tomateras.

—Creo que este año se han echado a perder los tomates —dije. La verdad es que los he descuidado mucho.

Durante unos minutos seguí mirando las cañas cuando de pronto oí abrirse un cajón. Al girarme vi a Niki que seguía buscando cosas. Después del desayuno, Niki había tomado la decisión de releer todos los artículos de su padre y había pasado gran parte de la mañana inspeccionando todos los cajones y estantes de la casa.

Proseguí con mis plantas durante un rato; el alféizar de la ventana estaba atestado, tan numerosas eran. Detrás de mí, oía a Niki inspeccionando los cajones. Al poco

tiempo se quedó parada de nuevo, y cuando me volví hacia ella, una vez más estaba mirando por encima de mí en dirección al jardín.

—Creo que voy a ver que tal andan los peces —dijo.

—¿Los peces? ¿Ahora?

Salió de la habitación sin contestarme y al cabo de unos minutos la vi cruzar el césped a grandes pasos. Pasé un trapo por el cristal empañado y la observé. Niki caminó hasta el otro extremo del jardín, hasta el estanque de peces entre las piedras. Les echó comida y por unos segundos se quedó allí plantada, mirando fijamente el fondo del estanque. De perfil, su silueta parecía muy delgada y, a pesar de ir vestida a la moda, conservaba todavía un aire inconfundiblemente infantil. Observé cómo el viento desordenaba su cabello y me pregunté por qué había salido fuera sin chaqueta.

Al regresar, se detuvo al lado de los tomates y a pesar de la intensa llovizna, se quedó allí de pie, contemplándolos un rato. Después se acercó unos cuantos pasos y empezó a enderezar las cañas. Levantó varias que estaban totalmente caídas y, a continuación, se agachó hasta tocar casi la hierba con las rodillas y arregló la red que yo había puesto por encima del suelo para evitar que los pájaros picasen las plantas.

—Gracias, Niki —le dije cuando volvió a meterse en casa. Ese detalle ha estado muy bien.

Murmuró y se sentó en el sofá. Noté que se había puesto algo violenta.

—De verdad que este año he descuidado esos tomates por completo —proseguí. Aunque realmente importa poco, supongo. Ahora ya no sé qué hacer con tantos tomates. El año pasado les di la mayoría a los Morrison.

—¡Dios mío! —dijo Niki—, los Morrison. ¿Y qué tal les va a mis queridos Morrison?

—Niki, los Morrison son gente muy amable. Nunca he entendido por qué los menosprecias tanto. Antes erais muy buenas amigas tú y Cathy.

—Ah, sí, Cathy. ¿Qué es de ella? Supongo que sigue en casita, con sus padres.

—Bueno, sí. Trabaja en un banco.

—Muy típico.

—A mí me parece algo muy razonable para alguien de su edad. Y Marilyn se ha casado, ¿lo sabías?

—¿Sí? Y ¿con quién?

—Ahora no recuerdo lo que hace su marido. Le vi una vez, y me pareció muy agradable.

—Supongo que será párroco o algo por el estilo.

—Niki, de verdad que no veo por qué tienes que utilizar ese tono. Los Morrison han sido siempre muy amables con nosotros.

Niki suspiró molesta:

—Es la forma que tienen de hacerlo todo —dijo. Me pone enferma. El modo en que han educado a sus hijos.

—Pero si hace años que no ves a los Morrison.

—Ya los vi bastante cuando era amiga de Cathy. La gente así no tiene remedio. La verdad es que lo siento por Cathy.

—¿Le reprochas que no se haya ido a vivir a Londres como tú? Te digo una cosa, Niki, no veo por ninguna parte ese espíritu tolerante del que tú y tus amigos os sentís tan orgullosos.

—¡Déjalo! De todas formas, no sabes de qué estoy hablando. —Me miró y volvió a suspirar. No importa —repitió volviendo la mirada.

Yo seguí mirándola fijamente durante un rato. Al final me volví hacia el alféizar de la ventana y seguí trabajando en silencio.

—¿Sabes, Niki? —dije algo más tarde. Me alegro de que tengas buenos amigos con los que te sientes a gusto. Después de todo, ahora debes hacer tu vida. Es lo más natural.

Mi hija no respondió. Cuando la miré, estaba leyendo uno de los periódicos encontrados en el cajón.

—Me gustaría conocer a tus amigos —dije. Puedes traerlos cuando quieras.

Niki meneó la cabeza para que el pelo no le cayera en los ojos y siguió leyendo. Por su cara, se la veía muy concentrada.

Como ya sabía lo que significaba su actitud, volví a ocuparme de mis plantas. Hay un gesto sutil y sin embargo muy marcado que Niki siempre adopta cada vez que muestro curiosidad por su vida en Londres. Es su modo de decirme que lo lamentaré si insisto. Por consiguiente, la idea que tengo de su vida actual está basada mayormente en conjeturas. En sus cartas, sin embargo —Niki siempre se acuerda de escribirme—, menciona algunas cosas que no tocaría nunca en una conversación. Y así es como me he enterado, por ejemplo, de que su novio se llama David y estudia ciencias políticas en una de las facultades londinenses. Y aún así, si en una conversación se me ocurriera preguntarle cómo anda su novio de salud, una barrera se interpondría inmediatamente entre nosotras.

Este afán casi agresivo por proteger su vida privada me recuerda mucho a su hermana. Porque la verdad es que mis dos hijas tenían muchas cosas en común, mucho más de lo que reconocería mi marido. Según él, eran completamente distintas. Y no sólo eso, llegó a convencerse de que Keiko era una persona difícil por naturaleza y poco podríamos hacer por ella. En realidad, aunque nunca lo dijo abiertamente, siempre daba a entender que Keiko había heredado ese carácter de su padre. Yo no me esforcé nunca en contradecirle, ya que la explicación más fácil era culpar a Jiro, y no a nosotros mismos. Claro que mi marido no conoció a Keiko durante sus primeros años. De haberla conocido, se habría dado cuenta de lo parecidas que eran las dos de pequeñas. Ambas tenían un temperamento violento y eran posesivas. Si se sentían molestas, no se les pasaba el enfado pronto como a los otros niños, sino que seguían todo el día de mal humor. Sin embargo, una se ha convertido en una mujer satisfecha y segura de sí misma —tengo muchas esperanzas en el futuro de Niki—, y la otra, tras una existencia cada vez más desgraciada, se

quitó la vida. A mí no me resulta tan fácil como a mi marido echarle la culpa a la naturaleza o a Jiro. No obstante, estas cosas ya forman parte del pasado y no se gana nada con sacar a relucir aquí estos temas.

—A propósito, madre —dijo Niki. ¿Eras tú esta mañana, verdad?

—¿Esta mañana?

—Sí, he oído unos ruidos esta mañana. Muy temprano, alrededor de las cuatro.

—Siento haberte molestado. Sí, era yo. —Empecé a reír. ¿Quién te creías que era, si no? —Seguí riendo, y durante un rato no pude parar. Niki se quedó mirándome, con el periódico todavía abierto delante. Bueno, siento haberte despertado, Niki —dije al final controlando la risa.

—No pasa nada, de todas formas estaba despierta. Parece que estos días no duermo muy bien.

—Con el lío que armaste con lo de las habitaciones. Quizá deberías ir a un médico.

—Quizá lo haga. —Niki se puso otra vez a leer el periódico.

Dejé las tijeras de podar que había estado usando y me volví hacia ella.

—¿Sabes?, es muy raro. Esta mañana he vuelto a tener el mismo sueño.

—¿Qué sueño?

—Te lo conté ayer, pero creo que no me escuchaste. He vuelto a soñar con esa niña.

—¿Qué niña?

—La que vimos jugando en el columpio el otro día. Cuando fuimos al pueblo a tomar café.

Niki se encogió de hombros.

—¡Ah, ésa! —dijo sin apartar la mirada del periódico.

—Bueno, en realidad, no se trata de esa niña. Es de lo que me he dado cuenta esta mañana. Pensaba que era esa niña, pero no.

Niki volvió a mirarme. Después dijo:

—Supongo que quieres decir que era ella. Keiko.

—¿Keiko? —Me reí. ¡Qué cosas tienes! ¿Por qué tenía que ser Keiko? No, no tiene nada que ver con Keiko.

Niki siguió mirándome con aire de duda.

—Era esa niñita que conocí una vez —le dije. Hace mucho tiempo.

—¿Qué niñita?

—Tú no la conoces. Fue hace mucho tiempo.

Niki volvió a encogerse de hombros.

—Ni siquiera consigo quedarme dormida. Creo que anoche dormí sólo unas cuatro horas.

—Eso es bastante preocupante, Niki. Sobre todo a tu edad. Quizá deberías ir a un médico. Siempre puedes ver al Dr. Ferguson.

Niki volvió a hacer otro gesto de impaciencia y se puso de nuevo a leer el artículo

de su padre. Me quedé un rato observándola.

—De hecho, esta mañana me he dado cuenta de algo —dije. Otra cosa referente al sueño.

Mi hija pareció no oírme.

—¿Sabes? —dije—, la niña no está subida a ningún columpio. Es lo que parecía al principio. Pero no está subida a un columpio.

Niki murmuró algo y siguió leyendo.

SEGUNDA PARTE

A medida que aumentaba el calor del verano, el descampado que había fuera, junto a nuestro bloque de pisos, se hacía cada vez más desagradable. Casi toda la tierra estaba seca y cuarteada, y sólo en las zanjas y en los cráteres más profundos quedaba el agua acumulada durante la época de lluvias. El terreno engendraba todo tipo de insectos y los mosquitos, sobre todo, parecían estar en todas partes. La gente de la urbanización se quejaba como siempre, pero con el paso de los años la indignación que suscitaba el descampado se había convertido en resignación y escepticismo.

Aquel verano tuve que atravesar el descampado muchas veces para ir a casa de Sachiko, y la verdad es que el trayecto era repugnante. Los insectos se quedaban cogidos al pelo y en medio de aquel terreno lleno de grietas se veían gusanos y moscas. Aún recuerdo con toda claridad esas caminatas que, al igual que mis temores ante el hecho de ser madre o que la visita de Ogata-San, sirven ahora para distinguir aquel verano de los demás. Y sin embargo, en muchos aspectos, aquel verano fue muy parecido a los otros. Pasaba muchos ratos, igual que haría en años siguientes, con la mirada perdida en el paisaje que se veía desde mi ventana. En los días claros, al fondo, detrás de los árboles de la otra orilla del río, se apreciaba un contorno borroso de colinas que contrastaba con las nubes. Era un paisaje nada desagradable y en ocasiones me producía una extraña sensación de alivio frente a las largas tardes vacías que pasaba en mi piso.

Ese verano, aparte del problema del descampado, hubo otros asuntos que inquietaron al vecindario. Los periódicos hablaban continuamente del fin de la ocupación y de que, en Tokio, los políticos estaban muy atareados discutiendo entre ellos. En la urbanización, este asunto era tema de conversación casi constante, pero hablaban con el mismo tono escéptico que cuando hacían comentarios referentes al descampado. Las noticias de niños asesinados, que por aquella época causaron la alarma en Nagasaki, se seguían con mayor interés. Primero se encontró a un muchacho, después a una niña, ambos muertos a golpes. Al encontrarse una tercera víctima, otra niña, a la que habían hallado colgada de un árbol, casi cundió el pánico entre las madres de la vecindad. Ni qué decir tiene que el hecho de que los crímenes hubiesen ocurrido al otro lado de la ciudad, no era ningún consuelo. En la urbanización empezaron a verse cada vez menos niños, sobre todo al caer la tarde.

No estoy segura de hasta qué punto estas noticias afectaron por entonces a Sachiko. Es cierto que parecía menos dispuesta a dejar a Mariko tanto tiempo sola, pero sospecho que la causa respondía más bien a otros cambios en su vida. Había recibido una respuesta de su tío, en la que éste manifestaba su voluntad de volver a acogerla en su casa, y justo después de esta noticia noté un cambio en la actitud de Sachiko para con su hija. De algún modo parecía más paciente y tranquila con la niña.

Sachiko mostró un gran alivio al recibir la carta de su tío, y en un principio no tuve ninguna duda de que volvería a su casa. Sin embargo, conforme fueron pasando los días, me sentía cada vez más desconcertada respecto a sus intenciones. En primer lugar, unos días después de que llegara la carta, descubrí que Sachiko ni siquiera se lo había comentado a Mariko. Y más tarde, transcurridas varias semanas, Sachiko no sólo no había hecho ningún preparativo para el traslado, sino que, como pude saber, ni siquiera le había contestado a su tío.

Si Sachiko no se hubiese mostrado tan especialmente reticente a hablar de la casa de su tío, dudo que se me hubiese ocurrido darle más vueltas al asunto. Pero la verdad es que cada vez sentía mayor curiosidad, y a pesar de las reservas de Sachiko, me las arreglé para reunir algunos datos. En primer lugar, no era tío suyo, sino que al parecer era familia de su marido, Sachiko le había visto por primera vez al llegar a su casa unos meses antes. Era un hombre rico, y al tener una casa extraordinariamente grande sólo compartida con su hija y una criada, había espacio de sobra para Sachiko y la niña. De hecho, el recuerdo de una casa vacía y silenciosa era algo que oí comentar a Sachiko más de una vez.

Yo sentía una gran curiosidad acerca de la hija de su tío, de la que llegué a deducir que era una mujer soltera más o menos de la edad de Sachiko. Sachiko hablaba poco de su prima, pero recuerdo una conversación que tuvimos por aquella época. Entonces yo me había hecho la idea de que Sachiko demoraba el regreso a casa de su tío por alguna tensión existente entre ella y su prima. E imagino que, a modo de tanteo, tuve que decírselo así aquella mañana, ya que fue una de las pocas ocasiones en las que me habló explícitamente de la época que había pasado en casa de su tío. Recuerdo la conversación con toda claridad. Era una de esas mañanas de bochorno, a mediados de agosto, y estábamos en el puente de lo alto de la colina esperando el tranvía para ir al centro de la ciudad. Ahora no sé adonde íbamos aquel día o dónde habíamos dejado a Mariko, ya que recuerdo que la niña no estaba con nosotras. Sachiko miraba el paisaje que se veía a lo lejos desde el puente, con una mano en la cara para protegerse del sol.

—Etsuko —dijo—, me pregunto de dónde te has sacado esa idea. Al contrario, Yasuko y yo éramos muy buenas amigas, y tengo muchas ganas de volver a verla. No entiendo cómo has podido pensar otra cosa, Etsuko.

—Discúlpame, debo haberme equivocado —dije. Pero pensaba que por algún motivo, no te decidías a volver.

—En absoluto, Etsuko. Cuando nos conocimos, es verdad que estuve planteándome otras posibilidades. ¿Acaso se le puede reprochar a una madre el que considere todo lo que afecta al futuro de su hija? Y hubo un momento en que pensé que podía ser una opción interesante para nosotras, pero después de darle muchas vueltas, la he descartado. Y eso es todo, Etsuko. Esos otros planes que me propusieron ya no me interesan. En fin, me alegro de que todo haya sido para mejor, y estoy ansiosa por volver a casa de mi tío. En cuanto a Yasuko-San, las dos nos

tenemos en mucha estima. No entiendo qué es lo que ha podido hacerte suponer otra cosa, Etsuko.

—Te pido disculpas. Era sólo que creo que una vez hiciste alusión a no sé qué altercado entre vosotras.

—¿Un altercado? —Se me quedó mirando un rato y, acto seguido, una sonrisa le iluminó la cara. ¡Ah!, ya sé a qué te refieres. Pero Etsuko, aquello no fue ningún altercado, fue un pequeño disgusto, nada más. ¿Y qué es lo que pasó? ¿Ves?, ni siquiera me acuerdo, fue algo tan insignificante. ¡Ah, sí!, ya sé. Discutimos sobre quién de las dos tenía que preparar la cena. Sí, eso fue todo. ¿Sabes, Etsuko?, solíamos turnarnos. A la criada le tocaba una noche, a mi prima la siguiente y después a mí. Una noche que le tocaba a la criada, ésta se puso enferma, y a las dos, a Yasuko y a mí, nos apetecía cocinar. Pero no te hagas ideas falsas, Etsuko, por regla general nos llevábamos muy bien. Es sólo que a veces, cuando ves mucho a una persona, y no ves a nadie más, cualquier tontería puede adquirir proporciones desmesuradas.

—Sí, ahora lo entiendo. Lo siento, creo que estaba equivocada.

—¿Sabes, Etsuko?, es increíble lo despacio que pasa el tiempo cuando tienes una criada que te hace todas las cosas de la casa. Yasuko y yo intentábamos estar siempre ocupadas en algo, pero la verdad es que no había gran cosa que hacer, excepto estar todo el día sentadas charlando. Durante los meses que estuvimos juntas en aquella casa, rara vez vimos a alguien de fuera. Lo que me extraña es que no nos peleásemos de verdad. En serio, quiero decir.

—Sí, tienes razón. Es evidente que no te entendí bien.

—Sí, Etsuko, eso me temo. Si a veces me viene a la mente ese incidente, es porque tuvo lugar justo antes de dejar la casa, y desde entonces, no he vuelto a ver a mi prima. Pero es absurdo llamarlo un altercado. —Soltó una carcajada. De hecho, me imagino que Yasuko-San también se reirá cuando lo piense.

Quizá fue aquella misma mañana cuando decidimos que, antes de que Sachiko se fuera, teníamos que pasar un día en el campo, en alguna parte. Y en efecto, poco tiempo después, una tarde de mucho calor, fui con Sachiko y su hija a Inasa. Es ésta una zona de Nagasaki célebre por sus paisajes de montaña, cuyas colinas dominan el puerto. No caía muy lejos de donde vivíamos; de hecho, eran las colinas de Inasa las que veía desde mi piso, pero por aquel entonces muy raramente salía a alguna parte, y aquella excursión a Inasa me parecía todo un viaje. Sé que durante días enteros me hizo mucha ilusión. Creo que es uno de los mejores recuerdos que tengo de aquella época.

En plena tarde cogimos el ferry para ir a Inasa. Los ruidos del puerto cruzaban el mar hasta nosotros; el fragor de los martillos, el rechinar de las máquinas y, de vez en cuando, el profundo sonido de una sirena. Pero en aquellos días, en Nagasaki esos ruidos no resultaban desagradables. Representaban la vuelta a la vida y nos infundían

fuerzas a todos.

Una vez llegamos a la otra orilla, la brisa marina soplaba con mayor libertad y la atmósfera ya no era tan sofocante. Los ruidos del puerto seguían llegando a nuestros oídos, transportados por el viento, cuando tomamos asiento en un barco a la entrada de la estación del teleférico. La brisa era muy de agradecer, ya que en el recinto donde estábamos apenas había resguardo contra el sol. No era más que una superficie de cemento al aire libre que aquel día parecía el patio de una escuela ya que, sobre todo, había niños acompañados de sus madres. Al otro lado, detrás de una serie de torniquetes, alcanzábamos a ver las plataformas de madera donde se detenían las cabinas. Durante un rato, nos quedamos hipnotizadas por el movimiento de las cabinas que subían y bajaban. Mientras una cabina se elevaba perdiéndose entre los árboles, quedando poco a poco convertida en un punto diminuto en el cielo, otra descendía y se hacía cada vez más grande hasta posarse en la plataforma. Dentro de una caseta al lado de los torniquetes había un hombre manejando unas palancas. Llevaba puesta una gorra, y después de que cada cabina llegaba a la plataforma sin problemas, el hombre se asomaba y charlaba con un grupo de niños amontonados a su alrededor para ver lo que hacía.

El primer encuentro aquel día con la mujer americana tuvo lugar a raíz de nuestra decisión de subir con el teleférico a lo más alto de la colina. Sachiko y su hija habían ido a comprar los tickets y quedé sola unos instantes, sentada en el banco. En ese momento, me di cuenta de que al fondo del recinto había un puestecito de golosinas y juguetes. Se me ocurrió entonces comprar algunos caramelos para Mariko. Me levanté y me encaminé hacia el puesto. Había dos niños delante de mí, discutiendo sobre qué comprar. Mientras se decidían, vi entre los juguetes unos prismáticos de plástico. Los niños seguían discutiendo. Eché un vistazo hacia el otro lado del recinto. Sachiko y Mariko continuaban junto a los torniquetes. Sachiko parecía haber entablado conversación con dos mujeres.

—¿Qué desea, señora?

Los niños ya se habían ido. Detrás del puesto había un joven con un elegante uniforme de verano.

—¿Puedo probarlos? —Señalé los prismáticos.

—Claro, señora. No es más que un juguete, pero son muy eficaces.

Me acerqué los prismáticos a los ojos y miré hacia la pendiente de la colina. Eran de una potencia sorprendente. Después giré y, enfocando el rellano de cemento, localicé a Sachiko y a su hija. Aquel día, Sachiko se había puesto un kimono de color claro que se ataba con un elegante fajín. Supuse que era un traje reservado para ocasiones especiales. Sachiko, entre toda la multitud, se distinguía por su figura airosa. Vi que seguía hablando con las dos mujeres, una de las cuales parecía extranjera.

—Otro día de calor, señora —dijo el joven cuando le entregué el dinero. ¿Va a subir al teleférico?

—Sí, vamos a subir ahora mismo.

—Hay una vista magnífica. Aquello que ve usted en la cima es un repetidor de televisión que estamos construyendo. El año que viene, el teleférico llegará justo hasta allí, hasta lo más alto.

—Es fantástico. Bueno, que tenga usted un buen día.

—Gracias, señora.

Volví a cruzar el recinto con los prismáticos. Aunque en aquella época no comprendía el inglés, adiviné en seguida que la mujer era americana. Era alta y pelirroja con el cabello ondulado y llevaba gafas terminadas en punta. Se dirigía a Sachiko en un tono de voz muy alto, y me sorprendió ver la facilidad con que Sachiko respondía en inglés. La otra mujer era japonesa. Tenía mofletes muy marcados y de edad unos cuarenta años. A su lado había un niño regordete de unos ocho o nueve años. Al llegar les hice una reverencia, les deseé un día agradable y entregué los prismáticos a Mariko.

—No es más que un juguete —le dije—, pero te servirán para ver alguna que otra cosa.

Mariko abrió el estuche y examinó los prismáticos con expresión muy seria. Después miró a través de ellos, primero alrededor y después hacia la pendiente de la colina.

—Da las gracias, Mariko —dijo Sachiko.

Mariko siguió mirando a través de los prismáticos. Después se los quitó de la cara y se pasó la correa de plástico por la cabeza.

—Gracias, Etsuko-San —dijo la niña de mala gana.

La mujer americana señaló los prismáticos, dijo algo en inglés y se rió. El niño regordete, que hasta ese momento había estado contemplando la falda de la colina y las cabinas que bajaban, también se sintió atraído por los prismáticos. Y con la mirada clavada en el juguete, avanzó unos pasos hacia Mariko.

—Has sido muy amable, Etsuko —dijo Sachiko.

—En absoluto. Si es sólo un juguete.

Llegó nuestra cabina y a través de los torniquetes pasamos a los tablones hundidos de madera. Por lo visto, las dos mujeres y el niño regordete eran los únicos pasajeros además de nosotras. El hombre de la gorra salió de su caseta y nos acomodó en la cabina uno por uno. El interior resultaba frío y metálico. Había grandes ventanas por los cuatro costados y los bancos estaban dispuestos en los dos lados más anchos.

La cabina se quedó parada varios minutos en la plataforma y el niño regordete empezó a impacientarse y a dar vueltas. A mi lado, Mariko miraba hacia fuera por la ventanilla, arrodillada en el banco. Desde nuestro lado de la cabina se veía el recinto y a un grupo de espectadores jóvenes amontonados en los torniquetes. Mariko parecía estar probando la eficacia de los prismáticos, ya que a ratos se los ponía para mirar y a ratos se los quitaba. Entonces el niño rechoncho se arrodilló en el banco junto a

Mariko. Al principio no se hicieron ningún caso, pero al cabo de unos instantes el niño dijo:

—Quiero mirar. —Y alargó la mano para coger los prismáticos. Mariko se le quedó mirando fríamente.

—Akira, ése no es modo de pedir las cosas —dijo su madre. Pídeselo bien a la señorita.

El niño retiró la mano y miró a Mariko, que le devolvió la mirada. El niño dio la vuelta y fue a otra ventana.

Cuando la cabina arrancó, los niños que estaban en los torniquetes empezaron a saludar con la mano. Instintivamente, me agarré a la barra de metal que había a lo largo de la ventana, y la mujer americana dio un gritito nervioso y rió. La superficie de cemento empezó a hacerse más pequeña, y bajo nosotras vimos deslizarse la ladera de la colina.

La cabina se balanceaba suavemente con el ascenso. Durante un rato, las copas de los árboles parecían rozar las ventanillas; de pronto, un gran precipicio se abrió a nuestros pies, y quedamos colgando en el cielo. Sachiko soltó una pequeña carcajada y con el dedo señaló algo fuera. Mariko seguía mirando a través de sus prismáticos.

Terminado el ascenso, salimos de la cabina con mucho cuidado, como si no estuviéramos seguros de haber llegado a tierra firme. En esta estación, la más elevada, no había ningún rellano de cemento y bajamos de los tablones de madera a un claro de hierba. Tampoco se veía a nadie, excepto al hombre de uniforme que nos instaba a salir. Detrás de aquel claro, casi en medio de una pinada, había unas cuantas mesas de madera para poder comer. El borde más próximo al claro donde habíamos desembarcado estaba señalizado con una valla metálica al borde de un precipicio. Cuando nos hubimos orientado un poco, nos encaminamos hacia la valla para mirar por el despeñadero. Al cabo de un rato se unieron a nosotras las dos mujeres y el niño.

—Le deja a uno sin respiración, ¿verdad? —me dijo la mujer japonesa. Le estoy enseñando a mi amiga todos los rincones interesantes. Es la primera vez que viene a Japón.

—Ya veo. Espero que le guste.

—Sí, yo también. Por desgracia, yo no entiendo muy bien el inglés. Su amiga parece hablarlo mucho mejor que yo.

—Sí, lo habla muy bien.

Las dos miramos a Sachiko, que de nuevo estaba intercambiando impresiones en inglés con la mujer americana.

—Es una suerte haber recibido una educación tan buena —me dijo la mujer. En fin, espero que pasen ustedes un buen día.

Nos hicimos una reverencia y, a continuación, la mujer le hizo una señal a su amiga americana, indicándole que se iban.

—¿Me dejas mirar, por favor? —dijo el niño regordete con voz de enfado y

estirando la mano de nuevo. Mariko se le quedó mirando del mismo modo que había hecho en la cabina.

—Quiero verlos —dijo el niño con más rabia.

—Akira, pídeselos a la señorita correctamente. No lo olvides.

—¡Por favor! Quiero verlos.

Mariko siguió mirándole un rato, después se quitó la correa del cuello y le entregó los prismáticos. El niño se los acercó a los ojos y se puso a mirar por la valla.

—No valen nada —dijo al final, volviéndose a su madre. No se puedan comparar a los míos. Mira, mira, ni siquiera se pueden ver bien aquellos árboles. ¡Mira, mira!

Estiró la mano para dárselos a su madre. Mariko quiso cogerlos pero el niño lo impidió bruscamente y volvió a tendérselos a su madre.

—¡Mira, mamá! Ni siquiera se ven aquellos árboles, éstos de ahí cerca.

—¡Akira!, devuélveselos a la señorita ahora mismo.

—No tienen comparación con los míos.

—Akira, no está bien que digas eso. Ya sabes que todo el mundo no tiene la misma suerte que tú.

Mariko volvió a intentar coger los prismáticos y esta vez el niño cedió.

—Dale las gracias a la señorita —dijo su madre.

El niño no dijo nada y salió corriendo. La madre rió un poco.

—Muchas gracias —le dijo a Mariko. Has sido muy amable. —Después sonrió, primero a Sachiko y después a mí. La vista es magnífica, ¿no creen? —dijo. Espero que pasen un buen día.

El sendero estaba cubierto de agujas de pino y subía en zig-zag por la montaña. Caminamos a paso lento, deteniéndonos a ratos para descansar. Mariko estaba tranquila y, para mi sorpresa, no parecía que fuese a causar problemas. Sin embargo, manifestaba una curiosa apatía a pasear junto a nosotras. Había ratos en los que se quedaba atrás, rezagada, por lo que teníamos que girarnos constantemente y, al rato siguiente, la veíamos pasar corriendo y seguir adelante.

Una hora más o menos después de haber desembarcado de la cabina, nos encontramos con la mujer americana por segunda vez. Ella y su compañera bajaban por el sendero y, al reconocernos, nos saludaron muy simpáticas. El niño rechoncho, que iba detrás, nos ignoró. Cuando la mujer americana pasó al lado de Sachiko, le dijo algo en inglés y Sachiko al contestar, soltó una fuerte carcajada. Pareció querer detenerse a hablar, pero la mujer japonesa y su hijo no interrumpieron el paso. La mujer americana saludó con la mano y siguió andando.

Cuando felicité a Sachiko por su dominio del inglés, rió y no dijo nada. Noté que aquel encuentro había causado en ella un efecto curioso. La encontraba más tranquila, y seguía andando a mi lado, absorta en sus pensamientos. Más tarde, cuando Mariko volvió a adelantarnos, me dijo:

—Mi padre era un hombre muy respetado, Etsuko. Sí, muy respetado. Pero debido a sus contactos en el extranjero, mi petición de mano estuvo a punto de ser anulada. —Sonrió ligeramente y sacudió la cabeza. ¡Me resulta tan raro, Etsuko! Como si todo hubiese sucedido hace siglos.

—Sí —dije. Han cambiado tanto las cosas.

El sendero hacía una curva muy cerrada y volvía a ascender. De pronto, los árboles formaron un claro y el cielo se abrió inmenso ante nosotras. Desde más arriba, Mariko nos gritó y señaló algo con el dedo. Después empezó a correr muy excitada.

—Nunca veía demasiado a mi padre —dijo Sachiko. Pasaba mucho tiempo en el extranjero, en Europa y América. Cuando era pequeña, yo soñaba con que algún día iría a América, que iría a América y me haría actriz de cine. Mi madre se reía de mí, pero mi padre decía siempre que si aprendía muy bien el inglés, no me resultaría difícil convertirme en una mujer de negocios. Disfrutaba aprendiendo inglés.

Mariko se detuvo en lo que parecía una pequeña altiplanicie. Volvió a gritarnos algo.

—Me acuerdo que una vez —prosiguió Sachiko— mi padre me trajo de América un libro; se trataba de una versión en inglés de «Canción de Navidad». Aquel libro fue una especie de reto para mí. Quise aprender inglés lo bastante bien como para poder leer el libro. Por desgracia, nunca llegué a conseguirlo. Cuando me casé, mi marido me prohibió seguir aprendiendo inglés. De hecho, me obligó a tirar el libro.

—Es una lástima —dije.

—Mi marido era así, Etsuko. Muy estricto y muy patriota. No era un hombre considerado. Pero era de muy buena familia y mis padres pensaron que era un buen partido. Cuando me prohibió estudiar inglés, ni siquiera protesté. Después de todo, ya no parecía tener mucho sentido.

Llegamos al lugar donde se encontraba Mariko. Era una superficie cuadrada de tierra, delimitada por unos pedruscos, que sobresalía a un lado del sendero. Un árbol caído hacía de banco, al haber sido alisada y pulida la parte de arriba de su grueso tronco. Sachiko y yo nos sentamos para recuperar el aliento.

—No te acerques mucho al borde, Mariko —le advirtió Sachiko. La niña había salido fuera de las piedras para mirar el paisaje a través de sus prismáticos.

Me asaltó una sensación de inseguridad, allí encaramada al borde de la montaña, con la mirada puesta en tan maravilloso paisaje. A una gran distancia debajo de nosotras, se divisaba el puerto, semejante a una gran máquina que hubiese sido instalada en el agua. Y al otro lado del puerto, en la orilla contraria, se alzaban las colinas que conducían a Nagasaki. La tierra al pie de las colinas aparecía como un enjambre de casas y edificios, y lejos, a nuestra derecha, el puerto abría sus brazos al mar.

Permanecimos allí sentadas durante un rato, disfrutando de la brisa mientras recuperábamos el aliento. Entonces dije:

—Se diría que aquí nunca ha pasado nada, ¿verdad? ¡Todo parece tan lleno de vida! Sin embargo, aquella zona de allá abajo —con la mano señalé el paisaje que se veía a nuestros pies—, toda aquella zona quedó totalmente destrozada cuando cayó la bomba. Y mira ahora.

Sachiko asintió con la cabeza, después sonrió volviéndose hacia mí.

—Hoy te veo tan alegre —dijo.

—Es tan reconfortante estar aquí. Hoy he decidido que voy a ser optimista. Estoy dispuesta a tener un futuro feliz. La Sra. Fujiwara siempre me dice lo importante que es mirar hacia adelante. Y tiene toda la razón. Si no fuera así, ¿quién habría levantado todo esto? —Volví a señalar el paisaje. Todo esto seguiría siendo ruinas.

Sachiko volvió a sonreír.

—Sí, Etsuko, como tú dices, todo sería ruinas. —Durante unos instantes siguió contemplando el paisaje que teníamos enfrente. A propósito —dijo al cabo de un rato—, tu amiga, la Sra. Fujiwara, me imagino que perdió toda su familia en la guerra.

Asentí.

—Tenía cinco hijos. Y su marido era una persona importante en Nagasaki. Cuando cayó la bomba, todos murieron excepto su hijo mayor. Tuvo que ser un golpe terrible para ella, pero supo seguir adelante.

—Sí —dijo Sachiko afirmando lentamente con la cabeza. Me imaginaba que algo así habría ocurrido. ¿Y siempre ha tenido esa casa de comidas?

—No, claro que no. Su marido era una persona importante. El negocio lo abrió después, después de haberlo perdido todo. Cada vez que la veo, me digo que debo seguir su ejemplo, que debo seguir mirando hacia adelante. De algún modo, ella perdió mucho más que yo. Después de todo, aquí me ves, a punto de fundar mi propia familia.

—Sí, tienes toda la razón. —El viento había desordenado el cabello de Sachiko, que había peinado con tanto esmero. Se pasó la mano por la cabeza y respiró hondo. ¡Cuánta razón tienes, Etsuko!, no deberíamos estar constantemente pensando en el pasado. La guerra me arrebató muchas cosas, pero todavía tengo a mi hija. Como tú dices, tenemos que mirar hacia adelante.

—¿Sabes? —dije—, tan sólo desde hace unos días, me he parado a pensar de verdad cómo va a ser, me refiero al hecho de tener un hijo. Ya no me da tanto miedo. A partir de ahora voy a ser optimista.

—Así es como debe ser, Etsuko. Después de todo, tienes muchos motivos para estar ilusionada. En realidad, pronto descubrirás que ser madre es lo que de verdad le da valor a la vida. ¿Qué importa si el vivir en casa de mi tío es un aburrimiento? Sólo deseo el bien de mi hija. Le pondremos los mejores profesores particulares y en nada de tiempo se pondrá al nivel que le corresponde en la escuela. Como tú dices, Etsuko, hay que vivir mirando hacia adelante.

—Estoy tan contenta de oírte hablar así —dije. En realidad, las dos tendríamos que dar gracias. Quizá hayamos perdido mucho en la guerra, pero aún tenemos

bastante futuro por delante.

—Sí, Etsuko. Tenemos mucho futuro por delante.

Mariko se acercó y se quedó plantada frente a nosotras. Quizá alcanzara a oír parte de nuestra conversación, ya que me dijo:

—¿Le ha dicho mi madre que vamos a vivir otra vez con Yasuko-San?

—Sí —le dije. ¿Te hace ilusión vivir allí otra vez, Mariko-San?

—A lo mejor ahora podemos quedarnos con los gatitos —dijo la niña. En casa de Yasuko-San hay mucho sitio para ellos.

—De eso ya hablaremos, Mariko —dijo Sachiko.

Mariko se quedó mirando a su madre y después dijo:

—Pero a Yasuko-San le gustan los gatos, y de todas formas Maru era suya antes de que nos la llevásemos. O sea, que los gatitos también son suyos.

—Sí, Mariko, pero ya hablaremos de eso. Ya veremos lo que dice el padre de Yasuko-San.

Mariko miró a su madre con cara de enfado y después se volvió hacia mí:

—Quizá podamos quedárnoslos —dijo muy seria.

Hacia el final de la tarde, volvimos al claro donde habíamos bajado del teleférico. En las fiambreras quedaban todavía algunas galletas y chocolate, de modo que nos sentamos en una de las mesas de madera para dar un bocado. En el otro extremo del claro había un montón de gente apiñada junto a la valla metálica, esperando la cabina que debía conducirles de vuelta al pie de la montaña.

Ya llevábamos un rato sentadas merendando cuando una voz nos hizo levantar la mirada. La mujer americana venía hacia nosotras cruzando el claro a grandes pasos, con una sonrisa que le iluminaba la cara. Sin ningún reparo, se sentó a nuestra mesa, nos sonrió a todas y empezó a hablar con Sachiko en inglés. Imagino que se alegraba de poder comunicarse con alguien sin tener que recurrir a los gestos. Yo miré alrededor y vi a la mujer japonesa poniéndole una chaqueta a su hijo. Parecía mostrar menos entusiasmo en acompañarnos, pero al final se dirigió sonriente hacia nuestra mesa. Se sentó frente a mí, y cuando su hijo vino a su lado, vi hasta qué punto madre e hijo compartían el mismo aspecto rollizo. Muy especialmente las mejillas, de una flaccidez carnosa que las hacía bastante similares a las de un bulldog. La mujer americana, entretanto, seguía hablando en voz alta con Sachiko.

Al llegar las dos mujeres, Mariko había abierto su cuaderno y había empezado a dibujar. La mujer mofletuda, después de hacerme algunos comentarios divertidos, se dirigió a la niña.

—¿Y tú, te lo has pasado bien? —le preguntó a Mariko. Allá arriba es todo muy bonito, ¿verdad?

Mariko siguió dibujando sin levantar la mirada de la página. Sin embargo, la mujer no pareció desanimarse lo más mínimo.

—¿A ver qué estás dibujando? —preguntó. Parece muy bonito.

Esta vez, Mariko dejó de dibujar y miró a la mujer fríamente.

—Ese dibujo parece muy bonito. ¿Podemos verlo? —La mujer se echó hacia delante y cogió el cuaderno. ¿A que son bonitos, Akira? —le dijo a su hijo. Esta señorita es muy lista, ¿verdad?

El niño se inclinó sobre la mesa para ver mejor. Miró los dibujos con interés, pero no dijo nada.

—Sí que son bonitos. —La mujer pasaba las páginas. ¿Los has hecho todos hoy?

Mariko se quedó callada un rato. Después dijo:

—Las pinturas son nuevas. Las hemos comprado esta mañana y es más difícil dibujar con pinturas nuevas.

—Ah, claro. Las pinturas nuevas son más duras, ¿no? Akira también dibuja, ¿verdad, Akira?

—Dibujar es muy fácil —dijo el muchacho.

—¿Verdad que estos dibujos son bonitos, Akira?

Mariko señaló la página por donde estaba abierto el cuaderno.

—Ese de ahí no me gusta. Las pinturas eran todavía muy nuevas. El de la página de al lado es mejor.

—Ah, sí. Es muy bonito.

—Lo hice en el puerto —dijo Mariko. Pero muy deprisa. Hacía calor y había mucho ruido.

—Pero si está muy bien. ¿Te gusta dibujar?

—Sí.

Sachiko y la mujer americana volvieron la cabeza hacia el cuaderno. La americana señaló el dibujo con el dedo y pronunció varias veces en japonés «delicioso» en voz muy alta.

—¿Y esto qué es? —prosiguió la mujer mofletuda. ¡Una mariposa! Debe haberte costado bastante dibujarla tan bien. No se quedaría quieta mucho tiempo.

—Me acordaba de una que había visto antes —dijo Mariko.

La mujer asintió y a continuación se volvió hacia Sachiko.

—Su hija es muy lista. Es muy de elogiar que los niños utilicen su imaginación y su memoria. Hay tantos niños que a su edad siguen copiando lo que ven en los libros.

—Sí —dijo Sachiko. Supongo que sí.

Me sorprendió el tono áspero de su voz, ya que con la mujer americana había hablado con la mayor cortesía. El niño rechoncho se inclinó aún más por encima de la mesa y puso su dedo en la página.

—Esos barcos son demasiados grandes —dijo. Si se supone que eso es un árbol, entonces los barcos deberían ser más pequeños.

Su madre se quedó pensativa durante un instante.

—Bueno, es posible —dijo. Pero de todas formas es un dibujito bonito. ¿No crees, Akira?

—Los barcos son demasiado grandes —dijo el muchacho.

La mujer rió.

—Debe disculpar a Akira —le dijo a Sachiko. Pero es que tiene un excelente profesor particular de dibujo y por eso es más perspicaz para estos detalles que otros niños de su edad. ¿Su hija también tiene profesor particular de dibujo?

—No, no tiene ningún profesor particular. —Sachiko había vuelto a emplear un tono claramente frío, sin embargo, la mujer pareció no darse cuenta.

—No es mala idea —prosiguió. Al principio mi marido estaba en contra. Pensó que el niño ya tenía bastante con un profesor de matemáticas y otro de ciencias. Pero para mí el dibujo también es importante. Los niños deben desarrollar su imaginación cuando todavía son pequeños. Todos los profesores de la escuela están de acuerdo conmigo. Sin embargo, lo que mejor lleva son las matemáticas. Creo que las matemáticas son muy importantes, ¿no lo cree usted?

—Sí, por supuesto —dijo Sachiko. Estoy segura de que son muy útiles.

—Las matemáticas agudizan la mente de los niños. La mayoría de los niños que son buenos en matemáticas, también lo son en otras cosas. Mi marido y yo estuvimos totalmente de acuerdo en ponerle al niño un profesor de matemáticas. Y ha valido la pena. El año pasado, Akira era siempre el tercero o cuarto de la clase, pero este año ha sido el primero en todo.

—Las matemáticas son muy fáciles —replicó el niño. Y acto seguido le dijo a Mariko—: ¿Te sabes la tabla del nueve?

Su madre volvió a reír.

—Imagino que la señorita es también muy lista. Sus dibujos lo demuestran.

—Las matemáticas son muy fáciles —repitió el niño. No hay nada tan fácil como la tabla del nueve.

—Sí, Akira ya se sabe todas las tablas. Muchos niños de su edad sólo saben hasta la del tres o del cuatro.

—Akira, ¿cuánto son nueve por cinco?

—Nueve por cinco son cuarenta y cinco.

—¿Y nueve por nueve?

—Nueve por nueve son ochenta y uno.

La mujer americana le preguntó algo a Sachiko y cuando Sachiko asintió con la cabeza, la mujer dio una palmada y volvió a repetir la palabra «delicioso» varias veces.

—Su hija parece ser muy brillante —le dijo la mujer de los mofletes a Sachiko. ¿Le gusta ir al colegio? A Akira le gusta casi todo lo que hace en la escuela. Además de las matemáticas y el dibujo, también lleva muy bien la geografía. Mi amiga se quedó muy sorprendida al constatar que Akira sabía el nombre de todas las grandes ciudades de América. ¿Verdad, Suzie-San? —La mujer se volvió hacia su amiga y pronunció algunas palabras en un inglés vacilante. La americana pareció no comprender lo que le decía, pero con una sonrisa le hizo al niño un gesto aprobatorio.

Pero la asignatura preferida de Akira son las matemáticas, ¿verdad, Akira?

—Las matemáticas son muy fáciles.

—¿Y cuál es la asignatura preferida de la señorita? —preguntó la mujer volviéndose otra vez hacia Mariko.

Mariko se quedó un rato callada y después dijo:

—A mí también me gustan las matemáticas.

—¿También te gustan las matemáticas? ¡Fantástico!

—Entonces, ¿a ver si sabes cuántas son nueve por seis? —le preguntó el niño de modo poco amistoso.

—¿Verdad que es bonito que los niños se interesen por sus estudios? —dijo su madre.

—Venga, ¿cuánto son nueve por seis?

Yo pregunté:

—Akira-San, ¿qué quieres ser de mayor?

—Akira, dile a esta señora lo que vas a ser de mayor.

—Director general de Mitsubishi, sociedad anónima.

—La empresa de su padre —aclaró su madre. Akira ya lo tiene muy decidido.

—Ya veo —dije sonriendo. Es fantástico.

—¿Dónde trabaja *tu* padre? —le preguntó el niño a Mariko.

—Akira, no está bien que seas tan curioso. —La mujer se volvió de nuevo hacia Sachiko. Muchos niños de su misma edad siguen diciendo que quieren ser policías o bomberos. Pero Akira, desde que era mucho más pequeño, ha querido trabajar para Mitsubishi.

—¿Dónde trabaja *tu* padre? —preguntó el niño de nuevo. Esta vez, su madre, en lugar de recriminarle, se quedó mirando a Mariko, esperando que respondiese.

—Es guarda en el zoo —dijo Mariko.

Durante unos instantes nadie pronunció palabra. Curiosamente, la respuesta pareció humillar al niño, y volvió a sentarse en el banco malhumorado.

Su madre dijo entonces con cierta vacilación:

—¡Qué trabajo tan interesante! Los animales nos gustan mucho. ¿Y el zoo de su marido está por aquí cerca?

Antes de que Sachiko respondiera, Mariko se escurrió por debajo del banco haciendo mucho ruido. Sin decir una palabra, se alejó de nosotras en dirección a unos árboles cercanos. Nos quedamos todos mirándola unos instantes.

—¿Es la mayor? —preguntó la mujer a Sachiko.

—Es la única que tengo.

—Ah, ya veo. No es mala idea. Los niños se hacen así más independientes y trabajan más, creo. Entre éste —la mujer puso la mano en la cabeza del niño— y el mayor, hay seis años de diferencia.

La americana profirió una fuerte exclamación y dio unas palmadas. Mariko estaba subiéndose a un árbol, trepando por las ramas sin parar. La mujer de los mofletes se

giró y miró hacia Mariko con cara de preocupación.

—Su hija es realmente muy masculina —dijo.

La mujer americana parecía muy divertida y repitió la palabra «masculina», volviendo a dar palmas.

—¿No es un poco peligroso? —preguntó la mujer de los mofletes. Se puede caer.

Sachiko sonrió, y de pronto adoptó una actitud más cordial frente a la mujer.

—¿Acaso no está usted acostumbrada a ver que los niños trepen por los árboles? —preguntó.

La mujer siguió mirando preocupada.

—¿Está segura de que no es peligroso? Puede partirse una rama.

Sachiko soltó una carcajada.

—Estoy segura de que mi hija sabe lo que hace. De todas formas, le agradezco su preocupación. Es muy amable de su parte. —Le hizo a la mujer una elegante reverencia. La mujer americana le dijo algo a Sachiko y siguieron conversando en inglés. La mujer mofletuda desvió su mirada de los árboles.

—No quisiera ser impertinente —me dijo poniéndome una mano en el brazo—, pero no he podido evitar el fijarme. ¿Es la primera vez?

—Sí —dije con una carcajada. Creemos que nacerá en otoño.

—Es maravilloso. Y su marido... ¿trabaja también de guarda en el zoo?

—¡Oh no! Trabaja para una empresa de electrónica.

—¿De veras?

La mujer empezó a darme consejos sobre cómo cuidar a los bebés. Mientras tanto, vi que el muchacho se alejaba de la mesa en dirección al árbol donde estaba Mariko.

—Y es muy beneficioso que el niño oiga buena música con frecuencia —decía la mujer. Estoy segura de que es algo muy importante. La buena música debe figurar entre los primeros sonidos que un niño escucha.

—Sí, a mí me gusta mucho la música.

El niño estaba al pie del árbol, mirando a Mariko con expresión confusa.

—Nuestro hijo mayor no tiene un oído tan fino como Akira —prosiguió la mujer. Mi marido dice que es porque cuando era bebé no oyó bastante buena música, y yo me inclino a pensar que tiene toda la razón. Por aquel entonces, la radio transmitía ante todo música militar. Estoy segura de que no le hizo ningún bien.

Mientras la mujer seguía hablando, vi que el niño buscaba un agujero en el tronco del árbol para meter el pie. Mariko había descendido un poco y parecía darle consejos al muchacho. A mi lado, la mujer americana seguía riendo muy fuerte, pronunciando de vez en cuando palabras sueltas en japonés. Finalmente, el niño consiguió levantarse un poco del suelo apoyando un pie en un resquicio del árbol y sujetándose con las dos manos a una rama. A pesar de estar sólo a unos pocos centímetros del suelo, parecía encontrarse muy tenso. Resulta difícil decir si lo hizo deliberadamente, pero al descender, Mariko le pisó los dedos al niño y éste, dando un grito, cayó al

suelo con todo su peso.

Su madre, aterrorizada, se dio la vuelta. Sachiko y la mujer americana, ninguna de las cuales había visto el accidente, también se dieron la vuelta para ver al niño caído. Estaba tumbado, de costado, y profiriendo gritos. La madre se precipitó hacia él y se arrodilló para tantearle las piernas. El niño siguió gimiendo. Al otro lado del claro, todos los viajeros que estaban esperando el teleférico miraron hacia nuestro lado. Al cabo de un rato, el niño, acompañado de su madre, volvió a la mesa lloriqueando.

—Es muy peligroso subirse a los árboles —decía la mujer, enfadada.

—No ha caído desde muy alto —le aseguré yo. Si apenas se había subido al árbol.

—Podría haberse roto un hueso. A los niños habría que quitarles esas ganas de subirse a los árboles. ¡Qué manía tan tonta!

—Me dio una patada —dijo el niño lloriqueando. Me tiró del árbol de una patada. Ha intentado matarme.

—¿Te dio una patada? ¿La niña te dio una patada?

Vi que Sachiko volvía la mirada hacia su hija. Mariko se había vuelto a subir a lo alto del árbol.

—Ha intentado matarme.

—¿La niña te dio una patada?

—Sólo se ha resbalado —me apresuré a decir. Lo he visto todo. Apenas estaba a unos centímetros del suelo.

—Me ha dado una patada. Ha intentado matarme.

—Sólo se ha resbalado —repetí.

—No deberías hacer semejantes tonterías, Akira —dijo la mujer, enfadada. Es muy peligroso subirse a los árboles.

—Ha intentado matarme.

—No tienes por qué subirte a los árboles.

El niño siguió lloriqueando.

En las ciudades japonesas, mucho más que en las inglesas, los dueños de restaurantes, los propietarios de salones de té, los dependientes, todos, parecen estar deseando que caiga la noche. Mucho antes de que empiece a oscurecer, ya se ven luces en los escaparates y en las entradas se encienden los letreros luminosos. Aquella tarde, al volver a la ciudad, todo Nagasaki estaba inundado de los colores que iluminan las calles a esas horas. Habíamos dejado Inasa a última hora de la tarde y cenamos en el restaurante de los grandes almacenes Hamaya. Después de cenar, nos resistíamos a dar por finalizada la jornada y fuimos a pasear por las calles a paso lento, sin ninguna gana de llegar a la parada del tranvía. Recuerdo que en aquella época estaba en boga entre las parejas jóvenes ir cogidos de la mano por la calle, cosa que Jiro y yo nunca habíamos hecho, y durante el paseo vimos a muchas parejas buscando alguna distracción. Como en muchas de esas tardes de verano, el cielo se

había puesto color púrpura pálido.

Muchos puestos vendían pescado y, a aquella hora de la tarde, en que las barcas de pesca vuelven al puerto, se veía con mucha frecuencia a hombres con cestas cargadas de pescado fresco al hombro, abriéndose paso entre la multitud que discurría por las aceras. En una de las aceras, llena de basura y gente deambulando, topamos con un puesto de *kujibiki*. Si no fuera por los recuerdos que guardo de aquella tarde tan particular, habría olvidado la existencia del *kujibiki*, ya que nunca tuve afición por este juego y en Inglaterra, no se encuentra nada equivalente, excepto quizá en las ferias.

Nos quedamos a mirar detrás de la muchedumbre. Una mujer tenía en sus brazos a un niño de dos o tres años, y encima del estrado, un hombre con un pañuelo atado a la cabeza estaba inclinado hacia delante, alargando la urna para que el niño alcanzase. El niño consiguió sacar un boleto de la urna, pero al parecer no sabía qué hacer con él. Con expresión vacía, lo sostuvo en la mano, mirando los rostros alegres que le rodeaban. El hombre del pañuelo se inclinó un poco más hacia él y le hizo una observación que provocó la risa entre la muchedumbre. Al final, la mujer bajó al niño, le cogió el boleto y se lo entregó al hombre. El premio era un lápiz de labios que la mujer recogió con una carcajada.

Mariko, de puntillas, intentaba ver los premios que estaban expuestos al fondo del estrado. De pronto se volvió hacia Sachiko y le dijo:

—Quiero comprar un boleto.

—Pero, Mariko, es dinero perdido.

—Quiero comprar un boleto. —Su comportamiento mostraba una curiosa insistencia. Quiero probar al *kujibiki*.

—Toma, Mariko-San —le di una moneda.

Se volvió hacia mí, algo sorprendida. Después cogió la moneda y se abrió paso entre el gentío.

Algunos otros espectadores probaron suerte. Una mujer ganó un caramelo, un hombre de mediana edad ganó un balón de plástico. Y después le llegó el turno a Mariko.

—Y ahora, princesita. —El hombre se concentró y agitó la urna. Cierra los ojos y piensa con todas tus fuerzas en aquel osote de allí.

—No quiero el oso —dijo Mariko.

El hombre hizo una mueca y la gente rió.

—¿Que no quieres aquel osote de peluche? Muy bien, princesita, ¿qué quieres entonces?

Mariko señaló con el dedo al fondo del estrado.

—Aquella cesta —dijo.

—¿La cesta? —El hombre se encogió de hombros. De acuerdo, princesita, cierra bien los ojos y piensa en la cesta. ¿Preparada?

El billete de Mariko ganó una maceta. Regresó a nuestro sitio y me entregó el

premio.

—¿No la quieres? —pregunté. Te la has ganado.

—Yo quería la cesta. Los gatitos necesitan una cesta.

—Bueno, no te preocupes.

Mariko se volvió hacia su madre.

—Quiero probar otra vez.

Sachiko suspiró.

—Ya se está haciendo tarde.

—Quiero probar. Sólo una vez.

Mariko volvió a abrirse paso hasta el estrado. Mientras esperábamos, Sachiko se volvió y me dijo:

—¿Sabes?, tiene gracia, pero me había hecho otra idea de ella. Me refiero a tu amiga, la Sra. Fujiwara.

—¿Ah sí?

Sachiko levantó la cabeza para asomarse por encima de los espectadores.

—No, Etsuko —dijo. Me temo que nunca he tenido de ella la imagen que tú tienes. Me daba la impresión de ser una mujer sin nada en la vida.

—De ningún modo —dije.

—¿Sí? Pero ¿qué ilusiones tiene? ¿Qué sentido le da a su vida?

—Tiene el negocio de comidas. Ya sé que no es gran cosa, pero para ella significa mucho.

—¿Su negocio?

—Y además tiene a su hijo, con una carrera muy prometedora por delante.

Sachiko miró de nuevo hacia el estrado.

—Sí, claro —dijo con una sonrisa cansada. Claro, tiene a su hijo.

Esta vez, Mariko había ganado un lápiz, y regresó a nuestro lado frunciendo el ceño. Nos íbamos ya, pero Mariko seguía con la mirada clavada en el puesto de *kujibiki*.

—Vamos —dijo Sachiko. Etsuko-San tiene que irse ya a casa.

—Quiero probar otra vez. La última.

Sachiko suspiró con impaciencia, después me miró. Encogí los hombros y reí.

—Está bien —dijo Sachiko. Prueba otra vez.

Algunas personas más se llevaron premios. Una de las veces, a una mujer joven le tocó una polvera, y era un regalo tan apropiado para ella que suscitó algunos aplausos. Al ver aparecer a Mariko por tercera vez, el hombre del pañuelo hizo otra de sus divertidas muecas.

—Bien, princesita, otra vez aquí. ¿Aún quieres la cesta? ¿Y no te gustaría más el osote de peluche?

Mariko no respondió, sólo esperó a que el hombre le tendiese la urna. Después de sacar el boleto, el hombre lo examinó detenidamente; acto seguido se volvió y miró hacia donde estaban expuestos los premios. Volvió a examinar el boleto y asintió con

la cabeza.

—No has ganado la cesta, pero te llevas... *un premio gordo*.

La gente irrumpió en risas y aplausos. El hombre se dirigió a la parte trasera del estrado y volvió con algo que parecía ser una gran caja de madera.

—Esto es para que tu madre guarde las verduras —proclamó el hombre a la multitud más que a Mariko, y sostuvo el premio en alto durante unos instantes. Sachiko a mi lado, empezó a reír muy fuerte y se sumó al aplauso general. Entre la multitud se formó un pasillo para dejar paso a Mariko con el premio.

Sachiko seguía riendo mientras nos alejábamos del gentío. Había reído tanto que se le habían saltado lágrimas de los ojos. Se pasó la mano para secárselas y se quedó mirando la caja.

—Qué aspecto tan extraño tiene esto —dijo pasándomela.

Era del tamaño de una caja de naranjas y sorprendentemente ligera. La madera era muy suave y sin barnizar. A un lado había dos paneles corredizos de tela metálica.

—Puede ser de gran utilidad —dije corriendo uno de los paneles.

—He ganado un premio gordo —dijo Mariko.

—Sí, bien hecho —dijo Sachiko.

—Una vez gané un kimono —me dijo Mariko. Fue en Tokio, una vez gané un kimono.

—Muy bien, y ahora has vuelto a ganar.

—Etsuko, ¿podrías llevarme el bolso? Así no me costaría tanto llevar esto a casa.

—He ganado un premio gordo —dijo Mariko.

—Sí, has estado genial —dijo su madre riendo un poco.

Nos alejamos del puesto de *kujibiki*. La calle estaba muy sucia, con el suelo lleno de periódicos viejos y de toda clase de basuras.

—Los gatitos pueden vivir ahí dentro, ¿no? —dijo Mariko. Podríamos meter unos trapos y así les serviría de casa.

Con una expresión de duda, Sachiko se quedó mirando la caja, que llevaba entre sus brazos.

—No sé si les gustaría mucho.

—Podría servirles de casa, y cuando vayamos a casa de Yasuko-San podríamos llevarlos ahí metidos.

Sachiko sonrió con cansancio.

—¿Verdad que sí, a que sí, madre? Podríamos llevarlos metidos ahí dentro.

—Sí, supongo que sí —dijo Sachiko. Está bien, irán ahí dentro.

—Entonces, ¿podemos quedarnos con los gatitos?

—Sí, podemos quedarnos con los gatitos. Estoy segura de que el padre de Yasuko-San no se opondrá.

Mariko salió corriendo y esperó a que la alcanzásemos.

—¿Entonces ya no tenemos que buscarles un hogar?

—No, ya no. Vamos a casa de Yasuko-San, de modo que nos quedaremos con los

gatitos.

—Entonces ya no tenemos que dárselos a nadie. Podemos quedarnos con todos y llevarlos en la caja, ¿verdad, madre?

—Sí —dijo Sachiko. Después echó la cabeza hacia atrás y empezó de nuevo a reír.

Recuerdo con frecuencia la cara de Mariko tal como la vi aquella tarde en el tranvía, de regreso a casa. Tenía la frente pegada al cristal de la ventanilla, mirando hacia fuera, y su rostro de chico quedaba reflejado en el traqueteo luminoso de la ciudad. Mariko estuvo callada durante todo el viaje a casa, y Sachiko y yo conversamos un poco. Me acuerdo que, llegado un momento, Sachiko preguntó:

—¿Crees que tu marido se enfadará contigo?

—Puede ser —dije sonriendo. Pero ya le advertí ayer que quizá llegaría tarde.

—Hoy he disfrutado mucho.

—Sí, por mí que se enfade. Yo lo he pasado muy bien.

—Tenemos que repetirlo, Etsuko.

—Sí, desde luego.

—¿Te acordarás de venir a verme cuando me haya mudado?

—Claro que sí.

Después nos quedamos un rato calladas. Un poco más tarde, justo cuando el tren comenzó a frenar para detenerse en una estación, Sachiko se sobresaltó. Se quedó mirando al fondo del vagón, a dos o tres personas cercanas a la salida. Allí había una mujer mirando a Mariko. Tendría unos treinta años, de cara delgada y expresión de cansancio. Lo más probable era que mirase a Mariko del modo más inocente, y a no ser por la reacción de Sachiko, dudo que hubiese despertado en mí la menor sospecha. Entre tanto, Mariko seguía mirando por la ventanilla, sin reparar lo más mínimo en la mujer.

La mujer advirtió que Sachiko la observaba y se dio la vuelta. El tren paró, se abrieron las puertas y la mujer salió del vagón.

—¿Conocías a esa mujer? —le pregunté tranquilamente.

Sachiko rió un poco.

—No, simplemente me he confundido.

—¿La has confundido con otra persona?

—Por un momento sí, pero en realidad no tenía ningún parecido.

Volvió a reír y a continuación miró hacia fuera para comprobar dónde nos encontrábamos.

Visto ahora, está bastante claro por qué Ogata-San se quedó aquel verano en casa tanto tiempo. Conocía muy bien a su hijo y debió intuir la estrategia que Jiro utilizaría para resolver el asunto del artículo de Shigeo Matsuda. Mi marido estaba esperando a que Ogata-San volviese a su casa en Fukuoka, y así el asunto caería en el olvido. Entre tanto, Jiro siguió mostrándose de acuerdo en que semejante afrenta al nombre de la familia debía ser tratada con rapidez y firmeza, que el asunto le afectaba a él tanto como a su padre y que le escribiría a su antiguo compañero de clase en cuanto tuviese tiempo. Y desde la perspectiva que dan los años, ahora veo que ésta era la reacción típica de Jiro ante cualquier posible enfrentamiento desagradable. Si años más tarde no se hubiese enfrentado a otro problema de ese mismo modo, quizá nunca me hubiese ido de Nagasaki. Pero en fin, esto no es más que una digresión.

Ya he referido antes algunos detalles acerca de la noche en que los colegas de mi marido aparecieron por casa borrachos e interrumpieron la partida de ajedrez entre Jiro y Ogata-San. Esa misma noche, mientras me preparaba para acostarme, sentí un fuerte deseo de hablar con Jiro sobre el asunto de Shigeo Matsuda. Aunque no era mi intención obligar a mi marido a escribir esa carta contra su voluntad, sí estaba cada vez más convencida de que Jiro debía aclararle mejor a su padre cuál era su postura al respecto. Sin embargo, aquella noche, como en ocasiones anteriores, me abstuve de cualquier comentario sobre el asunto. Por una parte, mi marido habría pensado que no era de mi incumbencia, y por la otra, a aquellas horas de la noche Jiro estaba siempre cansado y cualquier intento de entablar conversación le irritaba. De todas formas, en nuestra relación no cabía nunca una discusión abierta sobre cosas de ese tipo.

Durante todo el día siguiente, Ogata-San se quedó en casa y varias veces le vi estudiar la partida de ajedrez que, según él, había quedado interrumpida la noche anterior en un momento crucial, y aquella noche, una o dos horas después de haber cenado, volvió a sacar el tablero y empezó a estudiar de nuevo la situación de las piezas. Llegado un momento, levantó la mirada y le dijo a mi marido:

—Jiro, de modo que mañana es el gran día.

Jiro levantó la mirada del periódico y soltó una breve carcajada.

—Tampoco hay que exagerar —dijo.

—Vamos, hombre. Para ti es un gran día. Como es natural, has de esmerarte siempre al máximo en la empresa, pero yo pienso que cualquiera que sea el resultado, el hecho en sí ya es un triunfo. Representar a la empresa a ese nivel, sobre todo con el poco tiempo que llevas dentro, no es algo muy habitual, ni siquiera en nuestros días.

Jiro se encogió de hombros.

—Supongo que no. Claro que aunque mañana tenga un gran éxito, eso no garantiza que me asciendan. Aunque creo que el director está bastante contento con los esfuerzos que he hecho este año.

—En fin, yo me inclino a pensar que tiene mucha fe en ti. ¿Y cómo crees tú que

saldrá todo mañana?

—No habrá problemas, espero. A estas alturas, la cooperación es necesaria para todas las partes interesadas. Más que nada, se trata de sentar las bases para llegar a una verdadera negociación en otoño. Vamos, nada del otro mundo.

—Bueno, sólo hay que esperar a ver qué pasa. Y ahora, Jiro, ¿por qué no terminamos esta partida? Ya llevamos tres días con ella.

—¡Ah sí!, la partida. Pero, padre, ya sabe que aunque tenga un gran éxito mañana, eso no garantiza que vayan a ascenderme.

—Claro que no, Jiro, conozco el asunto. Yo mismo hice frente a una fuerte competencia durante toda mi carrera. Sé muy bien cómo va todo. A veces prefieren elegir a otros que, visto objetivamente, ni siquiera están a tu altura. Pero no dejes que esas cosas te desanimen. Sé constante y al final triunfarás. Y ahora, ¿qué tal si terminamos la partida?

Mi marido echó un vistazo al tablero, pero no hizo ningún ademán de acercarse.

—Si no recuerdo mal, estaba a punto de ganar —dijo.

—Bueno, estás en un rincón muy difícil, pero tienes una salida si sabes buscarla. ¿Te acuerdas, Jiro, de que cuando te enseñé este juego solía advertirte que no movieras las torres demasiado pronto? Pues bien, sigues cometiendo el mismo error. ¿Te das cuenta?

—Sí, las torres, es verdad.

—Y además, Jiro, creo que no piensas las jugadas. ¿Me equivoco? Con lo que yo me esforzaba en que planearas al menos tres jugadas por adelantado, ¿no te acuerdas? Sin embargo, tengo la impresión de que no lo estás haciendo.

—¿Tres jugadas por adelantado? Pues no, creo que no las he planeado. No puedo pretender ser un experto como usted, padre. De todas formas, creo que la victoria es suya.

—En efecto, Jiro. Lamentablemente, desde el inicio de la partida ha estado claro que no has pensado las jugadas. ¿Cuántas veces te lo habré dicho? Un buen jugador debe tener pensadas por lo menos tres jugadas.

—Sí, supongo.

—Por ejemplo, ¿por qué has puesto aquí este caballo? Pero, Jiro, ¿quieres mirar?, ni siquiera estás mirando. ¿Te acuerdas por qué has movido esta pieza?

Jiro lanzó una breve mirada hacia el tablero.

—Para serle sincero, no me acuerdo —dijo. Probablemente en aquel momento tuve una buena razón.

—¿Una buena razón? ¡Qué tontería, Jiro! Lo que he visto es que has pensado las primeras jugadas. Y en realidad, tenías un plan. Pero en cuanto te lo he desmontado, te has rendido y has empezado a mover sin ton ni son. ¿No recuerdas lo que te he dicho siempre? El ajedrez sólo consiste en mantener jugadas coherentes, pero no consiste en rendirse cuando el adversario te destruye un plan, al contrario, hay que poner en funcionamiento el siguiente plan. No se gana y se pierde una partida cuando

el rey se encuentra finalmente acorralado. La partida queda cerrada cuando el jugador se rinde al no tener ninguna estrategia en absoluto. Cuando sus soldados andan cada uno por un lado, cuando ya no hay causa común y se mueven sin ton ni son, entonces es cuando has perdido.

—Muy bien, padre. Lo reconozco, he perdido. Ahora, olvidémoslo, ¿vale?

Ogata-San me miró primero a mí, y después volvió a mirar a Jiro.

—Pero ¿qué forma de hablar es ésa? Hoy he estado estudiando muy bien la partida y tienes tres modos diferentes de escapar.

Mi marido bajó el periódico.

—Perdóneme si me equivoco —dijo—, pero me parece que usted mismo ha dicho que el jugador que no mantiene un juego coherente es inevitablemente el perdedor. Y bien, tal y como usted ha apuntado repetidas veces, he estado moviendo sin ton ni son, de modo que no tiene sentido el que continúe jugando. Y ahora discúlpeme, pero me gustaría terminar de leer este artículo.

—Pero eso es simple y llanamente darse por vencido. La partida no está perdida ni mucho menos, tal y como acabo de decirte. Ahora deberías planear una defensa para sobrevivir y volver a atacarme. Jiro, siempre has tenido una vena derrotista, siempre, incluso cuando eras niño. Tenía la esperanza de habértela quitado, pero después de todo este tiempo, veo que sigues igual.

—Discúlpeme, pero no sé que tiene que ver esto con el derrotismo, se trata simplemente de un juego.

—Es posible que se trate únicamente de un juego, pero un padre llega a conocer muy bien a su hijo y reconoce esa clase de rasgos indeseables cuando se presentan. Y ese rasgo de tu carácter es algo de lo que no me siento nada orgulloso, Jiro. En cuanto tu primera estrategia se ha venido abajo, te has rendido. Y ahora, cuando se te obliga a defenderte, te enfurruñas y te niegas a seguir jugando. A los nueve años, eras exactamente igual.

—Padre, eso que está usted diciendo no son más que tonterías. No puedo pensar todo el día en el ajedrez, tengo mejores cosas que hacer.

Jiro había hablado en un tono bastante alto, y Ogata-San pareció quedarse algo asombrado durante unos instantes.

—Quizá para usted esté muy bien, padre —prosiguió mi marido—, tiene todo el día para cavilar sus jugadas y sus tretas, pero en lo que a mí respecta, tengo mejores cosas en las que emplear mi tiempo.

Tras decir esto, mi marido volvió a coger el periódico. Su padre siguió mirándole fijamente, con cara de asombro, y al final empezó a reír.

—Vamos, Jiro —dijo—, estamos aquí gritándonos como un par de verduleras. —Volvió a soltar una carcajada. Como un par de verduleras.

Jiro no levantó la mirada del periódico.

—Vamos, Jiro, dejemos de discutir. Si no tienes ganas de acabar la partida, pues no la acabamos.

Mi marido seguía comportándose como si no le hubiese escuchado.

Ogata-San volvió a reír.

—Muy bien, tú ganas. No jugaremos más. Pero déjame enseñarte cómo podrías haber salido de ese rincón. Podrías haber hecho tres cosas. La primera es la más sencilla y no podría haber efectuado gran cosa para impedírtela. Mira, Jiro, pero mira aquí. Jiro, mira, mira lo que te estoy mostrando.

Jiro siguió ignorándole. Su aspecto era el de una persona solemnemente absorta en su lectura. Pasó una página y siguió leyendo.

Ogata-San asintió para sí mismo con una sonrisa silenciosa.

—Igual que cuando era un niño —dijo. Cuando no consigue lo que quiere, se enfurruña y ya no hay nada que hacer con él. —Dirigió su mirada hacia mí y rió de un modo extraño. Después se volvió hacia su hijo. Mira, Jiro, déjame enseñarte esto al menos, es lo más sencillo del mundo.

En un arrebato, mi marido tiró el periódico al suelo y se inclinó bruscamente hacia su padre. Fue evidente que su intención había sido la de volcar el tablero y tirar todas las piezas al suelo. Pero la torpeza de sus movimientos provocó que antes de darle un golpe al tablero, su pie volcara la tetera que tenía al lado. La tetera rodó hacia él, la tapadera saltó con un gran estruendo y el té se desparramó por todo el tatami. Jiro, sin saber muy bien qué había ocurrido, se dio la vuelta y observó el charco de té. Después se volvió de nuevo y lanzó una mirada furiosa contra el tablero. Aún le enfureció más ver que las piezas seguían en pie, cada una en su casilla, y por un instante pensé que intentaría tirarlas de nuevo. Sin embargo, se levantó, cogió bruscamente el periódico y desapareció de la habitación sin decir una palabra.

Me acerqué corriendo hacia la mancha de té. El cojín donde Jiro había estado sentado empezaba a empaparse de líquido. Lo quité y froté con una punta de mi delantal.

—Sigue siendo el mismo —dijo Ogata-San, con una ligera sonrisa dibujada en sus ojos. Los niños se hacen adultos pero cambian muy poco.

Me fui a la cocina a buscar un trapo. Cuando volví al salón, Ogata-San seguía sentado donde le había dejado, con la misma sonrisa en los ojos. Seguía con la mirada clavada en el charco de té y totalmente absorto en sus pensamientos. Su ensimismamiento era tal que vacilé por unos instantes, antes de arrodillarme a limpiar la mancha.

—No te preocupes, Etsuko —dijo al final. No tienes por qué preocuparte.

—No. —Seguí restregando el tatami.

—Bueno, supongo que no tardaremos en meternos en la cama. De vez en cuando, viene bien meterse pronto en la cama.

—Sí.

—No te preocupes, Etsuko. Mañana se le habrá pasado, ya verás. Estos arrebatos suyos los conozco muy bien. Claro que presenciar escenas así produce un poco de nostalgia. Me recuerda mucho cuando Jiro era pequeño. Sí, la verdad es que produce

mucha nostalgia.

Yo seguí restregando la mancha de té.

—Pero ahora, Etsuko —dijo—, no tienes por qué preocuparte.

Hasta la mañana siguiente no crucé ninguna palabra con mi marido. Se tomó el desayuno echando un vistazo de vez en cuando al periódico matutino, que le había puesto junto al bol. Habló muy poco y aunque su padre todavía no había aparecido, no hizo comentarios al respecto. Yo, por mi parte, estuve atenta a cualquier ruido proveniente de la habitación de Ogata-San, pero no oí ninguno.

—Espero que todo vaya bien hoy —dije después de haber permanecido los dos un rato en silencio.

Mi marido se encogió de hombros.

—Bueno, tampoco hay que darle tanta importancia al asunto —dijo. Después levantó la mirada hacia mí y añadió—: He estado buscando mi corbata de seda negra, pero no sé qué has hecho con ella. Preferiría que no revolvieras mis corbatas.

—¿La de seda negra? Está colgada con todas las demás.

—Acabo de mirar y no está. Preferiría que dejaras de manosearlas todo el tiempo.

—La de seda negra está colgada con todas las demás —dije. La planché antes de ayer porque sabía que la querías para hoy, pero me aseguré de dejarla en su sitio. ¿Seguro que no estaba?

Mi marido suspiró irritado y bajó la vista hacia el periódico.

—No importa —dijo. Esta servirá.

Siguió desayunando en silencio. Entretanto, Ogata-San no daba señales de vida. Al final me levanté y fui a escuchar a través de la puerta. Al no oír ningún ruido, después de estar ahí unos segundos, estuve a punto de abrirla, pero en ese momento mi marido se volvió y dijo:

—¿Pero se puede saber qué haces? No puedo pasarme aquí toda la mañana. —Me acercó su taza de té.

Volví a sentarme, le quité los platos sucios y le serví un poco más de té. Se lo tomó rápidamente, con la mirada puesta en la primera página del periódico.

—Hoy es un día importante para nosotros —dijo. Espero que todo salga bien.

—No hay que darle tanta importancia al asunto —dijo sin levantar la mirada.

Sin embargo, aquella mañana, antes de marcharse, se observó en el espejo de la entrada, arreglándose la corbata y pasándose la mano por la mandíbula para comprobar si se había afeitado correctamente. Después que se fue, me acerqué de nuevo a la puerta de la habitación de Ogata-San y agucé el oído, pero seguí sin oír nada.

—¿Padre? —dije en voz baja.

—¡Ah, Etsuko! —le oí decir desde dentro. Sabía que no me dejarías aquí tumbado en la cama.

Ya mucho más tranquila, me fui a la cocina a preparar más té y a continuación puse la mesa para el desayuno de Ogata-San. Cuando finalmente tomó asiento, dijo como sin darle importancia:

—Jiro ya se ha ido, supongo.

—Sí, hace un rato. He estado a punto de tirar su desayuno, padre. He pensado que estaría usted hoy muy perezoso como para levantarse antes del mediodía.

—Bueno, Etsuko. No seas cruel. Cuando se llega a mi edad, a uno le gusta tomarse las cosas con calma de vez en cuando. Además, el hecho de estar aquí con vosotros es para mí una especie de vacaciones.

—Bueno, por esta vez le perdono que esté usted tan perezoso.

—Cuando vuelva a Fukuoka, no tendré ocasión de quedarme así tumbado —dijo cogiendo los palillos. Acto seguido, dio un profundo suspiro. Me parece que ya va siendo hora de que vuelva.

—¿Volver ya? Pero no hay ninguna prisa, padre.

—De verdad, tengo que volver pronto. Me espera un montón de trabajo.

—¿Trabajo? Pero ¿de qué trabajo habla?

—Bueno, para empezar, tengo que renovar las mamparas de la terraza. Después están las rocas del jardín. Hace meses que me las mandaron y aún andan por el jardín, esperando. —Dio un suspiro y empezó a comer. Te aseguro que cuando vuelva, no voy a poder estar así tumbado.

—Pero no tiene usted ninguna necesidad de irse ya mismo, padre. Las rocas aún pueden esperar un poco más.

—Eres muy amable, Etsuko. Pero el tiempo apremia. ¿Sabes?, este otoño espero otra vez a mi hija y a su marido. Antes de que vengan, tengo que haber terminado todo el trabajo. El año pasado y el anterior, vinieron a verme en otoño, de modo que imagino que este año querrán venir otra vez.

—Ya.

—Sí, seguro que quieren venir otra vez este otoño. Es la mejor época para el marido de Kikuko. Y Kikuko me dice siempre en sus cartas que tiene mucha curiosidad por ver mi nueva casa.

Ogata-San asintió para sí mismo, y después siguió comiendo lo que le quedaba en el bol. Me quedé observándole durante unos instantes.

—En Kikuko tiene usted una hija muy fiel, padre —dije. Desde Osaka es un viaje largo. Debe echarle mucho de menos.

—Yo creo que de vez en cuando siente la necesidad de alejarse de su suegro. Si no, no me explico por qué viene de tan lejos.

—Es usted muy poco considerado, padre. Estoy segura de que le echa de menos. Le pienso contar lo que me está usted diciendo.

Ogata-San rió.

—Pero si es verdad. El viejo Watanabe manda sobre ellos como si fuese un general. Cuando vienen a mi casa, se pasan el tiempo hablando de que cada día es

más insoportable. A mí, personalmente, el viejo me cae bien, pero no se puede negar que es todo un general, de los de antes. Supongo que les gustaría tener algún sitio así, Etsuko, un piso como éste para ellos solos. No está mal del todo que las parejas jóvenes vivan separados de sus padres. Ahora cada vez hay más parejas así. Los jóvenes no quieren que unos viejos déspotas estén siempre dándoles órdenes.

Al parecer, Ogata-San se acordó de la comida que tenía en el bol y empezó a comer deprisa. Al terminar, se levantó y se acercó a la ventana. Se quedó de pie durante un rato, de espaldas a mí y mirando el paisaje. Después, corrió la ventana para dejar entrar más aire y respiró hondo.

—¿Le gusta su nueva casa, padre? —pregunté.

—¿Mi casa? Sí, claro. Como he dicho, necesita algunos retoques aquí y allá. Pero es mucho más acogedora. La casa de Nagasaki era demasiado grande para un viejo solitario como yo.

Siguió mirando por la ventana. Con la intensa luz de la mañana, lo único que podía distinguir de su cabeza y sus hombros era un contorno borroso.

—La antigua casa era muy agradable —dije. Cuando me coge de camino, aún me paro a contemplarla. De hecho, pasé por allí hace una semana al volver de casa de la Sra. Fujiwara.

Pensé que no me había oído, ya que siguió contemplando el paisaje en silencio. Pero al cabo de un rato dijo:

—¿Y qué aspecto tenía mi antigua casa?

—Estaba igual. Por lo visto, a los nuevos dueños les gusta la casa tal como usted la dejó.

Se volvió un poco hacia mí.

—¿Y las azaleas, Etsuko? ¿Seguían en el camino de entrada?

La claridad me impedía verle bien el rostro, pero por la voz supe que estaba sonriendo.

—¿Las azaleas?

—Bueno, en realidad no tienes por qué acordarte. —Se volvió hacia la ventana y abrió los brazos. Las planté el día en que por fin tomamos la decisión.

—¿Qué decisión?

—Que Jiro y tú os casaríais. Pero nunca te conté lo de las azaleas, por eso creo que es poco razonable por mi parte el esperar que te acuerdes de ellas.

—¿Plantó usted azaleas en mi honor? Fue un detalle muy bonito. Pero, creo que no me comentó usted nada.

—Pero, Etsuko, si tú misma las pediste. —Se había girado de nuevo hacia mí. De hecho, me ordenaste que las plantara en la entrada.

—¿Cómo? —dije riendo—, ¿que yo se lo ordené?

—Sí, me lo ordenaste. Como si yo hubiese sido un jardinero contratado. ¿No te acuerdas? Justo cuando yo pensaba que por fin estaba todo listo, e ibas a convertirte en mi nuera, me dijiste que faltaba algo, que nunca vivirías en una casa que no

tuviera azaleas en la entrada. Y que si yo no las plantaba todo quedaría suspendido. De modo que... ¿qué querías que hiciese? Me fui derecho a plantar azaleas.

Yo reí un poco.

—Ahora que lo dice —dije—, me acuerdo de algo. Pero qué tontería, padre. Yo nunca le obligué a hacerlo.

—Por supuesto que sí, Etsuko. Dijiste que no vivirías en una casa sin azaleas en la entrada. —Se apartó de la ventana y vino a sentarse de nuevo frente a mí. Sí, Etsuko, como un jardinero contratado.

Los dos reímos y empecé a servir el té.

—Las azaleas siempre han sido mis flores favoritas, ¿sabe? —dije.

—Sí, eso dijiste.

Acabé de servir el té y permanecimos un rato en silencio contemplando el humo que salía de las tazas.

—Por aquel entonces no tenía ni idea —dije—, de los planes de Jiro, quiero decir.

—Desde luego.

Me incliné y puse un plato de pastelitos al lado de su taza. Ogata-San se quedó mirándolos con una sonrisa en los labios. Finalmente dijo:

—Las azaleas crecieron muy bien, pero por supuesto, ya os habíais ido. Con todo, no está mal que las parejas vivan por su cuenta. Fíjate en Kikuko y en su marido. Les encantaría tener un piso propio, sin embargo, el viejo Watanabe no les deja ni que se lo planteen. ¡Vaya un viejo general!

—Ahora que lo pienso —dije—, la semana pasada había azaleas en la entrada. Los nuevos dueños deben pensar lo mismo que yo. Las azaleas son algo primordial en una entrada.

—Me alegro de que sigan ahí. —Ogata-San sorbió un poco de té. Después suspiró y dijo riendo—: Este Watanabe, ¡vaya un viejo general!

Poco después de desayunar, Ogata-San propuso ir a dar una vuelta por Nagasaki, «como los turistas», añadió. Me pareció muy buena idea y cogimos un tranvía que iba al centro. Que yo recuerde, pasamos un rato en una galería de arte, y después, poco antes del mediodía, fuimos a visitar el monumento a la paz, situado en un gran parque cerca del centro de la ciudad.

Al parque se le conocía comúnmente con el nombre de «El parque de la Paz», pero nunca llegué a saber si ése era su nombre oficial, y la verdad es que a pesar de la algarabía de los niños y los pájaros, en toda la extensión de césped reinaba una atmósfera de solemnidad. Se habían reducido al mínimo los adornos típicos como arbustos y fuentes, por lo que el parque daba una impresión de austeridad, con la hierba lisa, un cielo raso de verano, y el monumento, una estatua blanca impresionante en memoria de los muertos por la bomba atómica, que dominaba todo el entorno.

La estatua parecía un dios griego musculoso sentado con los brazos abiertos. Con la mano derecha señalaba hacia el cielo, de donde había caído la bomba. Con el otro

brazo, extendido hacia la izquierda, supuestamente ahuyentaba las fuerzas del mal. Tenía los ojos cerrados en oración.

Siempre he tenido la impresión de que la estatua tenía un aspecto bastante torpe, y nunca he sido capaz de asociarla a lo ocurrido el día en que cayó la bomba ni a los horribles días siguientes. Desde lejos, la estatua resultaba casi divertida, ya que parecía un guardia dirigiendo el tráfico. Para mí no era más que una estatua, y aunque mucha gente de Nagasaki la consideraba un símbolo sospecho que mi punto de vista era el más compartido. Y aún hoy, si por una casualidad me viene a la memoria la enorme estatua blanca de Nagasaki, recuerdo ante todo la visita que hice aquella mañana al Parque de la Paz con Ogata-San, y el episodio de la tarjeta postal.

«En foto no parece tan impresionante». Recuerdo que Ogata-San dijo estas palabras con la postal recién comprada en la mano. Nos encontrábamos a unos cincuenta metros de la estatua. «Hace bastante tiempo que tengo intención de enviar una tarjeta postal» siguió diciendo. «Aunque esté a punto de volver a Fukuoka, creo que todavía vale la pena enviarla. Etsuko, ¿tienes una pluma? Quizá lo mejor sería enviarla ahora mismo, si no, seguro que lo olvidaré».

Encontré una pluma en mi bolso y nos sentamos en un banco cercano. Sentí curiosidad cuando noté que Ogata-San miraba fijamente el espacio en blanco de la tarjeta con la pluma preparada, pero sin escribir. Le sorprendí una o dos veces echando un vistazo a la estatua como buscando inspiración. Finalmente le pregunté:

—¿Es para algún amigo de Fukuoka?

—Bueno, es sólo una persona que conozco.

—Parece usted culpable de algo —dije. Me pregunto a quién le estará escribiendo.

Ogata-San levantó los ojos con una mirada de asombro. Después soltó una fuerte carcajada.

—¿Culpable? ¿De veras?

—Sí, muy culpable. Me pregunto en qué líos se meterá usted cuando no hay nadie que le vigile, padre.

Ogata-San siguió riendo a carcajadas. Reía tanto que el banco se movió. Después se calmó un poco y dijo:

—Muy bien, Etsuko. Me has pillado. Me has pillado escribiéndole a mi «girl-friend» —empleó la palabra inglesa. Me has pillado con las manos en la masa. — Volvió a reír muy fuerte.

—Siempre he sospechado que padre llevaba una vida llena de placeres en Fukuoka.

—Sí, Etsuko —siguió riendo un poco—, una vida llena de placeres. —Acto seguido, respiró hondo y volvió a clavar su mirada en la postal. ¿Sabes?, en realidad no sé qué escribir. Quizá podría enviarla sin escribir nada. Después de todo, sólo quiero mostrarle qué aspecto tiene el monumento. Pero por otra parte, quizá resulte demasiado informal.

—Bueno, no puedo aconsejarle nada, padre, a menos que me revele quién es esa misteriosa dama.

—La misteriosa dama, Etsuko, es la dueña de un pequeño restaurante en Fukuoka. Como está muy cerca de mi casa, suelo ir a cenar allí. Hablo a veces con ella, es muy amable, y le prometí que le enviaría una postal del monumento a la paz. Me temo que no hay más que contar.

—Ya veo, padre. Sin embargo, aún tengo mis sospechas.

—Es una mujer mayor, muy amable, pero al cabo de un rato resulta pesada. Si soy el único cliente, se planta a mi lado y habla durante toda la comida. Por desgracia, en el barrio no hay otros sitios para comer que estén bien. ¿Ves, Etsuko? Si me enseñaras a cocinar, no tendría que soportar a personas así.

—Sería inútil —dije riendo. No aprendería nunca, padre.

—¡Qué tontería! Lo que ocurre es que temes que te supere. Etsuko, en eso eres muy egoísta. Y ahora, veamos —volvió a mirar la postal—, ¿qué podría contarle a la viejecita?

—¿Recuerda a la Sra. Fujiwara? —pregunté. Ahora lleva una casa de comidas. Cerca de su antigua casa, padre.

—Sí, eso he oído. Es una lástima. Alguien de su clase llevando una casa de comidas.

—¡Pero si le gusta!, y le sirve de distracción. A menudo me pregunta por usted.

—Es una lástima —volvió a decir. Su marido era un hombre muy distinguido. Yo sentía un gran respeto hacia él. Y ella ahora, llevando una casa de comidas. Increíble. —Movié la cabeza en un gesto de preocupación. Me gustaría ir a saludarla, pero supongo que para ella sería bastante molesto. En sus actuales circunstancias, quiero decir.

—Padre, la Sra. Fujiwara no se avergüenza lo más mínimo por llevar una casa de comidas. Al contrario, se siente muy orgullosa. Dice que siempre ha deseado dirigir un negocio, por humilde que sea. Yo creo que estaría encantada si usted fuese a hacerle una visita.

—¿Dices que su establecimiento está en Nakagawa?

—Sí, muy cerca de la antigua casa.

Ogata-San pareció quedarse pensativo un rato. Después se volvió hacia mí y dijo:

—Muy bien, Etsuko. Vamos a hacerle una visita.

Escribió rápidamente la postal y me devolvió la pluma.

—¿Quiere usted decir que vayamos ahora, padre? —Me quedé algo desconcertada ante una decisión tan repentina.

—Claro, ¿por qué no?

—Muy bien. Seguro que nos invita a comer.

—Sí, es posible. Pero no me gustaría humillar a la pobre mujer.

—Estará encantada de invitarnos a comer.

Ogata-San asintió y durante unos instantes se quedó en silencio. Después dijo en

tono serio:

—A decir verdad, Etsuko, hace tiempo que he estado pensando en ir a Nakagawa. Me gustaría hacerle una visita a cierta persona.

—¿Ah sí?

—Me pregunto si estará en su casa a estas horas.

—¿Y a quién quiere usted ir a ver ahora, padre?

—A Shigeo. Shigeo Matsuda. Hace algún tiempo que tengo intención de hacerle una visita. Quizá coma en casa a mediodía, en cuyo caso aún podría encontrarle. Me parece más conveniente que ir a molestarle a su escuela.

Contempló la estatua durante unos minutos, con una expresión en su rostro algo confusa. Yo permanecí callada con la mirada puesta en la postal, que Ogata-San hacía girar en sus manos. Finalmente, se dio unas palmadas en las rodillas y se puso en pie.

—Muy bien, Etsuko —dijo. Entonces hacemos eso. Primero veremos si está Shigeo y después iremos a hacerle una visita a la Sra. Fujiwara.

Debía de ser alrededor de las doce cuando cogimos el tranvía para Nakagawa. La atmósfera en el vagón, abarrotado de gente, era asfixiante, y fuera la típica muchedumbre de la hora del almuerzo llenaba las calles. Pero conforme nos alejábamos del centro de la ciudad, el número de pasajeros iba disminuyendo, y cuando el tranvía llegó a la estación término en Nakagawa, sólo quedábamos dentro unos pocos.

Al bajar del tranvía, Ogata-San se detuvo un momento y se pasó la mano por la barbilla. Era difícil saber si estaba saboreando la sensación de estar de nuevo en Nakagawa o si simplemente intentaba acordarse del camino a casa de Shigeo Matsuda. Nos encontrábamos en medio de una superficie de cemento, rodeados de vagones vacíos, y sobre nuestras cabezas todo un laberinto de cables negros cruzaban el aire. El sol brillaba con bastante fuerza, haciendo refulgir intensamente las planchas pintadas de los vagones.

—¡Qué calor! —exclamó Ogata-San mientras pasaba un pañuelo por su frente. A continuación, empezó a andar en dirección a una hilera de casas que comenzaba al otro extremo del recinto de tranvías.

El barrio no había cambiado demasiado a pesar de los años. Caminábamos por callejuelas que serpenteaban, subían y bajaban. Las casas, muchas de las cuales me eran todavía familiares, se alzaban allá donde el difícil terreno lo permitía. Algunas se asomaban inseguras sobre las pendientes y otras se apiñaban de modo casi inverosímil en las esquinas. En muchos balcones había sábanas y ropa tendida. Seguimos caminando por delante de otras casas más imponentes, pero no pasamos por la antigua casa de Ogata-San ni por la casa donde antaño viví con mis padres. Se me ocurrió que posiblemente Ogata-San había escogido adrede ese camino para evitarlas.

No creo que anduviésemos durante más de diez o quince minutos en total, pero el sol y las pendientes nos cansaron mucho. Al final nos detuvimos a mitad de un camino muy inclinado y Ogata-San me condujo hasta debajo de un árbol muy frondoso cuyas ramas colgaban sobre la acera, formando un cobijo. Después me señaló una casa antigua muy bonita al otro lado de la calle, con el techo inclinado y cubierto de tejas grandes al estilo tradicional.

—Ésa es la casa de Shigeo —dijo. Conocí muy bien a su padre, y que yo sepa su madre aún vive con él. —Después Ogata-San empezó a acariciarse la barbilla, igual que al bajar del tranvía. Me quedé callada, esperando.

—Es muy posible que no esté en casa —dijo Ogata-San. Y lo más seguro es que pase la hora del almuerzo en la sala de profesores con sus colegas.

Seguí esperando, en silencio. Ogata-San permaneció de pie a mi lado, contemplando la casa. Al fin dijo:

—Etsuko, ¿tienes idea de si queda muy lejos la casa de la Sra. Fujiwara?

—Sólo unos pocos minutos a pie.

—Ahora que lo pienso, quizá sería mejor que fueses tú delante y más tarde me reúna allí contigo. Quizá sea lo mejor.

—Muy bien, si es lo que usted desea.

—La verdad es que resulta muy poco cortés de mi parte.

—No soy ninguna inválida, padre.

Rió y volvió a mirar hacia la casa.

—Creo que será lo mejor —repitió—, ve tú delante.

—Muy bien.

—No creo que tarde mucho. La verdad es que... —miró de nuevo la casa—, bueno, ¿por qué no me esperas aquí hasta que llame al timbre? Si ves que entro, te vas a ver a la Sra. Fujiwara. En fin, creo que no es nada cortés por mi parte.

—No hay problema, padre. Pero ahora escuche con atención, de otro modo no encontrará usted la casa de comidas. ¿Se acuerda de dónde pasaba consulta el médico?

Pero Ogata-San ya no me escuchaba. Al otro lado de la calle se había abierto la puerta, y en la entrada había aparecido un hombre con gafas. Iba en mangas de camisa y llevaba un pequeño portafolios bajo el brazo. Avanzó unos pasos y la luz del sol le hizo entornar los ojos. Después se inclinó un poco y empezó a hurgar en su portafolios. Shigeo Matsuda parecía más delgado y más joven de lo que yo le recordaba, de las pocas veces que le había visto en épocas pasadas.

Shigeo Matsuda cerró su portafolios. Después, mirando a su alrededor, vino caminando hacia el lado de la calle donde estábamos nosotros. Se nos quedó mirando un instante pero, al no reconocernos, siguió andando.

Ogata-San le vio pasar de largo. Cuando el joven Shigeo ya estaba a varios metros de distancia, le gritó:

—¡Eh! ¡Shigeo!

Shigeo Matsuda dejó de andar y se giró. Luego vino hacia nosotros con expresión confusa.

—¿Cómo estás, Shigeo?

El joven aguzó la vista a través de sus gafas y soltó una alegre carcajada.

—¡Hombre, Ogata-San! Esto sí que es una sorpresa. —Hizo una reverencia y tendió la mano. ¡Qué magnífica sorpresa! ¿Cómo?, pero si es Etsuko-San. ¿Cómo está usted? ¡Cuánto me alegro de volver a verles!

Nos hicimos las reverencias y Shigeo nos dio la mano a ambos. A continuación le dijo a Ogata-San:

—¿Acaso tenían intención de visitarme? ¡Qué mala suerte! Mi hora del almuerzo ya casi ha pasado. —Eché un rápido vistazo a su reloj. De todas formas, podríamos entrar en casa unos minutos.

—De ningún modo —se apresuró a decir Ogata-San. No quisiéramos distraerte de tu trabajo. Sólo ha sido que al pasar por esta calle, he recordado que vivías aquí, y ahora estaba enseñándole tu casa a Etsuko.

—Se lo ruego, aún me quedan unos minutos. Déjenme ofrecerles una taza de té por lo menos; aquí fuera el aire es sofocante.

—De ningún modo. Tienes que ir a trabajar.

Ambos se quedaron mirándose un rato.

—¿Qué tal va todo, Shigeo? —preguntó Ogata-San. ¿Qué tal la escuela?

—Igual que siempre. Usted ya sabe lo que es eso. Y usted, Ogata-San... ¿disfrutando de la jubilación?, espero. No tenía ni idea de que se encontrase en Nagasaki. Jiro y yo ya no nos vemos tan a menudo. —Después se volvió hacia mí y dijo: —Siempre me digo, voy a escribirles, pero con la cabeza que tengo.

Sonreí e hice un comentario amable. Después los dos hombres volvieron a mirarse.

—Tiene usted un aspecto formidable, Ogata-San —dijo Shigeo Matsuda. ¿Se encuentra a gusto en Fukuoka?

—Sí, es una ciudad muy bonita. Allí es donde nací, ¿lo sabías?

—¿De veras?

Después de otra pausa, Ogata-San dijo:

—Pero no te retrases por nosotros. Si tienes que irte ya, no hay problema.

—En absoluto, aún me quedan unos minutos. Es una lástima que no hayan pasado

un poco antes. Me encantaría volver a verle antes de que deje usted Nagasaki.

—Sí, intentaré hacerte una visita. Aunque tengo que ver a tanta gente todavía.

—Claro, ya lo imagino.

—¿Y qué tal anda tu madre?

—Muy bien, gracias.

Volvieron a quedarse en silencio un rato.

—Me alegro de que todo te vaya tan bien —dijo Ogata-San finalmente. Como te digo, pasábamos por esta calle y le estaba contando a Etsuko-San que vivías aquí. De hecho, me estaba acordando de cuando tú y Jiro erais unos crios y venías a jugar a casa.

Shigeo Matsuda rió.

—El tiempo pasa volando, ¿verdad? —dijo.

—Sí, lo mismo le estaba diciendo a Etsuko. En realidad, estaba a punto de contarle algo curioso. Se me ha pasado por la cabeza al ver tu casa. No es nada, una cosa curiosa.

—¿Cuál, si puede saberse?

—Bueno, me he acordado al ver tu casa. Sabes, el otro día leí algo. Un artículo de una revista. Me parece que el nombre era «Compendios sobre nueva educación».

Shigeo permaneció callado unos momentos, después cambió de postura y dejó su portafolios en el suelo.

—Ya veo —dijo.

—Lo que leí me sorprendió bastante. En realidad, me quedé bastante asombrado.

—Sí, ya lo imagino.

—No podía creerlo, Shigeo. De verdad que resultaba increíble.

Shigeo Matsuda respiró hondo y miró al suelo. Asintió con la cabeza, pero no pronunció palabra.

—Hace ya varios días que quería comentártelo —prosiguió Ogata-San. Pero, claro, se me ha ido pasando. Dime la verdad, Shigeo, ¿realmente crees en todo lo que escribiste? Cuéntame, ¿qué te llevó a escribir cosas semejantes? Explícamelo, Shigeo, y después podré volver a Fukuoka con la mente tranquila. En estos momentos, me encuentro muy confuso.

Con la punta del zapato, Shigeo Matsuda le daba pataditas a una piedra. Finalmente suspiró, miró a Ogata-San y se ajustó las gafas.

—Durante estos últimos años han cambiado muchas cosas —dijo.

—Claro, sin duda han cambiado. Eso ya lo sé, pero ¿qué tipo de respuesta es ésa, Shigeo?

—Ogata-San, déjeme explicarle. —Hizo una pausa y volvió a mirar el suelo. Se rascó la oreja uno o dos segundos. Compréndalo. Muchas cosas han cambiado y siguen cambiando. Hoy en día, ya no es como cuando... cuando usted era una personalidad influyente. Vivimos en otra época.

—Pero, Shigeo, ¿y todo eso qué tiene que ver? Las cosas pueden cambiar, pero

¿escribir semejante artículo? ¿Alguna vez he hecho algo que te haya ofendido?

—Nunca. Al menos, a mí personalmente, no.

—Eso creo yo. ¿Te acuerdas el día en que te presenté al director de tu escuela? No hace tanto, ¿te acuerdas? ¿O era también otra época?

—Ogata-San, —Shigeo Matsuda había levantado el tono de voz y adoptó un aire de autoridad—, Ogata-San, lo único que siento es que no haya venido usted una hora antes. Entonces podría explicárselo mucho mejor. Ahora no hay tiempo para hablar de todo eso. Pero déjeme decirle una cosa. Sí, creía en todo lo que escribí en ese artículo y aún sigo creyéndolo. En su época, a los niños japoneses se les enseñaban cosas horribles. Se les enseñaban mentiras muy peligrosas. Y lo que es peor, se les enseñaba a no ver y a no hacer preguntas, y por este motivo el país se vio inmerso en el peor infierno de toda su historia.

—Perdimos la guerra —replicó Ogata-San—, pero no es razón para que tengamos que imitar las costumbres del enemigo. Perdimos la guerra porque nos faltaron armas y tanques, no porque nuestro pueblo fuese cobarde o porque nuestra cultura no tuviese fundamento. Shigeo, no te haces idea de cuánto trabajamos hombres como yo y hombres como el Dr. Endo, al que también insultas en tu artículo. Nuestra más profunda preocupación fue siempre este país, y trabajamos muy duro para conservar y transmitir los más justos valores.

—De eso no cabe duda. No dudo de que fuesen hombres honestos y se afanaran en su trabajo. Eso nunca lo he cuestionado ni por un instante. Lo que ocurre es que enfocaron sus energías en una dirección errónea, en una dirección diabólica. Ustedes no eran conscientes de ello, pero me temo que ésa es la verdad. Ahora todo forma ya parte del pasado, y lo único que nos queda es estar agradecidos.

—Es increíble, Shigeo. ¿De verdad estás convencido de lo que dices? ¿Quién te ha enseñado a hablar de ese modo?

—Ogata-San, sea sincero consigo mismo. En lo más profundo de su corazón, sabe que estoy diciendo la verdad. Para ser justos, digamos que no se le puede culpar por las consecuencias de actos de los que usted mismo no era consciente. Entonces, muy pocos hombres llegaron a intuir adonde nos conduciría todo aquello, y a esos hombres se les encarceló por decir lo que pensaban. Pero ahora, ahora están libres y nos conducirán a un nuevo amanecer.

—¿Un nuevo amanecer? ¿Pero qué tonterías estás diciendo?

—Es hora de irme. Siento no tener más tiempo para seguir hablando.

—¿Qué ocurre, Shigeo? ¿Cómo puedes hablar así? Es evidente que no tienes idea de los esfuerzos y la dedicación que pusieron en su trabajo hombres como el Dr. Endo. ¿Cómo puedes hablar de aquella época si no eras más que un niño? ¿Cómo puedes saber lo que dimos y lo que conseguimos?

—Pues ocurre que sí conozco muy bien algunos aspectos de su carrera, como por ejemplo, los cinco profesores del Nishizaka que fueron despedidos y encarcelados en abril de 1938, si no me equivoco. Pero ahora, esos hombres están libres y nos

ayudarán a conseguir un nuevo amanecer. Ahora le ruego que me disculpe. —Cogió su portafolios e hizo una reverencia ante cada uno de nosotros. Salude a Jiro de mi parte —añadió. Y acto seguido dio la vuelta y se marchó.

Ogata-San vio a Shigeo bajar la cuesta y desaparecer. Durante varios minutos se quedó allí plantado, sin hacer comentarios. Luego cuando se volvió hacia mí, en sus ojos tenía dibujada una sonrisa.

—¡Qué seguros están de sí estos jóvenes! —dijo. Supongo que yo era igual. Muy seguro de mis opiniones.

—Padre —dije yo—, quizá sería mejor que fuésemos a ver a la Sra. Fujiwara. Ya va siendo hora de comer.

—Claro, Etsuko. ¡Qué poca consideración la mía!, hacerte estar aquí de pie, con este calor. Sí, vayamos a ver a la buena mujer. Me alegrará mucho volver a verla.

Bajamos la colina y cruzamos un puente de madera sobre un río muy estrecho. Debajo de nosotros, había unos niños jugando en las márgenes del río, algunos con cañas de pescar. En un momento determinado le dije a Ogata-San:

—Pero qué tonterías ha dicho.

—¿Quién? ¿Te refieres a Shigeo Matsuda?

—¡Qué infamias! No debería usted hacer el menor caso, padre.

Ogata-San rió, pero no hizo comentarios.

Como siempre a esas horas, la zona de tiendas del barrio estaba atestada de gente. Cuando llegamos a la casa de comidas, me alegró ver que en el patio sombreado de delante había varias mesas ocupadas. Al vernos, la Sra. Fujiwara cruzó el patio.

—¡Pero si es Ogata-San! —exclamó al reconocerle inmediatamente—, es fantástico volver a verle. ¡Ha pasado tanto tiempo!

—Es verdad, mucho tiempo. —Ogata-San le devolvió la reverencia a la Sra. Fujiwara. Sí, mucho tiempo.

Que yo supiera, Ogata-San y la Sra. Fujiwara nunca habían sido grandes amigos, y aquel saludo tan afectuoso me impresionó. Antes de que la Sra. Fujiwara fuera a traernos algo de comer, aún se intercambiaron lo que pareció una serie interminable de reverencias.

Al poco rato vino con dos tazones humeantes y pidió disculpas por no poder ofrecernos algo mejor. Ogata-San hizo una reverencia en señal de agradecimiento y empezó a comer.

—Pensé que ya se habría olvidado usted de mí, Sra. Fujiwara —apuntó Ogata-San con una sonrisa. La verdad es que ha pasado mucho tiempo.

—Me produce tanto placer volver a verle —dijo la Sra. Fujiwara sentándose en la orilla de mi banco. Me ha contado Etsuko que vive usted ahora en Fukuoka. He estado allí varias veces. Es una ciudad muy agradable, ¿verdad?

—Sí, es cierto. Fukuoka es mi ciudad natal.

—¿Fukuoka es su ciudad natal? Pero usted vivió y trabajó aquí durante muchos años. De modo que algún derecho tendremos aquí en Nagasaki sobre usted, ¿no cree?

Ogata-San rió e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Aunque un hombre trabaje y se entregue a un lugar determinado, al final —se encogió de hombros y sonrió pensativo—, al final lo que desea es volver al lugar que le vio nacer.

La Sra. Fujiwara asintió corroborando sus palabras. Después dijo:

—Ogata-San, me estaba acordando de cuando fue usted director del colegio al que iba Suichi. ¡Le tenía a usted miedo!

Ogata-San rió.

—Sí, me acuerdo muy bien de su hijo Suichi. Era un muchachito brillante. Muy brillante.

—¿Aún lo recuerda? ¿De verdad, Ogata-San?

—Claro que sí. Suichi era muy trabajador, y muy buen chico.

—Sí, era muy buen chico.

Ogata-San señaló el tazón con sus palillos.

—Esto es exquisito, de verdad —dijo.

—Bobadas. Siento no tener nada mejor que ofrecerles.

—De veras que es delicioso.

—Una cosa —dijo la Sra. Fujiwara. En aquella época había una profesora muy buena con Suichi. ¿Pero cómo se llamaba? Suzuki, creo que ése era su nombre, la Srta. Suzuki. ¿Sabe usted algo de ella?

—¿La Srta. Suzuki? Ah, sí, la recuerdo muy bien. Pero no sabría decirle dónde puede estar ahora.

—Era muy buena con Suichi. Y había otro profesor, su nombre era Kuroda. Un joven excelente.

—Kuroda... —Ogata-San asintió con la cabeza lentamente. Ah, sí, Kuroda. Le recuerdo. Un magnífico profesor.

—Sí, qué gran persona, ese joven. Mi marido le admiraba mucho. ¿Sabe qué ha sido de él?

—Kuroda... —Ogata-San siguió asintiendo para sí mismo. Un rayo de sol cruzó por su cara e iluminó las numerosas arrugas que rodeaban sus ojos. Kuroda... veamos, casualmente me topé con él una vez. Fue al principio de la guerra. Me imagino que marchó al frente. Desde entonces, no he sabido nada de él. Sí, era un profesor magnífico. Hay muchas personas de aquella época de las que no he vuelto a saber nada.

Alguien llamó a la Sra. Fujiwara desde el otro extremo del patio, y ésta se acercó rápidamente a la mesa de su cliente. Estuvo haciendo reverencias unos instantes, retiró algunos platos de la mesa y, entrando en la cocina, desapareció.

Ogata-San, que la había observado, movió la cabeza:

—Me da mucha lástima verla así —dijo en voz baja. Yo no hice comentarios y

seguí comiendo. Ogata-San se inclinó entonces por encima de la mesa y me preguntó —: Etsuko, ¿cómo dices que se llamaba su hijo? Me refiero al que todavía vive.

—Kazuo —le susurré.

Asintió y volvió a concentrarse en su plato de comida.

Un rato después regresó la Sra. Fujiwara.

—Me avergüenza no tener nada mejor que ofrecerles —dijo.

—¿Pero qué tontería! —dijo Ogata-San—, esto está buenísimo. ¿Y qué tal le va a Kazuo-San?

—Muy bien. Disfruta de buena salud y le gusta su trabajo.

—Entonces, magnífico. Etsuko me estaba contando que trabaja para una empresa de automóviles.

—Sí, le va muy bien. Y lo que es más, está pensando en volver a casarse.

—¿De verdad?

—Antes decía que nunca volvería a casarse, pero ya empieza a pensar en el futuro. Todavía no sabe con quién, pero al menos ya ha empezado a pensar en el futuro.

—Me parece muy razonable —dijo Ogata-San. Aún es muy joven, ¿no?

—Por supuesto. Aún tiene toda la vida por delante.

—Claro que sí. Toda la vida por delante. Tiene que encontrarle usted una buena chica, Sra. Fujiwara.

La mujer rió.

—No crea que no lo he intentado ya. Pero las chicas de hoy son tan distintas. Es sorprendente cómo todo ha cambiado en tan poco tiempo.

—En eso tiene usted mucha razón. Las jóvenes de hoy son muy obstinadas. Continuamente están hablando de lavadoras y de vestidos americanos. No crea usted que Etsuko es diferente.

—Vamos, padre, no diga tonterías.

La Sra. Fujiwara volvió a reír, y luego dijo:

—Me acuerdo que la primera vez que oí hablar de una lavadora no podía creerme que alguien deseara semejante trasto. Gastarse tanto dinero teniendo dos manos para trabajar. Creo que Etsuko no estará de acuerdo conmigo.

Estuve a punto de decir algo, pero Ogata-San se adelantó:

—Le contaré algo que oí el otro día —dijo. Un hombre, un colega de Jiro concretamente, me contó lo siguiente. Por lo visto, en las últimas elecciones, su esposa y él no llegaron a ponerse de acuerdo sobre a qué partido votar. Hasta tuvo que pegarle, pero ella no cedió. De modo que al final votaron a partidos diferentes. ¿Cree usted que antiguamente hubiese ocurrido algo así? Es increíble.

La Sra. Fujiwara meneó la cabeza.

—Las cosas han cambiado mucho —dijo, y suspiró. He sabido por Etsuko que a Jiro-San le va espléndidamente. Se sentirá usted orgulloso de él, Ogata-San.

—Sí, creo que al chico le va bastante bien. De hecho, hoy tenía que representar a

su empresa en una reunión muy importante. Parece que están pensando en ascenderle otra vez.

—¡Vaya!, es fantástico.

—Hace sólo un año que le ascendieron. Me imagino que sus superiores le tienen en muy buen concepto.

—Es fantástico. Se sentirá usted muy orgulloso de él.

—Es un trabajador nato. Ya desde pequeño. Me acuerdo que cuando era un muchacho y todos los padres iban detrás de sus hijos diciéndoles que trabajaran más, yo tenía que decirle a Jiro que jugara más.

La Sra. Fujiwara rió y meneó la cabeza.

—Sí, Kazuo también es muy trabajador —dijo. Muchas veces se queda repasando sus papeles hasta bien entrada la noche y tengo que decirle que no trabaje tanto, pero no me hace caso.

—No, nunca hacen caso. Y debo admitir que yo era igual. Cuando uno cree en lo que hace, no se tienen ganas de perder el tiempo. Mi mujer siempre me decía que descansara un poco, pero yo nunca le hacía caso.

—Sí, igual que Kazuo. Pero si vuelve a casarse, tendrá que cambiar de costumbres.

—Pues con eso no cuente —dijo Ogata-San riendo. Después puso los dos palillos con todo cuidado encima del tazón.

—La comida ha sido excelente.

—No diga tal cosa. Lamento de verdad no haberles podido ofrecer algo mejor. ¿Les apetece un poco más?

—Si aún sobra un poco, me encantaría repetir. ¿Sabe?, ahora mismo tengo que aprovecharme cada vez que la comida es buena.

—No diga tal cosa —repitió la Sra. Fujiwara poniéndose en pie.

Acabábamos de regresar a casa cuando Jiro volvió del trabajo, más o menos una hora antes de lo habitual. Al parecer, ya había olvidado el ataque de ira de la noche anterior, y antes de tomar el baño saludó alegremente a su padre. Volvió a aparecer un poco más tarde, en kimono y tarareando una canción. Se sentó en un cojín y empezó a secarse el pelo con una toalla.

—Bueno, ¿qué tal ha ido todo? —preguntó Ogata-San.

—¿El qué? ¡Ah!, te refieres a la reunión. No ha estado mal. No, nada mal.

Estaba a punto de meterme en la cocina, pero me detuve en el umbral y esperé a oír lo que Jiro tenía que contar. Su padre también se quedó mirándole, pero Jiro siguió secándose el pelo con la toalla un rato más, sin mirarnos.

—De hecho —dijo por fin—, creo que he estado bastante bien. He convencido a los demás representantes para que firmen un acuerdo. No es exactamente un contrato, pero a todos los efectos resulta lo mismo. Mi jefe se ha quedado un tanto sorprendido.

No suelen comprometerse de ese modo. Me dijo que me tomara el resto del día libre.

—Pero qué buenas noticias —dijo Ogata-San, y después rió. Me miró primero a mí y después a su hijo. Sí, son muy buenas noticias.

—Enhorabuena —dije sonriendo a mi marido—, ¡cuánto me alegro!

Jiro levantó la mirada como si acabara de darse cuenta de mi presencia.

—¿Pero qué estás haciendo ahí parada? —preguntó. No me importaría tomar un poco de té, ¿sabes? —Dejó a un lado la toalla y empezó a peinarse.

Aquella noche, para celebrar el éxito de Jiro, preparé una comida más elaborada que de costumbre. Ogata-San no hizo ningún comentario sobre su encuentro aquel día con Shigeo Matsuda, ni durante la cena, ni tampoco durante el resto de la velada. Sin embargo, nada más empezar a comer, dijo de repente:

—Bueno Jiro, mañana me voy.

Jiro levantó la mirada.

—¿Que ya se va? Es una lástima. Bueno, espero que haya disfrutado usted aquí.

—Sí, he descansado mucho. La verdad es que he estado con vosotros más tiempo del que pensaba.

—Usted es siempre bien recibido, padre —dijo Jiro. Le aseguro que no tiene por qué apresurarse.

—Gracias, pero tengo que regresar ya a casa. Tengo algunas cosas de las que ocuparme.

—Cuando lo crea oportuno, le ruego que nos visite de nuevo.

—Padre —dije—, tendrá que venir cuando nazca el niño.

Ogata-San sonrió.

—Siendo así, quizá para Año Nuevo —dijo. Hasta entonces no te molestaré, Etsuko. En tus brazos ya tendrás bastante trabajo, eso sin contar con el que yo te dé.

—Es una lástima que me haya cogido ahora que estoy tan ocupado —dijo mi marido. Quizá la próxima vez no esté tan atareado y tengamos más tiempo para hablar.

—No te preocupes, Jiro. Nada me ha gustado tanto como ver cuánto te entregas al trabajo.

—Ahora que ya ha pasado este asunto del convenio —dijo Jiro—, tendré más tiempo. Es una lástima que tenga que volverse ya a casa. Estaba pensando incluso en tomarme un par de días libres. En fin, qué se le va a hacer.

—Padre —dije interrumpiendo—, si Jiro coge unos días libres, ¿no podría quedarse usted otra semana?

Mi marido dejó de comer, pero no levantó la mirada.

—Sí, es muy tentador —dijo Ogata-San—, pero de verdad creo que ya es hora de regresar a casa.

Jiro siguió comiendo.

—Es una lástima —dijo.

—Sí, tengo que arreglar la terraza antes de que vengan Kikuko y su marido. Lo

más seguro es que quieran visitarme este otoño.

Jiro no dijo nada y durante un rato los tres comimos en silencio. Después, Ogata-San dijo:

—Además, no puedo pasarme el día aquí sentado pensando en el ajedrez. —Rió de un modo un tanto extraño.

Jiro asintió con la cabeza, pero no hizo ningún comentario. Ogata-San volvió a reír y después seguimos comiendo en silencio durante un rato.

—Padre, ¿sigue bebiendo usted sake? —preguntó Jiro.

—¿Sake? Tomo un poco de vez en cuando. Pero no muy a menudo.

—Pues ya que hoy es su última noche con nosotros, podríamos tomar un poco de sake.

Ogata-San se quedó unos momentos pensativo. Luego dijo sonriendo:

—No hay que organizar nada especial para un anciano como yo, pero beberé contigo por tu excelente futuro.

Jiro me hizo un gesto afirmativo. Fui al armario y saqué una botella y dos copas.

—Siempre he pensado que llegarías lejos —dijo Ogata-San. Siempre has demostrado buenas aptitudes.

—Lo ocurrido hoy no quiere decir que tenga el ascenso asegurado —dijo mi marido. Sin embargo, creo que mis esfuerzos de hoy serán muy positivos.

—En efecto —dijo Ogata-San. No me cabe la menor duda de que lo serán.

Los dos me observaron en silencio mientras servía el sake. Después Ogata-San dejó los palillos y levantó su copa.

—Por tu futuro, Jiro —dijo.

Mi marido, que aún tenía algo de comida en la boca, también levantó su copa.

—Y por el suyo, padre —dijo.

Ya sé que no se puede confiar del todo en los recuerdos. A menudo las circunstancias en que los rememoramos los tiñen de matices diferentes, y no hay duda de que esto afecta también a algunos de los hechos evocados aquí. Por ejemplo, me resulta tentador convencerme a mí misma de que lo que aquella tarde experimenté fue una premonición, que la desagradable visión que aquel día pasó por mi mente fue algo muy distinto, algo mucho más vivo e intenso, que esa infinidad de imágenes que cruzan sin rumbo nuestra imaginación en las interminables horas muertas del día.

En cualquier caso, quizá no fuera algo tan especial. La tragedia de la niña que fue descubierta ahorcada de un árbol, aún más que la de los primeros niños asesinados, provocó una gran conmoción en el vecindario, por lo que aquel verano no debí ser la única en verse afectada por estas visiones.

Fue a últimas horas de la tarde, uno o dos días después de nuestra excursión a Inasa. Me encontraba en casa ocupada en algunos quehaceres sin importancia, cuando sin saber por qué, eché un vistazo por la ventana. El descampado debía de haberse

endurecido bastante desde la primera vez que me había fijado en el gran coche americano, ya que aquel día lo vi desplazarse por los altibajos del terreno sin excesivas dificultades. Se fue acercando cada vez más, hasta subir a la superficie de cemento que había debajo de mi ventana. Los reflejos del parabrisas me impedían ver con claridad, pero tuve la impresión de que el conductor no iba solo. El coche dio la vuelta al edificio y desapareció de mi vista.

Tuvo que ser entonces cuando sucedió, justo en el momento en que me quedé observando el caserón con la mente un tanto confusa. Sin motivo aparente, me asaltó aquella imagen escalofriante, y con una sensación de inquietud me aparté de la ventana. Volví a mis quehaceres domésticos intentando alejar de mi mente aquella imagen, pero no me vi libre de ella hasta pasado un buen rato, tras el cual pude considerar la reaparición del gran coche blanco.

Una hora después, más o menos, vi una silueta que cruzaba el descampado en dirección al caserón. Me hice sombra con la mano para ver mejor. Se trataba de una mujer de silueta delgada que caminaba a ritmo lento y pausado. La persona se quedó fuera del caserón unos instantes y, acto seguido, desapareció tras el tejado inclinado. Seguí observando, pero la mujer no reapareció. Era evidente que había entrado en el caserón.

Permanecí un rato en la ventana sin saber qué hacer. Finalmente me calcé unas sandalias y salí fuera. Era la hora del día en que más aprieta el calor y, aunque sólo me separaban del caserón unos cuantos metros de tierra seca, el camino me pareció una eternidad. La caminata me produjo tal cansancio que al llegar casi no recordaba por qué estaba allí. Por eso, al oír voces que venían de dentro, reaccioné inmediatamente. Una de las voces era la de Mariko, la otra no la reconocí. Me acerqué un poco más a la entrada pero no pude descifrar lo que decían. Permanecí así un rato, sin saber exactamente qué hacer. Entreabrí la puerta y pregunté quién había dentro. Dejé de oír las voces. Esperé otro instante y a continuación entré.

Después de la luminosidad de fuera, el interior del caserón parecía frío y oscuro. La luz del sol penetraba bruscamente por estrechas rendijas e iluminaba el tatami haciendo pequeños lunares. El olor a madera húmeda era tan intenso como de costumbre.

Mis ojos tardaron uno o dos segundos en acostumbrarse a aquella oscuridad. Había una anciana sentada en el tatami y Mariko estaba frente a ella. Al volverse a mirarme, la anciana movió la cabeza con cuidado, como temiendo romperse el cuello. Su rostro estaba demacrado y tenía una palidez caliza que en un primer momento me acobardó. Parecía de unos setenta años aunque la fragilidad de su cuello y sus hombros podía deberse tanto a una salud delicada como a la edad. Su kimono era de un color oscuro y apagado, de los que se lleva cuando se está de luto. Tenía bolsas en los ojos, y me observaba sin manifestar ninguna emoción.

—Buenos días —dijo al final.

Hice una ligera reverencia y devolví el saludo. Durante unos instantes nos observamos con cierto recelo.

—¿Es usted una vecina? —preguntó la anciana. Pronunciaba sus palabras lentamente.

—Sí —dije yo. Una amiga.

Siguió mirándome un rato, después me preguntó:

—¿Tiene idea de dónde puede haber ido la persona que vive aquí? Ha dejado sola a la niña.

Mariko había cambiado de posición y ahora se encontraba al lado de la mujer desconocida. En el momento en que la anciana me hizo esta pregunta, la niña me observó atentamente.

—No, no tengo la menor idea —dije.

—¡Qué extraño! —dijo la mujer—, al parecer la niña tampoco lo sabe. Me pregunto dónde estará. No puedo quedarme mucho tiempo.

Las dos volvimos a mirarnos durante unos instantes.

—¿Viene usted de lejos? —pregunté.

—Sí, de bastante lejos. Discúlpeme usted por este aspecto, pero vengo de asistir a un funeral.

—Ya veo —volví a hacer una reverencia.

—Algo muy lastimoso —dijo la anciana, asintiendo lentamente con la cabeza para sí misma. Se trataba de un antiguo colega de mi padre. Mi padre está demasiado enfermo para salir de casa. Me ha enviado a dar el pésame de su parte. Fue algo muy lastimoso. —Eché un vistazo a su alrededor, por todo el caserón, moviendo la cabeza con el mismo cuidado de antes. ¿No tiene usted idea de dónde está la mujer que vive aquí?

—No, me temo que no.

—No puedo esperar mucho tiempo. Mi padre empezará a impacientarse.

—¿Quiere dejarle algún recado? —pregunté.

La anciana no respondió, y al cabo de un rato dijo:

—Quizá podría decirle que he venido y preguntado por ella. Soy pariente suya. Mi nombre es Yasuko Kawada.

—¿Yasuko-San? —Me esforcé por disimular mi sorpresa. ¿Es usted Yasuko-San, la prima de Sachiko?

La anciana hizo una reverencia y al hacerlo sus hombros temblaron ligeramente.

—Si fuera usted tan amable de decirle que he estado aquí y preguntado por ella. ¿No tiene usted idea de dónde pueda estar?

Volví a decirle que no, y la anciana empezó a asentir de nuevo con la cabeza para sí misma.

—Nagasaki ha cambiado mucho —dijo. Esta tarde apenas he podido reconocer la ciudad.

—Sí —dije—, es verdad que ha habido muchos cambios. Pero ¿no vive usted en Nagasaki?

—Hemos vivido en Nagasaki durante muchos años. Como usted dice, ha cambiado mucho. Han levantado nuevos edificios y hasta hay calles nuevas. La última vez que fui a la ciudad, fue en primavera, e incluso desde entonces han levantado nuevos edificios. Estoy seguro de que en primavera aún no estaban. Creo que también en aquella ocasión tuve que asistir a un funeral. Se trataba del entierro de Yamashita-San. Un entierro, en primavera, aún produce mayor tristeza. ¿Dice que es usted una vecina? En ese caso, estoy muy contenta de haberla conocido. —En su tembloroso rostro vislumbré una sonrisa. Sus ojos se hicieron aún más pequeños y su boca se curvó hacia abajo en lugar de hacia arriba. Yo me sentía incómoda de pie en la entrada, pero no me atreví a subir al tatami.

—Encantada de conocerla —dije. Sachiko habla a menudo de usted.

—¿Habla de mí? —La mujer se quedó pensativa unos instantes. Esperábamos que viniese a vivir con nosotros. Con mi padre y conmigo. Quizá se lo haya dicho ya.

—Sí, así es.

—La esperábamos desde hace tres semanas, pero no ha venido todavía.

—¿Hace tres semanas? Seguramente ha habido algún malentendido. Sé que quiere mudarse de un momento a otro.

Los ojos de la anciana volvieron a recorrer el caserón.

—Es una lástima que no esté aquí ahora —dijo. Pero si es usted vecina suya, me alegro mucho de haberla conocido. —Volvió a hacerme una reverencia y siguió mirándome fijamente.

—Quizá podría usted decirle algo de mi parte —dijo.

—Claro, ¡cómo no!

La mujer se quedó callada durante un rato. Finalmente dijo:

—Tuvimos una pequeña discusión, Sachiko y yo. Quizá se lo haya contado. No

fue más que un malentendido, eso fue todo. Pero me sorprendió mucho ver que al día siguiente ya había recogido sus cosas y se había ido. Sí, me sorprendió mucho. Mi intención no había sido ofenderla. Mi padre dice que yo soy la culpable. —Dejó de hablar por unos instantes. No tuvo intención de ofenderla —repitió.

Hasta entonces no se me había ocurrido que el tío de Sachiko y su prima podían ignorar lo del amigo americano. Al no saber qué decir, volví a hacer una reverencia.

—Confieso que la he echado de menos desde que se fue —prosiguió la anciana. También he echado de menos a Mariko-San. Me gustaba mucho la compañía de las dos y fue una locura por mi parte perder los estribos y decir lo que dije. —Volvió a hacer una pausa, giró su rostro hacia Mariko y después de nuevo hacia mí. Mi padre, a su manera, también las echa de menos. Puede oír, ¿sabe?, y puede oír lo silenciosa que está la casa. La otra mañana le encontré despierto y dijo que le recordaba una tumba. Igual que una tumba, dijo. A mi padre le haría mucho bien que volvieran las dos. Quizá Sachiko lo haga por él.

—Puede usted estar segura de que le haré saber a Sachiko cuáles son sus sentimientos —dije.

—Y también por ella misma —dijo la anciana. Después de todo, no es bueno que una mujer esté sin un hombre que la guíe. Una situación como en la que ahora se encuentra sólo puede perjudicarle. Mi padre está enfermo, pero su vida no corre peligro. Debería regresar ya, ahora, aunque no fuera más que por su propio bienestar. —La anciana empezó a desatar un fardo que tenía al lado. Había traído esto —dijo. Son sólo unas chaquetas de punto que he tejido yo misma. Pero la lana es muy buena. Quería habérselas regalado a su vuelta, pero me las he traído hoy. Primero hice una para Mariko, después pensé que podía hacer otra para su madre. —Sostuvo en alto una chaqueta y luego miró a la niña. Al sonreír, su boca volvió a curvarse hacia abajo.

—Son magníficas —dije. Le habrá llevado a usted mucho tiempo.

—La lana es muy buena —repitió la mujer. Volvió a hacer el fardo con las rebecas dentro y lo anudó con cuidado.

—Ahora debo irme. Mi padre estará preocupado.

Se puso en pie y bajó del tatami. Le ayudé a ponerse sus sandalias de madera. Mariko se había acercado hasta la orilla del tatami y la anciana le pasó suavemente la mano por la cabeza.

—Ya sabes, Mariko —dijo—, acuérdate de decirle a tu madre lo que te he dicho. Y no te preocupes por los gatitos. En casa hay muchísimo espacio para todos ellos.

—Iremos pronto —dijo Mariko. Se lo diré a madre.

La mujer volvió a sonreír. Después se volvió hacia mí e hizo una reverencia.

—Me alegro de haberla conocido. Ya no puedo quedarme más tiempo. Mi padre ¿sabe usted?, no se encuentra bien.

—Ah, eres tú, Etsuko —me dijo Sachiko cuando volví aquella noche al caserón. Después rió y agregó—: ¿A qué viene esa cara de sorpresa? ¿Acaso pensabas que iba a quedarme aquí toda mi vida?

Desparramadas por el tatami había prendas de vestir, sábanas y muchos otros artículos. Hice un comentario prudente y me senté donde no molestara. A mi lado, en el suelo, vi dos preciosos kimonos que nunca le había visto a Sachiko. Y también vi, en medio del suelo, y empaquetado en una caja de cartón, el delicado juego de té de porcelana blanca.

Sachiko había corrido las mamparas centrales para que entrara en el caserón la poca luz que quedaba. Sin embargo, en la habitación reinaba ya la oscuridad y los últimos rayos del atardecer que venían de la terraza apenas llegaban al rincón desde donde Mariko observaba a su madre. Cerca de ella, dos gatitos se peleaban jugando. La niña tenía un tercer gatito en sus brazos.

—Supongo que Mariko ya te lo habrá dicho —le dije a Sachiko. Has tenido una visita. Tu prima ha estado aquí.

—Sí, ya me lo ha dicho. —Sachiko siguió llenando el baúl.

—¿Os vais por la mañana?

—Sí —dijo de modo algo impaciente. Después suspiró y levantó su mirada hacia mí. Sí, Etsuko, nos vamos por la mañana. —Dobló algo en una de las esquinas del baúl.

—Tienes mucho equipaje —le dije al final. ¿Cómo vas a transportarlo todo?

Pasó un rato y Sachiko no me respondió. Después, mientras aún seguía guardando cosas, me dijo:

—Lo sabes muy bien, Etsuko. Lo pondremos todo en el coche.

Me quedé en silencio. Sachiko respiró hondo y echó un vistazo al otro extremo de la habitación, donde yo me encontraba.

—Sí, Etsuko, dejamos Nagasaki. Te aseguro que tenía intención de despedirme una vez hubiese terminado de recogerlo todo. No me habría ido sin darte las gracias por lo amable que has sido. A propósito, en cuanto al préstamo, te será devuelto por correo. Te ruego que no te preocupes por eso. —Empezó a guardar cosas de nuevo.

—¿Y adónde vais? —pregunté.

—A Kobe. Ya está todo decidido, por fin.

—¿A Kobe?

—Sí, Etsuko, a Kobe. Y después, a América. Frank ya lo ha arreglado todo. ¿No te alegras por mí? —Sonrió deprisa y se dio otra vez la vuelta.

Yo seguí observándola. Mariko también la observaba. El gatito que tenía en sus brazos se esforzaba por reunirse con los que estaban en el tatami, pero la niña lo agarraba con fuerza. A su lado, en el rincón de la habitación, vi la caja de verduras ganada en el puesto del *kujibiki*. Por lo visto, Mariko había hecho con la caja una

casita para los gatos.

—A propósito, Etsuko, en aquella pila de allí —Sachiko señaló con el dedo—, no tengo más remedio que dejar aquí todo eso. No pensaba que hubiera tantas cosas. Algunas son de buena calidad. Si lo deseas, puedes quedártelas. No quiero que te lo tomes a mal, claro. Sólo lo digo porque hay cosas de buena calidad.

—Pero ¿y tu tío? —dije—, ¿y tu prima?

—¿Mi tío? —Se encogió de hombros. Ha sido muy amable de su parte invitarme a su casa. Pero en realidad ya he hecho otros planes. Etsuko, no te imaginas lo tranquila que voy a quedarme cuando abandone este sitio. Confío en que ésta sea la última vez que veo tanta miseria. —Después volvió a mirarme y rió. Sé exactamente lo que estás pensando, pero te aseguro que estás muy equivocada. Esta vez no va a dejarme plantada. Mañana a primera hora vendrá con el coche. ¿No te alegras por mí? —Sachiko se quedó mirando el equipaje desparramado por todo el suelo y suspiró. A continuación, pasando por encima de una pila de ropa, se arrodilló ante la caja que contenía el juego de té y empezó a llenarla con madejas de lana.

—¿Lo has pensado ya? —dijo Mariko de pronto.

—No es momento para hablar de eso, Mariko —dijo su madre. Ahora estoy muy ocupada.

—Pero me dijiste que podía quedármelos. ¿No te acuerdas?

Sachiko sacudió ligeramente la caja de cartón. La porcelana seguía haciendo ruido. Miró a su alrededor, encontró una prenda de ropa y empezó a hacerla jirones.

—Me dijiste que podía quedármelos —repitió Mariko.

—Por favor, Mariko, piensa por un momento en la situación. ¿Cómo quieres que arrastremos todas esas criaturas?

—Pero me dijiste que podía quedármelos.

Sachiko suspiró, y durante un rato pareció pensativa. Dirigió su mirada al juego de té, con los jirones de ropa en las manos.

—Mamá, me lo dijiste —insistió Mariko. ¿No te acuerdas? Dijiste que sí.

Sachiko levantó la mirada primero hacia su hija y después en dirección a los gatitos.

—Las cosas han cambiado —dijo al fin, cansada. Su cara adoptó de pronto una expresión de cólera y tiró los jirones de ropa al suelo. ¡Mariko!, ¿pero cómo puedes estar continuamente pensando en esas criaturas? ¿Cómo quieres que nos las llevemos? No hay más que hablar, tendremos que dejarlas aquí.

—Pero dijiste que podría quedármelos.

Sachiko lanzó una mirada feroz a su hija.

—¿Es que no puedes pensar en otra cosa? —dijo bajando el tono de voz, casi en un susurro. ¿No eres ya mayorcita para darte cuenta de que hay otras muchas cosas aparte de estos sucios animalitos? Aún tendrás que crecer un poco. Estos vínculos sentimentales no pueden durarte toda la vida. ¿No ves que no son más que... más que *animales*? ¿Pero es que no lo comprendes, niña? ¿No lo comprendes?

Mariko le devolvió la mirada a su madre.

—Mariko, si quieres —intervine—, puedo venir a darles de comer de vez en cuando. Acabarán por encontrar un hogar. No tienes que preocuparte.

La niña se volvió hacia mí.

—Madre dijo que podría quedarme con los gatitos.

—¡Quieres no ser tan infantil! —dijo Sachiko de modo rotundo. Te estás poniendo pesada, y como siempre, lo haces a propósito. ¿Qué más dan esas sucias criaturas? —Se puso en pie y se encaminó hacia el rincón de Mariko. Los gatitos, que estaban en el tatami, se escurrieron hacia atrás. Sachiko se quedó mirándolos y respiró hondo. Con toda tranquilidad, le dio la vuelta a la caja de verduras, de modo que la rejilla quedara boca arriba. Se agachó y fue echando los gatitos uno a uno dentro de la caja. Acto seguido se volvió hacia su hija. Mariko seguía aferrada al último gatito.

—¡Dámelo! —dijo Sachiko.

Mariko seguía sujetando el gatito. Sachiko dio un paso hacia delante y extendió la mano. La niña se dio la vuelta y se me quedó mirando.

—Éste es Atsu —dijo. ¿Quieres verlo, Etsuko-San? Se llama Atsu.

—¡Dame ese gato, Mariko! —dijo Sachiko. ¿No te das cuenta de que no es más que un animal? ¿Es que no puedes entenderlo, Mariko? ¿De verdad eres tan niña? No es ningún hijo tuyo, es sólo un animal, igual que una rata o una serpiente. ¡Vamos, dámelo!

Mariko miró fijamente a su madre. Lentamente fue bajando la mano y dejó caer el gatito sobre el tatami, justo delante de ella. El gatito se resistió cuando Sachiko lo levantó del suelo. Lo echó dentro de la caja de verduras y cerró la rejilla.

—Tú quédate aquí —le dijo a su hija. Y cogió la caja entre sus brazos. Al pasar por delante de mí, dijo—: Habráse visto mayor estupidez. No son más que animales, ¿qué más da?

Mariko se puso de pie dispuesta, al parecer, a seguir a su madre. Al llegar a la entrada, Sachiko se volvió y dijo:

—Ya sabes lo que te he dicho. Tú quédate aquí.

Durante un rato Mariko se quedó inmóvil al borde del tatami, con la mirada clavada en la puerta, por donde había desaparecido su madre.

—Espera aquí a tu madre, Mariko-San —le dije.

La niña se dio la vuelta y me miró. Un instante después se había ido.

Estuve un par de minutos inmóvil. Al final me puse de pie y me calcé las sandalias. Desde la entrada alcanzaba a ver a Sachiko junto al riachuelo, con la caja de verduras al lado de sus pies. Pareció no darse cuenta de que su hija estaba a unos cuantos metros detrás de ella, justo a la altura en que el terreno bajaba bruscamente en pendiente. Salí del caserón y me encaminé hacia donde estaba Mariko.

—Mariko-San, volvamos a casa —le dije amablemente. Sus ojos seguían clavados en su madre y su rostro carecía de expresión. Frente a nosotras, Sachiko se

arrodilló con cuidado junto al borde del agua y acercó la caja un poco más.

—Volvamos a casa, Mariko —repetí, pero la niña seguía ignorándome. La dejé allí plantada y bajé la cuesta embarrada hasta donde Sachiko estaba de rodillas. En la otra orilla, los últimos rayos de sol atravesaban los árboles, y las cañas que crecían al borde del agua proyectaban largas sombras sobre el fango de alrededor. Sachiko había encontrado un poco de hierba donde arrodillarse, aunque también estaba lleno de barro.

—¿No podríamos soltarlos? —le dije tranquilamente. Nunca se sabe, igual hay alguien que los quiere.

Sachiko contemplaba el interior de la caja a través de la rejilla. La abrió, sacó uno de los gatitos, y volvió a cerrarla. Lo sostuvo con ambas manos, lo observó un rato y después me lanzó una mirada.

—No es más que un animal, Etsuko —dijo. No es más que eso.

Sumergió al gatito en el agua y lo dejó así. Siguió en esa postura durante unos instantes, con la mirada clavada en la corriente y las dos manos bajo la superficie del agua. Llevaba puesto un simple kimono de verano, y las puntas de cada manga tocaban el agua.

En ese momento, por primera vez, sin apartar las manos del agua, Sachiko volvió la cabeza para mirar a su hija. Casi por instinto, seguí su mirada y por un breve instante nos encontramos las dos con los ojos puestos en Mariko. La niña estaba arriba, al borde de la pendiente, observándolo todo con la misma falta de expresión de antes. Al ver que su madre había vuelto la cara hacia ella, movió ligeramente la cabeza. Después se quedó quieta, con las manos detrás de la espalda.

Sachiko sacó las manos del agua. Seguía sujetando al gatito y se quedó mirándolo fijamente. Se lo acercó a la cara y el agua le resbaló por los brazos y las muñecas.

—Aún vive —dijo con voz cansada. Después se volvió hacia mí y dijo:

—Etsuko, mira qué sucia está el agua. —Con cara de asco dejó caer el gatito empapado dentro de la caja y la cerró. Hay que ver cómo se resisten estos bichos —dijo entre dientes y levantando las muñecas para enseñarme los arañazos. No sé cómo, pero el pelo de Sachiko también estaba mojado. De una mecha que le colgaba a un lado de la cara cayó una gota, después otra.

Sachiko cambió de posición y empujó la caja hasta la orilla. La caja rodó y fue a caer al agua. Para que no flotara, Sachiko se inclinó hacia delante y la hundió. El agua llegaba hasta casi la mitad de la rejilla. Siguió hundiendo la caja y al final la empujó con sus dos manos. La caja siguió flotando adentrándose en el río, se tambaleó y se hundió aún más. Sachiko se puso de pie, y las dos nos quedamos mirando la caja. Siguió flotando, después se metió en la corriente y empezó a moverse a mayor velocidad, río abajo.

Me pareció ver que algo se movía y me di la vuelta. Mariko había salido corriendo por la orilla del río hasta un saliente de tierra que se adentraba en el agua. Se quedó allí plantada viendo flotar la caja, con la misma cara inexpresiva de antes.

La caja se enganchó en unas cañas, luego se desprendió y prosiguió su recorrido. Mariko salió otra vez corriendo. Siguió alejándose a lo largo de la orilla y volvió a detenerse a mirar la caja, pero en ese momento ya sólo podía verse una esquina de la caja que sobresalía del agua.

—¡Qué sucia está el agua! —dijo Sachiko. Había estado sacudiéndose el agua de las manos. Se escurrió las dos mangas del kimono y se limpió el barro de las rodillas.

—Etsuko, volvamos dentro. Los insectos se están poniendo insoportables.

—¿No deberíamos ir a buscar a Mariko? Pronto oscurecerá.

Sachiko se volvió y llamó a su hija. Mariko se había alejado de nosotras unos cincuenta metros y seguía mirando el agua. Al parecer la niña no oyó nada y Sachiko se encogió de hombros.

—Regresará a tiempo —dijo. Ahora tengo que terminar de guardarlo todo antes de que oscurezca completamente. Y empezó a subir por la pendiente, en dirección al caserón.

Sachiko encendió el farol y lo colgó de un travesaño de madera no muy alto.

—No te preocupes, Etsuko —dijo—, no tardará en volver. Fue sorteando los múltiples objetos que había esparcidos por el tatami y volvió a sentarse, igual que antes, frente a las mamparas abiertas. Detrás de ella, el cielo había perdido color y estaba pálido. Siguió haciendo el equipaje. Yo me senté en el otro extremo de la habitación, a observarla.

—¿Qué piensas hacer ahora? —le pregunté. ¿Qué vas a hacer una vez hayáis llegado a Kobe?

—Ya está todo arreglado, Etsuko —dijo sin mirarme. —No hay por qué preocuparse, Frank ya lo tiene todo planeado.

—Pero ¿por qué Kobe?

—Tiene amigos allí, en la base americana. Le han confiado un puesto en un buque de carga, y estará en América dentro de muy poco. Después nos enviará la cantidad de dinero necesaria para que podamos ir a reunirnos con él. Ya lo tiene todo arreglado.

—¿Quieres decir que se va de Japón sin vosotras?

Sachiko rió.

—Hay que ser paciente, Etsuko. Una vez que llegue a América, podrá trabajar y enviarnos dinero. Es con mucho la solución más razonable. Después de todo, le resultará más fácil hallar trabajo una vez se encuentre en América. No me importa esperar un poco.

—Ya veo.

—Lo tiene todo previsto, Etsuko. Ha encontrado alojamiento para nosotras en Kobe y ya se ha ocupado de que podamos coger un barco casi a mitad de precio. — Dio un suspiro. No te haces idea lo que me alegra dejar por fin este sitio.

Sachiko siguió haciendo el equipaje. Tenía un lado de la cara iluminado por la tenue luz de fuera, pero sus manos y las mangas recibían el brillo del farol. El efecto resultaba extraño.

—¿Crees que tendrás que esperar en Kobe mucho tiempo? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Estoy dispuesta a ser paciente, Etsuko. Hay que ser paciente.

Con la oscuridad, no pude distinguir qué era lo que Sachiko estaba envolviendo. Al parecer, le estaba costando mucho, ya que lo abrió y volvió a envolverlo varias veces.

—En cualquier caso, Etsuko —prosiguió—, ¿por qué se habría metido en todos estos líos si no fuera sincero? ¿Por qué se habría metido en todos estos líos a causa mía? Etsuko, a veces pareces muy escéptica. Deberías alegrarte por mí. Por fin va saliendo todo bien.

—Claro que me alegro por ti.

—Y la verdad es que sería muy injusto si empezara a dudar ahora de él, después de haberse metido en todos estos líos. Sería muy injusto.

—Sí.

—En América, Mariko será más feliz. Para la educación de una niña es un país mucho mejor. Allí podrá darle a su vida la orientación que desee. Podrá convertirse en una mujer de negocios, o estudiar pintura en una universidad y hacerse artista. En América todo eso es mucho más fácil, Etsuko. El Japón no es un buen sitio para una mujer. Aquí, ¿a qué puede aspirar?

No di ninguna respuesta. Sachiko me miró y rió un poco.

—Intenta sonreír, Etsuko —dijo. Al final todo saldrá bien.

—Sí, estoy segura de que saldrá bien.

—Claro que saldrá bien.

—Sí.

Sachiko siguió con su equipaje durante un rato. Después sus manos se quedaron quietas y su mirada cruzó la habitación en dirección a mí. Su cara aún seguía presentando esa extraña mezcla de luces.

—Me imagino que pensarás que estoy loca —dijo muy tranquila. ¿Verdad que sí, Etsuko?

Un tanto sorprendida, le devolví la mirada.

—Ya sé que igual nunca llegamos a ver América —dijo. E incluso si vamos, sé lo difícil que puede resultar todo. ¿Crees que nunca lo he pensado?

No dije nada y seguimos mirándonos.

—¿Pero qué más da? —dijo Sachiko—, ¿dónde está la diferencia? ¿Por qué no habría de ir a Kobe? Después de todo, Etsuko, no tengo nada que perder. En casa de mi tío no tengo nada que hacer. Allí no hay más que habitaciones vacías, eso es todo. Me podría encerrar en una de ellas y envejecer. Aparte de eso, no hay nada. Sólo habitaciones vacías, eso es todo. Tú ya lo sabes, Etsuko.

—Pero ¿y Mariko? —dije—, ¿qué va a pasar con ella?

—¿Mariko? Sabrá arreglárselas. No le queda más remedio. —Sachiko siguió mirándome a través de la oscuridad, con un lado de su cara en sombras. Acto seguido dijo:

—¿Acaso crees que me considero una buena madre para ella?

Me quedé callada. Sachiko rió de pronto.

—¿Pero qué forma de hablar es ésta? —dijo. Y sus manos volvieron a ocuparse del equipaje. Todo saldrá bien, te lo aseguro. Te escribiré cuando llegue a América. Y hasta es posible que vengas un día a visitarnos, Etsuko. Podrías traer a tu hijo.

—Sí, por supuesto.

—Quizá para entonces ya tengas varios hijos.

—Sí —dije riendo, algo violenta. Nunca se sabe.

Sachiko dio un suspiro y levantó las dos manos en el aire.

—Tengo aún tantas cosas que guardar —murmuró. Tendré que dejar aquí algunas. Me quedé observándola un rato.

—Si quieres —dije al final— puedo ir a buscar a Mariko. Ya se está haciendo muy tarde.

—Son ganas de cansarte, Etsuko. Yo terminaré de guardarlo todo y si todavía no ha regresado, iremos juntas a buscarla.

—No importa. Veré si puedo encontrarla. Ya casi es de noche.

Sachiko me miró y se encogió de hombros.

—Sería mejor que te llevases el farol —dijo. Por la orilla, el terreno es muy resbaladizo.

Me levanté y descolgué el farol del travesaño. Conforme me dirigía a la puerta, las sombras se movían de un lado a otro del caserón. Antes de salir, me volví a mirar a Sachiko, pero sólo alcancé a ver su silueta frente a las mamparas abiertas, y el cielo tras ella, quedaba ya casi oculto por la oscuridad de la noche.

Mientras costaba el río, los insectos fueron siguiendo el farol. A veces se quedaba alguno atrapado, y entonces tenía que pararme y sostener recto el farol hasta que el insecto encontraba la salida.

Al cabo de un rato, me encontré frente al puente de madera en la orilla. Al cruzarlo, me detuve un instante a contemplar el atardecer. Que ahora recuerde, en aquel puente tuve una extraña sensación de tranquilidad. Me quedé allí plantada unos minutos, apoyada en la barandilla, y escuchando el ruido del agua que transcurría a mis pies. Cuando al final me di la vuelta, vi que el farol proyectaba mi propia sombra sobre los maderos del puente.

—¿Qué haces ahí? —pregunté, ya que Mariko estaba ante mí, acurrucada bajo la otra barandilla. Me acerqué a ella hasta que pude verla mejor con el farol. Se estaba mirando las palmas de las manos y no dijo nada.

—¿Qué te ocurre? —dije. ¿Qué haces ahí sentada de ese modo?

Los insectos se apiñaban en torno al farol. Lo dejé en el suelo frente a mí, y la cara de la niña se iluminó con mucha más intensidad. Tras un largo silencio, Mariko dijo:

—No quiero irme. No quiero irme mañana.

Suspiré.

—Pero te gustará. A todo el mundo le dan un poco de miedo las cosas nuevas. Pero aquello te gustará.

—No quiero irme. No me gusta ese señor. Es como un cerdo.

—No tienes derecho a hablar así —dije enfadada.

Durante unos instantes nos quedamos mirándonos, después empezó de nuevo a observarse las manos.

—No debes hablar así —dije con más calma. Te tiene mucho cariño y para ti será como un padre. Todo saldrá bien, te lo prometo.

La niña no dijo nada. Suspiré de nuevo.

—De cualquier modo —proseguí—, si aquello no te gusta, siempre podréis volver.

Esta vez se me quedó mirando con una expresión interrogante.

—Sí, te lo prometo —dije—, si aquello no te gusta, regresaréis inmediatamente. Pero primero hay que ver si aquello os gusta. Estoy segura de que os gustará.

La niña me observaba con mucha atención.

—¿Por qué llevas eso? —preguntó.

—¿Esto? Se me ha enganchado a la sandalia, eso es todo.

—¿Por qué llevas eso?

—Ya te lo he dicho. Se me ha enganchado al pie. ¿Qué te ocurre? —Me reí. ¿Por qué me miras de ese modo? No voy a hacerte ningún daño.

Sin apartar sus ojos de mí, se puso de pie lentamente.

—¿Qué te ocurre? —repetí.

La niña echó a correr y sus pisadas retumbaron en los maderos. Se detuvo al final del puente, y se quedó observándome con una mirada de sospecha. Le sonreí y cogí el farol. La niña echó a correr de nuevo.

Me quedé en el puente un rato contemplando la media luna que había aparecido en el agua. En un momento dado, a través de la oscuridad, tuve la impresión de ver a Mariko correr por la margen del río en dirección al caserón.

Al principio estaba segura de que alguien había pasado por delante de mi cama y había salido de la habitación cerrando despacio la puerta. Cuando estuve más despabilada, me di cuenta de que mi imaginación había ido demasiado lejos.

Me quedé en la cama y a mis oídos llegaron más ruidos. Como es natural, a quien había escuchado era a Niki en la habitación contigua. Durante toda su estancia se había quejado de que le resultaba imposible dormir bien. O quizá no había oído ningún ruido en absoluto y, como de costumbre, me había vuelto a despertar a primera hora de la mañana.

De fuera me llegaba el canto de los pájaros, pero mi habitación seguía a oscuras. Al cabo de un rato me levanté y me puse el albornoz. Abrí la puerta y la luz de fuera era muy pálida. Avancé unos pasos hasta el rellano y casi por instinto miré al final del pasillo, hacia la puerta de Keiko.

A continuación, durante unos instantes, tuve la certeza de haber oído un ruido que venía del cuarto de Keiko, un ruidito que se distinguía claramente del canto de los pájaros. Me quedé parada, escuchando, y al instante me encaminé hacia la puerta. A mis oídos llegaron otros ruidos, y advertí que procedían de la cocina, en el piso de abajo. Me quedé un rato en el rellano, y a continuación bajé las escaleras.

En ese momento, Niki salía de la cocina, y al verme se sobresaltó.

—Madre, qué susto me has dado.

El vestíbulo estaba en penumbras y sólo pude ver su delgada figura. Llevaba puesta una bata de color pálido y sostenía una taza entre ambas manos.

—Lo siento, Niki. Creí que podía ser un ladrón.

Mi hija respiró hondo pero se le notaba inquieta.

Al cabo de unos momentos dijo:

—No he dormido muy bien, y he pensado que no sería mala idea prepararme un café.

—¿Qué hora es?

—Las cinco, más o menos, creo.

Se metió en el salón, dejándome al pie de las escaleras. Fui a la cocina para hacerme un poco de café antes de volver con mi hija. En el salón, Niki había corrido las cortinas y se había sentado a horcajadas sobre un sillón, mirando al vacío en dirección al jardín. La luz grisácea que provenía de allí iluminaba su cara.

—¿Crees que volverá a llover? —pregunté.

Se encogió de hombros y siguió mirando por la ventana. Me senté al lado de la chimenea a observarla. Suspiró cansada y dijo:

—Creo que no duermo muy bien. Sigo teniendo pesadillas todo el tiempo.

—Vaya, Niki, eso es para preocuparse. A tu edad no deberías tener problemas para dormir.

No dijo nada y siguió mirando el jardín.

—¿Qué tipo de pesadillas tienes? —pregunté.

—No sé, pesadillas.

—Pero ¿qué es lo que sueñas?

—Bueno, pesadillas —dijo de pronto enfadada. ¿Qué importancia tiene lo que sueña?

Durante un rato nos quedamos calladas. A continuación, Niki dijo sin volverse:

—Creo que papá debería haberse ocupado un poco más de ella, ¿no? La ignoraba casi todo el tiempo. La verdad es que no fue justo.

Esperé a ver si agregaba algo más. Después dije:

—Bueno, es comprensible. Después de todo, no era su auténtico padre.

—Sí, pero no fue justo.

Vi que era casi de día. Un pájaro solitario canturreaba en algún lado cerca de la ventana.

—Tu padre era muy idealista a veces —dije. Por aquel entonces, creía de verdad que aquí podríamos darle una vida mejor.

Niki se encogió de hombros. La observé durante más tiempo y luego dije:

—Pero ¿sabes?, yo siempre lo supe. Siempre supe que aquí no sería feliz, sin embargo decidí traerla.

Mi hija se quedó un rato pensativa.

—No digas tonterías —dijo volviéndose hacia mí—, ¿cómo ibas a saberlo? Hiciste por ella lo que pudiste. Eres la última persona a quien se le podría echar la culpa.

Me quedé callada. Su cara, sin ningún maquillaje, tenía un aspecto muy joven.

—De todas formas —dijo— a veces hay que arriesgarse. Hiciste exactamente lo que debías hacer. Lo que no se puede hacer es ver pasar la vida inútilmente.

Dejé la taza que llevaba en la mano y clavé mi mirada en el jardín, que aparecía justo detrás de Niki. No había indicios de que fuese a llover y el cielo parecía mucho más claro que en días pasados.

—Habría sido una estupidez —prosiguió Niki— aceptar todo tal como estaba y haberte quedado en el mismo sitio. Al menos hiciste un esfuerzo.

—Como tú dices, no hablemos de eso ahora.

—Es una estupidez el modo en que la gente desperdicia su vida.

—No hablemos más de eso —dije con más firmeza. No tiene sentido sacar de nuevo ese tema ahora.

Mi hija se volvió otra vez. Permanecimos un rato sentadas sin hablar, después me levanté y me acerqué a la ventana.

—Parece que hoy va a hacer mucho mejor día —dije. Quizá salga el sol. En tal caso, Niki, podríamos ir a dar un paseo. Nos haría mucho bien.

—Sí, supongo —musitó.

Cuando salí del salón, mi hija seguía a horcajadas sobre el sillón, con la barbilla apoyada en una mano y la mirada vacía perdida en el jardín.

Cuando sonó el teléfono, Niki y yo estábamos en la cocina, terminando de desayunar. En días anteriores la habían llamado con tanta frecuencia que parecía normal que fuera a responder ella. Cuando volvió, su café ya se había enfriado.

—¿Alguno de tus amigos otra vez? —pregunté.

Asintió y acto seguido encendió el fuego para el agua.

—¿Sabes?, madre —dijo—, tendré que volver ya esta tarde. No hay ningún problema, ¿no? —Niki se encontraba de pie, con una mano en la cadera y la otra en el mango del hervidor.

—Claro, no hay ningún problema. Ha sido un placer tenerte aquí, Niki.

—Vendré a verte pronto. Pero de verdad que tengo que volver ya.

—No tienes por qué darme explicaciones. Es muy importante que ahora hagas tu propia vida.

Niki se giró y esperó a que el agua hirviese. Las ventanas de encima del fregadero se habían empañado un poco, pero fuera brillaba el sol. Niki se sirvió el café y a continuación se sentó a la mesa.

—A propósito, madre —dijo—, ¿te acuerdas de esa amiga de la que te hablé, la que está escribiendo un poema sobre ti?

Sonreí.

—¡Ah, sí!, tu amiga.

—Me ha pedido que le lleve una foto o algo así. De Nagasaki. ¿Tienes alguna? ¿Alguna postal vieja o algo parecido?

—Creo que encontraré algo. Qué absurdo —me reí— ¿pero qué estará escribiendo sobre mí?

—Es una poetisa excelente. Ha tenido muchas experiencias en la vida, ¿sabes? Por eso le hablé de ti.

—Estoy segura de que escribirá un magnífico poema, Niki.

—Una tarjeta postal o cualquier cosa por el estilo. Es sólo para que vea cómo era todo aquello.

—Bueno, Niki, de eso no estoy tan segura. ¿Dices que tiene que verse cómo era *todo* aquello?

—Ya sabes a qué me refiero.

Volví a reír.

—Te buscaré algo luego.

Niki había estado untando de mantequilla una tostada, pero con el cuchillo empezó a quitar lo sobraba. Mi hija había sido delgada desde niña y me divertía el miedo que tenía ahora a engordar. Me quedé observándola durante un rato.

—Ya ves —dije al final—, es una lástima que te vuelvas hoy. Iba a proponerte ir al cine esta noche.

—¿Al cine? ¿Y qué ponen?

—No lo sé, pero pensaba que tú estarías más enterada.

—Madre, la verdad es que hace años que no hemos ido juntas al cine, ¿no es

cierto? Por lo menos desde que yo era pequeña. —Niki sonrió y su rostro fue de pronto el de una niña. A continuación dejó el cuchillo a un lado y se quedó mirando la taza de café. Yo tampoco voy mucho al cine. En Londres hay montones de películas, pero casi nunca vamos.

—Bueno, podemos ir al teatro, si lo prefieres. Ahora el autobús va directo al teatro. No sé qué obra hay en este momento, pero podríamos enterarnos. ¿Eso que tienes ahí detrás es el periódico local?

—No te molestes, madre, no vale la pena.

—Creo que a veces traen obras muy buenas. Y algunas muy modernas. Vendrá en el periódico.

—No vale la pena, madre. De todas formas, tengo que regresar hoy. Me gustaría quedarme, pero de verdad que tengo que volverme ya.

—Claro, Niki. No tienes que darme explicaciones. —Le sonreí desde el otro lado de la mesa. La verdad es que para mí es un placer que tengas buenos amigos con quienes te sientas bien. Puedes traerlos siempre que quieras.

—Gracias, madre.

La habitación de huéspedes donde Niki se había instalado era pequeña y sobria. Aquella mañana el sol entraba a raudales.

—¿Le servirá esto a tu amiga? —pregunté desde la puerta.

Niki estaba haciendo el equipaje encima de la cama y levantó la mirada para ver el calendario que le había encontrado.

—Sí, eso vale —dijo.

Me adentré un poco más en la habitación. Desde la ventana se veía el huerto de abajo y las hileras bien puestas de arbolitos jóvenes. Originalmente, el calendario que yo llevaba en la mano había tenido una fotografía para cada mes, pero menos la última, todas estaban arrancadas. Durante un rato me quedé mirando la imagen que quedaba.

—No me des nada importante —dijo Niki. Si no hay nada, no importa.

Me reí y dejé la foto en la cama, el lado de las demás cosas.

—No es más que un viejo calendario. No sé ni por qué lo tenía guardado.

Niki se echó el pelo hacia atrás, por encima de la oreja, y siguió haciendo la maleta.

—Imagino —dije al final— que tus planes son seguir viviendo en Londres por el momento.

Se encogió de hombros.

—Bueno, allí estoy bien.

—Dale recuerdos a todos tus amigos.

—Muy bien, lo haré.

—Y a David, ¿se llama así, no?

Se volvió a encoger de hombros, pero no dijo nada. Se había traído tres pares de botas, y ahora tenía dificultades para encontrarles sitio en la maleta.

—Niki, supongo que aún no tienes ningún plan de casarte.

—¿Por qué iba a casarme?

—Sólo era una pregunta.

—¿Por qué habría de casarme? ¿Qué sentido tiene?

—Tu plan es simplemente... seguir viviendo en Londres, ¿no?

—Bueno, ¿y por qué habría de casarme? Me parece una estupidez, madre. — Enrolló el calendario y lo metió en la maleta. A muchas mujeres les han lavado el cerebro. Piensan que lo único importante en la vida es casarse y tener un montón de hijos.

Seguí observándola. Después dije:

—Pero, Niki, en definitiva, ¿qué otra cosa hay?

—Por Dios, madre, se pueden hacer infinidad de cosas. Lo que no quiero es verme arrinconada con un marido y un montón de niños gritando. Y además, ¿por qué sacas ahora ese tema? —Niki no conseguía cerrar la maleta y empezó a forcejear con impaciencia.

—Sólo estaba preguntándome cuáles eran tus planes Niki —dije riendo. No es para ponerse así. Por supuesto, la elección es tuya.

Volvió a abrir la maleta y cambió algunas cosas de sitio.

—Vamos, Niki, no es para ponerse así.

Esta vez consiguió cerrarla.

—¡Dios mío!, ¿por qué habré traído tantas cosas? —se dijo refunfuñando.

—Madre, ¿qué le dices a la gente —preguntó Niki—, qué le dices a la gente cuando preguntan dónde estoy?

Mi hija había decidido no irse hasta después de comer, por lo que salimos al huerto detrás de la casa a dar un paseo. Todavía hacía sol, pero el aire era frío. La miré un tanto confusa.

—Le digo simplemente que vives en Londres, Niki. Es la verdad, ¿no?

—Sí, claro. Pero ¿no te preguntan qué hago allí, como la Sra. Waters el otro día?

—Sí, a veces me lo preguntan. Digo que vives con tus amigos. Niki, la verdad es que no sabía que te preocupase tanto lo que la gente piensa de ti.

—Si no me preocupa.

Seguimos andando despacio. En muchas partes, el terreno era un lodazal.

—Supongo que no te hará mucha gracia, ¿verdad, madre?

—¿El qué Niki?

—Mi forma de vivir. No te gusta que esté fuera de casa. Bueno, con David, y todo eso.

Habíamos llegado al final del huerto. Niki siguió hasta un sendero tortuoso, lo

cruzó y se dirigió a unas puertas de madera por donde se entraba a un campo. Fui detrás de ella. El prado ascendía frente a nosotras formando una vasta pendiente. En lo alto, contrastando con el cielo, se veían dos sicomoros pequeños.

—No me avergüenzo de ti, Niki. Debes vivir como mejor te parezca.

Mi hija estaba contemplando el prado.

—Antes había caballos aquí, ¿no? —dijo apoyándose con los brazos en la puerta de la valla. Miré, pero no se veía ningún caballo.

—Resulta extraño, ¿sabes? —dije. Recuerdo que en mi primer matrimonio mi marido no quería vivir con su padre, lo cual provocó muchas discusiones. Por entonces, en Japón, aquello no era lo normal, y ocasionó muchas discusiones.

—Para ti sería un descanso —dijo Niki, sin apartar su mirada del prado.

—¿Un descanso? ¿En qué sentido?

—No tener que vivir con su padre.

—No, al contrario, Niki. Habría sido feliz si hubiese vivido con nosotros. Además, era viudo. Las costumbres japonesas de antes no estaban nada mal.

—Claro, eso lo dices ahora. Pero seguro que entonces no pensabas lo mismo.

—Pero Niki, creo que no lo comprendes. Quería mucho a mi suegro. —Me quedé mirándola un rato y después reí. Quizá tengas razón. Quizá fue un descanso el que no viviera con nosotros. Ahora ya no me acuerdo. —Me incliné hacia delante, tocando la parte superior de la puerta de madera. Mis dedos se mojaron un poco. Advertí que Niki me estaba observando y levanté la mano para enseñársela.

—Aún hay un poco de escarcha —dije.

—Madre, ¿te sigues acordando mucho de Japón?

—Sí, creo que sí. —Me giré de nuevo hacia el prado. Tengo algunos recuerdos.

Cerca de los sicomoros aparecieron dos poneyes. Se quedaron parados, inmóviles bajo el sol, uno junto a otro.

—El calendario que te he dado esta mañana —dije—, es una vista del puerto de Nagasaki. Esta mañana me estaba acordando del día en que fuimos allí de excursión. Las colinas que dominan el puerto son de una gran belleza.

Los poneyes se pusieron lentamente detrás de los árboles.

—¿Y qué tuvo de especial? —dijo Niki.

—¿De especial?

—Sí, el día que pasasteis en el puerto.

—¡Ah!, nada de especial. Sólo ha sido un recuerdo, eso es todo. Keiko fue muy feliz aquel día. Nos subimos al teleférico. —Me reí y me giré hacia Niki. No, no tuvo nada de especial. Es sólo un bonito recuerdo, eso es todo.

Mi hija suspiró.

—Aquí fuera hay tanta calma —dijo. No me acordaba que hubiese esta calma.

—Sí, comparado a Londres.

—Me imagino que te aburrirás a veces, aquí, tú sola.

—Me gusta la calma, Niki. Siempre pienso que ésta es la auténtica Inglaterra.

Aparté la vista del prado, y durante un rato observé el huerto detrás de nosotras.

—Cuando llegamos, todos aquellos árboles no existían —dije al final. Todo era campo, y desde aquí podía verse la casa. Cuando tu padre me trajo aquí por primera vez, recuerdo que pensé lo mucho que esto se asemejaba a la verdadera Inglaterra. Todos estos campos, y la casa. Era tal y como yo me había imaginado que sería Inglaterra, y me encantó.

Niki respiró hondo y se apartó de la puerta de la valla.

—Será mejor que volvamos —dijo. Tendré que irme dentro de poco.

Al cruzar el huerto, ya de vuelta, el cielo empezó a cubrirse.

—El otro día estaba pensando —dije— que quizá sería buen momento para vender la casa.

—¿Venderla?

—Sí, y mudarme a otra más pequeña. Sólo es una idea.

—¿Quieres vender la casa? —Mi hija me miró preocupada. Pero si es una casa muy bonita.

—Sí, pero ahora la encuentro tan grande.

—Pero de verdad que es una casa bonita. Sería una lástima, madre.

—Sí, creo que tienes razón. Sólo fue una idea, Niki, nada más.

Me habría gustado acompañarla a la estación; sólo son unos minutos a pie, pero la idea pareció no gustarle. Se fue casi en seguida después de comer y la noté un tanto violenta, como si partiera sin mi consentimiento. La tarde se había puesto gris y hacía viento. Me quedé en la puerta mientras Niki bajaba por el camino. Se había vestido con las mismas ropas ajustadas con las que había llegado, y la maleta la obligaba a avanzar a paso lento. Cuando llegó a la verja, Niki miró hacia atrás y pareció sorprendida al verme todavía en la puerta. Sonreí y me despedí de ella con la mano.



KAZUO ISHIGURO. Escritor británico nacido el 8 de noviembre de 1954 en Nagasaki, Japón. Su familia se trasladó a Inglaterra (su padre, oceanógrafo de profesión, empezó a trabajar en plataformas petrolíferas del Mar del Norte) cuando él tenía seis años, siendo ciudadano británico a todos los efectos. Se graduó por la Universidad de Kent en 1978, haciendo después un posgrado de Literatura Creativa en la Universidad de East Anglia.

Aunque varias de sus novelas están ambientadas en el pasado, como por ejemplo *An Artist of the Floating World* (*Un artista del mundo flotante*, 1986), en donde la acción se sitúa en su ciudad natal en los años posteriores al bombardeo atómico de la misma de 1945, ha cobrado relevancia como escritor de ciencia ficción. En *Never Let Me Go* (*Nunca me abandones*, 2005) la historia transcurre en un mundo alternativo, similar pero distinto, al nuestro, durante la postrimería de los años 90 del siglo xx.

Sus novelas están escritas en primera persona y los narradores con frecuencia muestran el fracaso humano. La técnica de Ishiguro permite que estos personajes revelen sus imperfecciones de manera implícita a lo largo de la narración, creando así un patetismo que permite al lector observar los defectos del narrador al mismo tiempo que simpatiza con él.

Kazuo Ishiguro ha sido merecedor de numerosos premios, entre los que hay que mencionar el premio Booker de 1989 por *The Remains of the Day* (*Los restos del día*, 1989), aunque ha estado nominado a dicho premio en otras varias ocasiones, así como la Orden de las Artes y las Letras por parte del Ministerio de Cultura de la

República Francesa.

Notas

[1] «San»: tratamiento de cortesía de aplicación común. (*N. del T.*). <<